Solo por Acción de Gracias



SARAH VALENTINE

Índice

[Solo por Acción de Gracias]
[Créditos]
[Sinopsis]
[Dedicatoria]
[Capítulo 1]
[Capítulo 2]
[Capítulo 3]
[Capítulo 4]
[Capítulo 5]
[Capítulo 6]
[Capítulo 7]
[Epílogo]
[Nota de la autora]
[Tengo un regalo para ti]
[¿Dónde puedes encontrarme?]
[Encuentra aquí otras novelas de la autora]

Solo por Acción de Gracias

Romance en Navidad, 4

SARAH VALENTINE

© Sarah Valentine, 2025.
Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.

Sinopsis

Solo por Acción de Gracias

Una comedia romántica de fake dating en Acción de Gracias: humor, deseo y un arquitecto inolvidable

Un arquitecto con las emociones bajo llave.
Una publicista experta en fingir que todo va bien.
Una mentira tan perfecta que acaba pareciendo verdad.

Y una cena familiar que cambiará sus vidas.

Lucy Stevenson se ha pasado media vida intentando demostrar que **puede con todo**: la familia, el trabajo, las expectativas y el corazón. Pero cuando su madre la presiona para que lleve pareja a la **cena de Acción de Gracias**, comete un **error** de proporciones épicas: **inventarse un novio…**

El **problema** llega cuando el **«novio ficticio»** resulta ser **real** y está sentado a dos mesas de distancia, escuchándolo todo.

Samuel Everett es arquitecto, brillante y metódico. No cree en las casualidades, ni en los errores. Pero la forma en que Lucy pronuncia su nombre despierta algo que lleva demasiado tiempo dormido. Así que cuando ambos descubren que necesitan fingir tener **pareja para salvar las apariencias**, pactan un **acuerdo temporal**: se harán pasar por **novios solo por Acción de Gracias** y, sobre todo, lo harán **sin emociones, sin complicaciones y sin besos… en teoría.**

Entre velas, tormentas de nieve y reglas que nadie cumple, la **mentira** se convierte en **refugio** y el refugio, en algo mucho más **peligroso**. Porque **fingir un amor** perfecto es fácil. Lo difícil será dejar de hacerlo cuando empiece a ser real.

Una comedia romántica ambientada en Acción de Gracias divertida, sensual y profundamente emocional sobre dos desconocidos que descubren que el hogar no siempre es un lugar. A veces es una persona, pero otras basta con un acuerdo loco para **encontrar el amor de tu vida**.

***Tropos presentes en esta historia:**

- **Fake dating**
- **Enemies to lovers suaves**

- **Forced proximity**
- **Slow burn**
- **Segunda oportunidad disfrazada de primer amor**
- **Límite temporal**

Para quienes alguna vez se escondieron detrás de una mentira pequeña
para proteger un corazón grande.

Capítulo 1

Lucy

La oficina se ha ido vaciando poco a poco hasta quedar en ese punto intermedio entre la productividad y el abandono. Las pantallas parpadean, los ventiladores de los ordenadores suspiran, y el reflejo de los monitores se mezcla con la luz azul del exterior. Desde aquí, Manhattan parece un decorado frío, brillante y ajeno. En mi mesa, la taza de té lleva horas muerta de risa y el correo que tengo abierto me mira con descaro mientras espera a que lo responda.

«**Asunto:** Confirmar asistencia – Acción de Gracias».

Sí, lo tengo claro… El horror tiene su propio asunto de correo electrónico.

Llevo diez minutos autoconvenciéndome de que todavía puedo escaquearme este año de ir a cenar con mi familia, porque el trabajo, las campañas, el cierre de trimestre… blablablá. Pero sé perfectamente que no hay excusa capaz de detener a mi madre cuando entra en modo «reunión familiar obligatoria». El teléfono vibra sobre mi mesa justo cuando pienso en ella, parece que tenga un radar propio incrustado en el sistema de comunicaciones global. Conociéndola, no me extrañaría que tuviera eso o algo aún peor…

Cuando miro la pantalla, el nombre fatal me mira con descaro: «Mamá». Suspiro, me paso la mano por el pelo y contesto resignada.

—Cariño, dime que no vas a trabajar también este fin de semana —me suelta a bocajarro.

—Mamá, ya sabes que tengo mucho trabajo —resoplo tratando de poner un tono de voz lánguido y exhausto.

—Ya, claro… Como siempre, mientras todos comamos pavo, tú comerás ansiedad.

—Qué inspirador, gracias —le contesto con sarcasmo.

Su risa me llega acompañada de un sonido que podría ser el de una batidora o cualquiera de esos aparatos infernales que atesora. Viniendo de ella nada me sorprende: mi madre cocina con la misma energía con la que vive.

—Por cierto —añade, y ya sé que ese «por cierto» precede a un mensaje cargado de dinamita—, Hannah y Daniel llegarán mañana. Además, Sophie ha hecho un dibujo de la familia completa. Solo faltas tú y… bueno, él.

—¿Él? —pregunto, aunque ya veo venir por dónde va.

—Tu novio, cielo. No querrás ser la única sin pareja en la mesa, ¿verdad?

Ahí está. El comentario disfrazado de cariño que me perfora el cráneo con más contundencia que un taladro industrial.

Paseo la mirada por el despacho hasta fijarla en la pantalla del ordenador, donde el cursor parpadea, como si también estuviera esperando mi respuesta.

—Ajá.

—Dime que vendrá contigo.

Me miro en el reflejo del monitor: pelos de loca, jersey que ha vivido tiempos mejores, restos de galleta en el teclado y cara de éxito laboral con ligera depresión invernal. Podría decirle la verdad: que estoy sola, tranquila, y que no necesito un novio para cenar con mi familia mientras ella corta el pavo. Pero sé cómo irá la conversación. Ella suspirará, citará un estudio sobre la soledad en las grandes ciudades y acabará sugiriendo presentarme al hijo de alguna amiga. Pero como no estoy dispuesta a pasar por eso… sin pensarlo demasiado, suelto la mentira más espontánea y precisa de mi carrera profesional.

—Sí, mamá. Tengo novio.

El silencio que sigue es tan extraño en ella que, por un momento, temo que haya colgado. Pero no, por lo visto, solo está

procesando la información.

—¿Quéééééééé? ¡Eso es maravilloso! —exclama con la voz de alguien que acaba de ganar el mayor premio de lotería de la historia—. ¿Cómo se llama?

Miro por la ventana, buscando inspiración entre los rascacielos que me rodean. La ciudad entera me devuelve una colección de nombres grabados en acero, pero ninguno parece apto para el drama de inventar cuanto antes a mi supuesta pareja. Pero, entonces, se me ocurre de repente un nombre natural y elegante.

—Samuel, mamá, se llama Samuel.

El nombre sale de mi boca con una facilidad insultante.

—Samuel… —repite mi madre, saboreando el nombre—. Suena encantador. ¿A qué se dedica?

En este momento, me la imagino mirándome a los ojos mientras espera a que le recite de memoria todos los datos personales del supuesto novio perfecto que acabo de inventarme. La verdad es que no tengo ni idea de por qué digo lo siguiente, solo sé que miro hacia las torres de cristal que se elevan frente a la oficina y me inspiran una mentira sólida y bastante creíble.

—Es… arquitecto.

—¡Oh, perfecto! A papá le va a encantar.

Claro que sí. George Stevenson, mi padre, y su obsesión con las construcciones y los crucigramas.

Mi madre sigue hablando, entusiasmada: que si los manteles, que si la habitación azul, que si Sophie va a querer conocer cuanto antes a Samuel. Yo asiento, aunque no me vea, abrumada por el vértigo que me provocan mis propias palabras.

Cuando por fin cuelgo, la oficina está totalmente en silencio, el cursor sigue parpadeando en la pantalla de mi ordenador, incansable y recordándome que acabo de entrar en un laberinto del que no tengo ni idea de cómo salir.

Me dejo caer sobre el respaldo de la silla y me froto la cara con ambas manos.

—Muy bien, Lucy —murmuro—. Te acabas de inventar un novio con nombre y profesión que tu madre muere por conocer… ¿Qué podría salir mal?

Resoplo y recojo mi bolso, el portátil y lo poco que queda de mi dignidad, y salgo al pasillo. El ascensor tarda lo suyo, y mientras espero, abro el bloc de notas del móvil. Y empiezo a teclear:

«Proyecto Acción de Gracias - Estructura de la mentira:

Nombre: Samuel.

Profesión: arquitecto.

Rasgos: tranquilo, inteligente y… guapo (preferentemente, aunque a estas alturas todo me vale).

Personalidad: estable, sin tendencias a huir del país…

Guardo el documento y respiro hondo. Si esto fuera una campaña, la vendería a cualquiera de mis clientes… El problema es que no es una campaña, es mi vida.

Las puertas del ascensor se abren con un sonido metálico y entro en el habitáculo. Mientras bajo, me fijo en el espejo del fondo. Tengo un aire de mujer que controla su existencia, aunque la verdad es que se sostiene con pinzas.

En ese mismo instante, en el reflejo del cristal veo que la pantalla de mi móvil vuelve a iluminarse.

Mamá:

Qué ilusión, cariño.

No olvides decirme su postre favorito.

Quiero que se sienta como en casa.

Estupendo. Ni siquiera sé si al imaginario Samuel le gusta el dulce.

Cuando salgo a la calle, la ciudad me recibe con un viento cortante, que parece diseñado para recordarte que estás viva y sola. Las luces de los coches dibujan líneas en el asfalto mojado y los escaparates ya están llenos de adornos de Acción de Gracias. Camino deprisa y me ajusto la bufanda, mientras mi cerebro intenta cuadrar el calendario del desastre que tengo por delante.

Hannah, mi hermana, llegará con su prometido perfecto, mi sobrina Sophie correrá por la casa repitiendo que «la tía Lucy tiene novio», mamá cocinará para veinte y fingirá que no me interroga, y

papá se limitará a observarlo todo desde detrás del periódico. Y yo, por supuesto, apareceré con las manos vacías y arrastrando el peso de mi colosal mentira.

Mis botas chapotean en los charcos y no siento los pies de lo helados que los tengo. Así que decido pasar por mi cafetería del West Village antes de volver a casa: una dosis de cafeína puede arreglar cualquier desastre por enorme que sea… o, al menos, retrasarlo.

Empieza a chispear, por lo que abro el paraguas antes de que la lluvia me empape de pies a cabeza. Bajo el paraguas, observo a mi alrededor y compruebo que la ciudad parece una película a cámara lenta: luces, humo, gente que corre y mi reflejo en cada escaparate recordándome que acabo de convertirme en una actriz sin guion.

—Tranquila, Lucy —me digo—, solo tienes que mantener la mentira cuatro días. Solo cuatro… ¿Qué podría salir mal?

El West Village me recibe con los toldos húmedos y los escaparates salpicados de gotas de lluvia. Doblo la esquina y ahí está el Little Elm Café, con su letrero de madera y la puerta que nunca termina de cerrar bien. La empujo con la cadera y entro. El sonido de la campanilla que cuelga sobre la puerta suena y un golpe de calor me sube por el cuello.

—Un *latte* doble, por favor —pido al llegar a la barra.

El camarero asiente y me dibuja una sonrisa estándar, de esas que supongo que se aprenden también en el manual de barista. Dejo mi bolso en la mesa pegada al ventanal, abro el portátil y respiro un segundo antes de escribir en el buscador: «Arquitectos de Nueva York». El algoritmo no entiende de madres entusiastas, ni de hermanas perfectas, ni de novios de ficción guapos y elegantes, pero siempre puede dar ideas para sostener una mentira como la mía, ¿no?

En la mesa de al lado, un hombre extiende unos planos mientras los observa con concentración. No lo hace con torpeza, sino con una seguridad que me irrita y me atrae a partes iguales. Lleva una chaqueta azul marino de traje, camisa blanca abierta en el cuello y un reloj sobrio, pero con aspecto de ser caro. Lleva una

barba cuidada y corta, que enmarca una boca demasiado seria. Sus ojos siguen las líneas impresas con concentración y arquea mínimamente una ceja. No levanta la cabeza ni cuando suena la batidora.

Sin poder evitarlo, mi cabeza vuela de nuevo hasta mi mentira y en lo poco que me pega observar a desconocidos guapos en cafeterías como si fuera mi deporte favorito, pero, por lo que parece, el universo tiene su propio sentido del humor.

El barista se acerca con mi taza y, en un giro torpe, roza el borde de los planos del vecino. Una gota espesa de café cae sobre ellos y el tipo reacciona tarde, por lo que aparta el papel con calma y lanza un suspiro.

—Perdone, señor —balbucea el camarero.

—No, no se preocupe —responde él sin dureza, con una voz grave, mientras se apresura a secar el borde del plano con una servilleta de papel. Mientras observo la escena se me escapa una frase de los labios antes de que pueda censurarme.

—Bonito desastre.

Él gira la cabeza, me dedica una mirada breve y vuelve a su papel.

—Nada que un buen diseño no pueda corregir.

No me sonríe, aunque tampoco hace falta. Le doy un sorbo a mi *latte*, que está perfecto, y vuelvo a la pantalla de mi portátil. Abro una pestaña con «restauración de edificios» para disfrazar de realidad lo que no deja de ser una huida hacia delante.

Mi móvil vibra encima de la mesa y veo que es mi madre otra vez. Le respondo por inercia, porque si no lo hago, sé que entrará en modo notas de voz y nadie necesita eso.

—Sí, mamá —le saludo con un volumen bajo en la voz.

—Solo un detalle sin importancia, cariño ¿Le gusta el pavo con salsa de arándanos? Es por adaptar el menú a lo que a él le guste.

—Eh… está aquí conmigo —le respondo sin saber muy bien por qué.

—¿Cómo? —escucho que se le ilumina la voz al instante—. ¿En serio?

—Bueno, no literalmente conmigo. Está a un metro de mí. Estamos en un café trabajando. Es muy aplicado y trabajador.

Aprieto los ojos y me muerdo el labio inferior, consciente del papelón. Mira que podría dejarlo en algo neutro, pero no, por lo visto, mi cerebro necesita espectáculo.

—Eso suena prometedor —canta—. Cuéntame más. ¿Es alto? ¿Educado? ¿Tiene esa mirada que dice «he sido criado por gente que plancha las sábanas»?

—Tiene barba —salto—. Y siempre está rodeado de planos.

—¿Planos?

—Es arquitecto, mamá. Te lo dije.

No me doy cuenta de que he subido el tono de mi voz hasta que el hombre de los planos alza la vista. No hace nada especial, solo arquea una ceja. Su atención aterriza en mí con la precisión de un puntero láser.

—Sí, mamá —repito, muy digna—, se llama Samuel.

No hay vuelta atrás. El nombre queda flotando entre la espuma del *latte* que tengo delante y la tinta de los planos. Él apoya el lápiz sobre la mesa, me observa en silencio el tiempo suficiente y, entonces, habla.

—¿Debo preocuparme por el uso no autorizado de mi biografía?

Cierro la boca un segundo, pero la abro al siguiente. Busco una respuesta que no suene a estupidez, pero no la encuentro.

—¿Perdón?

—Ha dicho mi nombre y mi profesión. Y, por puro capricho del azar, lo ha hecho mirando mis planos.

En ese mismo momento, la expresión «Tierra, trágame» cobra un brillo nuevo para mí, mientras mi madre sigue farfullando al otro lado del auricular de mi teléfono.

—¿Lucy, cariño? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, mamá —respondo sin apartar la mirada del desconocido—. Te llamo luego.

Cuelgo antes de que mi madre me pida una foto del supuesto novio en tiempo real. Me aclaro la garganta, mientras

compruebo que el desconocido de la mesa contigua continúa sin retirar la mirada de mí.

—No estaba… robando nada —intento.

—Me alegra oírlo —contesta con una calma que me pone nerviosa.

—Solo ha sido un accidente lingüístico a pequeña escala…

—Ya y el desastre del Titanic fue un mal cálculo.

Al escucharle, no sé si reír, disculparme o declararme directamente culpable.

—Tranquila —añade—. No me siento ofendido.

—¿No?

—He vivido cosas más surrealistas.

La carcajada me sube por el pecho y se queda a medio camino, porque no estoy segura de si esto es un flirteo accidental o una prueba fehaciente del ridículo que he hecho. Él se incorpora un poco, dobla un extremo de los planos y, por primera vez, me mira de verdad con unos grandes ojos grises, inteligentes, pero nada complacientes.

—Déjeme adivinar —dice, y la cortesía británica de su tono solo consigue aumentar la temperatura de mi cuerpo—. Tiene una familia entusiasta, un evento inminente y una búsqueda impulsiva y desesperada de novio.

—No suelo admitirlo tan pronto, pero sí.

—¿Y por cuánto tiempo lo necesita?

—Hasta el domingo —respondo, con una sinceridad que, en otro momento, habría sido para mí como un suicidio—. Solo por Acción de Gracias.

—Curioso —murmura—. Estamos en la misma situación.

—¿En serio? —le pregunto, porque ya que me he metido en este número, al menos que sea con música.

—Estoy negociando un proyecto con una familia muy tradicional, que, por lo visto, valoran los buenos modales y la vida estable de los profesionales con los que trabajan. Por lo visto, les inquieta que un adulto soltero pueda restaurar una mansión sin derribarla por un trauma afectivo.

—Muy tradicional—repito—. Parece que eso sea más importante para ellos que ser un buen profesional.

—Así que necesito una compañera creíble para un par de cenas —concluye.

—¿Está proponiendo un… intercambio?

—Prefiero llamarlo: «alianza estratégica».

—Está bromeando, ¿no?

—No suelo hacerlo —responde apretando los labios y clavando su mirada gris en mis ojos.

Su frase se queda flotando sobre mi cabeza, mientras mi *latte* humea, la lluvia golpea despreocupada el cristal y mi cerebro intenta decidir si huir en este mismo instante o quedarme quieta y pedir otro *latte*.

—No pienso dormir con usted —le advierto.

—Eso tampoco está en mis planes —responde sin pestañear.

—Ni fingir cariño en público.

—Eso dependerá de la astucia de su madre.

—Es altísima.

—Entonces habrá que ensayar.

Se me escapa una risa discreta, aunque él no se ríe, pero la comisura derecha se le mueve un milímetro.

—¿De verdad está dispuesto a hacer esto? —pregunto, más divertida que ofendida.

—Diría que ya lo ha hecho usted por mí.

—*Touché*.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos, y en ese intervalo siento una chispa de pies a cabeza que no entiendo por qué aparece en este preciso momento. Pero supongo que es el tipo de electricidad que no avisa y que recorre distancias cortas: de su mirada a mi garganta y de mis manos al borde del vaso.

—Solo por Acción de Gracias —repito con voz firme.

—Trato hecho —dice con una sonrisa leve y mirándome de nuevo a los ojos.

No me doy cuenta de que estoy extendiendo mi mano hasta que él la toma entre las suyas. Tiene las palmas cálidas y los dedos largos de hombre que entiende de planos y de gente. Ese es la clase

de gesto que se queda impregnado en la piel y añade complicaciones a todo.

—Samuel Everett —se presenta, como si hiciera falta—. De Everett Restoration Studio.

—Lucy Stevenson —respondo, sin añadir nada más.

Cogemos nuestros teléfonos a la vez e intercambiamos nuestros números con una formalidad propia de los contratos bien hechos. Un segundo después, vibra el mío.

«De: Samuel Everett.

Asunto: Plan preliminar del acuerdo (versión 0)»

Me muerdo el labio inferior para no reírme y lo abro.

«Jueves mediodía viaje hasta la casa de la familia Stevenson.

Jueves 19:00: cena familiar. (Coordinación narrativa).

Viernes: paseo matutino. (Ensayo de anécdotas compartidas).

Sábado: descanso (previsión meteorológica de posible tormenta de nieve).

Domingo: despedida familiar y regreso.

Al final del correo, aparece una posdata:

«Toda mentira necesita una estructura. Ya que la vamos a llevar a cabo, hagámoslo con una base decente. —S.».

—Definitivamente eres un psicópata del orden —resoplo, sin poder evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

—Prefiero que me llames metódico —dice él—. Psico… lo dejamos para más adelante.

—Le advierto que mi familia no firma cláusulas a ciegas.

—Yo tampoco. Por eso, antes de coger un coche rumbo a la casa de su familia, necesitaremos un guión verosímil y dos o tres recuerdos importables.

—¿Importables?

—Historias que puedan trasladarse de la ficción a la sobremesa sin que nadie se atragante.

Le doy otro sorbo a mi *latte* para ocultar el efecto inmediato que me provocan su voz baja y la naturalidad con la que convierte este desastre vital en un proyecto. Siento el impulso absurdo de acercar la silla medio centímetro un poco más cerca de él y oler su

perfume. Pero, por suerte, no lo hago. A Dios gracias todavía me quedan dos neuronas.

—Bien —digo—. Primer dato importable: nos conocimos en una librería porque yo compraba un manual de arquitectura romántica.

—¿Arquitectura romántica?

—Llámelo así. Filosofía aplicada a cúpulas que no se caen cuando alguien decide quedarse.

Su mirada sostiene la mía un instante prolongado.

—Apuntado —responde—. Segundo dato: usted toma el café con leche vegetal para sentir que cuida su corazón, aunque lo maltrate con trabajo.

—Eso es una calumnia.

—Me gusta vivir al límite.

La conversación avanza con una facilidad que me preocupa, porque tengo la sensación de que podríamos quedarnos aquí toda la tarde, moldeando una historia común hasta hacerla creíble. Sin duda, a veces las mentiras dan menos trabajo que las verdades.

—Una última cosa —digo—. Si a mi madre le parece que lo que escucha es sincero, se lo cree todo. Pero si le parece que es mentira o que algo es forzado, llama a la abuela y, entre las dos, hacen una investigación que es capaz de echar por tierra a cualquier gobierno que se precie. ¿Sabe improvisar?

—Yo no improviso. Me gusta tener todo calculado hasta el milímetro.

—Qué romántico.

—No, solo eficiente.

La lluvia arrecia fuera y se oye un trueno muy cercano. Así que, en ese momento, aprovecho y me pongo en pie, cierro el portátil y recojo mi bolso. Él obedece a su propio ritmo, dobla los planos con un método que ya parece parte de su encanto y guarda el lápiz en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Entonces, señora del West Village —dice con una formalidad que hace reír—, ¿la recojo mañana a mediodía?

—A mediodía —confirmo—. Y no me llame señora o mi madre empezará a buscar fecha para la boda.

—Lo tendré en cuenta. Pero entonces tú tampoco me llames de usted.

—Hecho —digo colocándome el asa del bolso en el hombro.

Nos acercamos a la puerta, Samuel la abre y la campanilla que cuelga sobre ella suena de nuevo. Nos quedamos un segundo bajo el dintel y sin dejar de mirarnos a los ojos.

—Hasta mañana, Lucy.

—Hasta mañana, arquitecto.

Capítulo 2

Lucy

La lluvia me acompaña durante el camino de vuelta a casa. No pienso en lo que acabo de hacer, porque cuando le doy demasiadas vueltas a algo me sale una reacción alérgica y eso es lo último que necesito ahora mismo. Así que camino rápido, aunque no tengo prisa por llegar a casa y me dejo guiar por el mapa que tengo memorizado de la ciudad. Las luces de las farolas se proyectan brillantes sobre el asfalto y el agua dibuja charcos junto a los bordillos, el tráfico ronronea con una cadencia que conozco de memoria y mi cerebro, que debería estar revisando la campaña de esta semana, decide que lo urgente hoy es recordar la textura del tono de voz de Samuel.

En la estación de metro un tipo toca el *cello* con la funda del instrumento abierta frente a él y veo que tiene dos monedas brillando en el fondo. Por un instante me gustaría tener tiempo para quedarme y disfrutar de la música en directo, solo quedarme, pero sé que debo llegar a casa y acabar unas cosas pendientes del trabajo. Así que lanzo un hondo suspiro y continúo mi camino.

Cuando salgo en Brooklyn Heights, subo la escalera, que cruje desde hace diez años, abro la puerta de mi apartamento y el caos del lugar me da la bienvenida con su desorden habitual: una estantería que ruega que, por favor, la ordene, tres plantas valientes que resisten como verdaderas supervivientes a mis olvidos de regarlas, varias velas sin encender reclaman cumplir con la función para la que nacieron y una taza de té con restos de una mañana con

demasiadas prisas me espera sobre la mesa. Lanzo un hondo suspiro y dejo el bolso en el recibidor, me quito los zapatos, me recojo el pelo con una pinza y voy directa a la cocina. Conecto el hervidor de agua y su ruido lo invade todo al instante, el vapor empaña un segundo la ventana y el particular olor del agua caliente me calma un poco los nervios. Sirvo una de taza de té, me apoyo en la encimera y doy un primer sorbo y enciendo la luz del salón. Abro el portátil, que da la sensación de que despierta con un resoplido cansado. Me siento a la mesa frente a él y veo que tengo dos notificaciones esperándome. Una es del equipo con una propuesta sensata para el *Black Friday* y la otra es de Samuel Everett.

Abro el correo y encuentro el asunto más absurdo y reconfortante que he leído hoy: «Plan provisional para Acción de Gracias – Itinerario (versión 1)*».* El PDF adjunto se carga con la lentitud de los archivos que saben que van a cambiarte el fin de semana. Clico sobre él y se abre frente a mí.

«Jueves

16:00 - Llegada a los Hamptons.

19:00 - Cena familiar de Acción de Gracias. Coordinación de narrativa.

21:30 - Revisión de líneas rojas (traspasadas o no).

Viernes

10:00 - Paseo matutino. Recopilación de «recuerdos importables».

13:30 - Almuerzo ligero. Ensayo de anécdotas.

18:00-Momento de escape para llamadas urgentes.

Sábado

Todo el día - Descanso. Posible tormenta de nieve. Plan B interior.

Domingo

11:00 - Despedida familiar controlada.

12:30 -Regreso a la ciudad.

En el pie, la nota que remata la broma con elegancia: «No te preocupes, la mentira solo será sólida si la estructura es coherente. —S.»

No sé cuándo he empezado a reírme, pero ahí estoy, con la taza en la mano, el portátil abierto y una carcajada que sale espontánea. Cierro un segundo los ojos e imagino su cara escribiendo «despedida

familiar controlada» y me explota en la garganta esa risa que solo sale cuando el mundo decide ponerse de mi lado por un instante.

Me siento en el sofá, dejo la taza en la mesa y me pongo el portátil sobre las rodillas. Abro un documento en blanco y tecleo un título que podría poner celosa a cualquier productora de cine: «**Manual de supervivencia romántica — versión 0».** Abajo escribo reglas, porque cuando la vida se vuelve impredecible, a mí me gusta hacer listas para tener las cosas claras o… intentarlo al menos.

«Regla 1: nada de besos sin testigos.

Regla 2: habitaciones separadas, siempre.

Regla 3: las verdades personales quedan fuera del contrato.

Regla 4: si mamá pregunta por fechas de boda, se esquiva con un «todavía no hemos hablado de eso».

Regla 5: jamás mencionar exnovios, ni perros comunes, ni vacaciones de verano románticas.

Regla 6: si mi hermana Hannah entra en modo interrogatorio, pasar la pelota con humor.

Regla 7: recordar que esto es solo por Acción de Gracias».

Me quedo mirando la lista como quien se fija en un puente recién pintado. Brilla, parece seguro y da gusto verlo. Sé que el primer camión que pase por encima lo estropeará, pero por ahora está perfecto.

De repente suena mi móvil avisándome de que acabo de recibir un mensaje de mamá, por supuesto.

Mamá:

He pensado que podéis quedaros en la habitación azul,
tiene una colcha preciosa que hizo la abuela.
¿Samuel ronca?

Yo:

Desconozco la acústica de su respiración nocturna, madre.

Se queda en silencio durante unos segundos, hasta que veo que vuelve a escribir.

Mamá:

Le haré su postre favorito.

¿Cuál es?

Le contesto con valentía, aunque no tengo ni la más remota idea de cuáles son sus gustos.

Yo:

Tarta de manzana templada

No tengo ni idea de si le gusta la tarta de manzana, aunque si no le gusta, sinceramente, ya puede irse del país.

Mientras compruebo si mi madre responde, suena la campanita del portátil, que anuncia que acabo de recibir otro correo. Compruebo la bandeja de entrada y veo que es de él.

«Pequeña enmienda. Si tu familia sospecha, estoy seguro de que les convencerá más una versión imperfecta que una pulida. La gente se cree con mayor facilidad lo que se tambalea un poco».

Me río otra vez porque, con esa frase, me ha definido a mí entera. Tecleo rápido: «Tranquilo, la imperfección es mi especialidad»

Tardo diez segundos en borrar ese «tranquilo» que me ha salido de forma tan natural, para no parecer demasiado cómoda y lo cambio por un neutro:

«Anotado. La imperfección corre por mi cuenta».

Lo envío y me levanto del sofá. Recojo la bufanda que dejé en la silla el martes y la pongo junto a mi abrigo para mañana. Justo después, voy hacia el dormitorio y empiezo a preparar una bolsa con cosas que mi madre certificará como «adecuadas para un fin de semana en familia»: dos jerséis que no llamen la atención demasiado, unos vaqueros poco conflictivos, un vestido que no escandalice a la abuela, un par de botas limpias y el perfume de siempre. Abro el cajón del baño, cojo mi neceser con la eficiencia de quien ha huido muchos fines de semana por motivos sentimentales, cierro el cajón y me quedo un segundo con las manos apoyadas sobre la encimera.

Sin quererlo, mi cabeza vuela hasta Tom durante un suspiro. Pienso en sus frases tibias que parecían bien hasta que descubrí que

eran pasadizos sin salida. En aquella tarde en la que me dijo que yo era demasiado: demasiado emocional, demasiado intensa y lista para que él se sintiera suficiente. Desde entonces, la palabra «demasiado» se quedó pegada a mi piel como una etiqueta mal arrancada. Supongo que por eso he aprendido a reír antes de que se me humedezcan los ojos. Ríes y la maldita etiqueta se despega sola, al menos, por fuera.

Vuelvo al salón y miro el manual de supervivencia, que aún sigue fijo en la pantalla del portátil, y le añado una regla más, por si acaso, porque me conozco.

«**Regla 8**: no confundir orden con seguridad».

No sé muy bien de quién me protejo con esa octava regla, si de él o de mí. Bueno, sí, probablemente me estoy protegiendo de mí.

Cojo el móvil, abro la conversación con Samuel y escribo despacio, para no parecer ansiosa ni fría.

Yo:
Mañana a las 12 en mi portal.
Te mando la dirección.
Trae tu mejor cara de hombre que no huye de sobremesas interminables.

Él tarda muy poco en responderme.

Samuel:
Apuntado.
Trae tú también tu mejor cara de mujer
que convierte catástrofes en comedia.

Apago un rato el portátil y pongo una lista de canciones animadas, mientras recojo por encima el apartamento para que cuando vuelva el domingo no me reciba el campo de batalla en el que estoy ahora. Ordeno los libros por impulso, enciendo una vela de vainilla y me siento en el suelo con la espalda contra el sofá.

Cuando vuelvo a abrir el ordenador la pantalla muestra el itinerario y un icono parpadeante de mensajes nuevos. Mi equipo insiste con la parte final de una campaña. Les contesto rápido con

dos indicaciones y una promesa de revisión el lunes. Soy muy buena cumpliendo promesas laborales; las personales me cuestan más. Vuelvo al correo de Samuel un segundo, reviso el «plan B interior» del sábado e imagino la casa donde crecí, la mesa larga, el ruido, la abuela comentando cualquier cosa y una ternura que compensa todas las impertinencias, mi hermana supervisando con metro y medio de sonrisa todo lo que hago y todo lo que no.

Mi móvil vuelve a vibrar, aunque esta vez no es mi madre, sino mi padre con un mensaje corto, seco y dulce, marca de la casa.

Papá:
Tu madre dice que traes a alguien.
No te preocupes, si no te hace reír,
lo saco al porche a hablar de madera y vuelve encantado o no vuelve.

Me rio sola, porque esa es la peculiar manera de mi padre de decir que me protege y yo le respondo con un corazón discretísimo que él fingirá no ver.

Abro el documento con las reglas, lo releo, y añado al margen un par de «recuerdos importables» por si en la sobremesa nos piden nuestros *Greatest Hits* como pareja: una librería del Soho donde no compramos nada, una película antigua que vimos en versión original porque nos creemos interesantes, y un paseo por el High Line en el que discutimos sobre si la ciudad es más bella vista desde arriba o a ras de suelo. Cierro el portátil, llevo la taza a la cocina y apago las luces del salón. Después, me cepillo los dientes y voy hasta mi dormitorio, me pongo el pijama y me meto entre las sábanas con un suspiro que no es de derrota, sino de quien ha tomado una decisión que no sabe si es inteligente, pero que ahora mismo tiene todo el sentido del mundo.

Entonces vuelve a vibrar mi teléfono. A estas horas, ya no espero que sea mi madre, ni mi hermana, quien se acuesta temprano para tener el cutis más luminoso del Instagram familiar. Abro el chat y encuentro un mensaje en la parte alta.

Samuel:

Una duda técnica:
¿qué nombre le damos a la
librería donde nos conocimos
para que tu madre lo encuentre adorable
y mi ironía no muera en el intento?

Me pongo de lado, sonrío contra la almohada y escribo sin pensarlo demasiado.

Yo:
Se llama Bright & Dusty.
Suelen tener libros nuevos
que quieren parecer viejos
y sillones que han soportado
a demasiados clientes cansados.

Tarda dieciséis segundos en responderme.

Samuel:
Funciona.
Me lo creo.

Yo:
Yo también.

Dejo el móvil en la mesilla de noche y me pongo boca arriba. Trato de relajarme y poco a poco siento cómo el sueño va llegando perezoso. Mi cuerpo recuerda lo que significa poder descansar porque hay un plan y, por una vez, no lo llevo yo sola.

No cierro los ojos todavía. Antes, repaso mentalmente la mañana, la tarde y de repente aparece ante mí el recuerdo de su ceja levantada cuando dije su nombre y el tono de voz con el que pronunció «alianza estratégica». Me recuesto mejor, meto los pies bajo el edredón, estiro las piernas, sonrío otra vez y uelven su correo y esa frase del final a mi cabeza.

«La mentira será sólida si la estructura es coherente».

—Genial —susurro al techo—. Me he buscado un arquitecto… y un psicópata del orden.

Las luces del puente parpadean en el cristal de mi ventana. En la mesa, el portátil queda abierto con el itinerario en la pantalla. Dentro de mí, algo late con un pulso que no escuchaba desde hace tiempo, pero que, en el fondo, me gusta.

Me rindo por fin al sueño con la mitad de la pierna fuera de la manta, una mano colgando por el borde de la cama y la sonrisa que me sale cuando decido que voy a permitir que algo me apetezca. Pero antes de quedarme profundamente dormida, una frase vuelve a mi cabeza sola, sin que la llame, y nítida como una orden que no necesita que me la diga ningún jefe.

«Solo por Acción de Gracias. Y luego… ya veremos».

Capítulo 3

Samuel

El tráfico avanza como un desfile de coches resignados. La autopista hacia los Hamptons, donde está la casa de los Stevenson, parece un hilo interminable de luces rojas, y el cielo tiene un tono blanquecino que anuncia un día frío. En el asiento del copiloto está Lucy con un vaso de cartón entre las manos, como si el café fuera una forma legítima de mantener el equilibrio mental. Lleva una bufanda roja enorme que podría abrigar a un pueblo entero y los auriculares, donde suena una lista de reproducción que define el concepto de tortura típica de esta época del año: «villancicos indies con banjos».

Intento concentrarme en la carretera, pero su pie golpeando el suelo al ritmo de la música me distrae más que el tráfico.

—¿Siempre conduces como si te persiguiera Hacienda? —pregunta, sin levantar la vista del vaso.

—Siempre conduzco bien.

—Claro. Seguro que eso también lo tienes en tu manual de arquitecto perfecto.

—Página tres, apartado B.

—¿Existe de verdad? —pregunta con incredulidad.

—No. Pero si existiera, tendría tu cara al lado de la palabra «ruido».

Su risa llena el coche. Es un sonido claro y espontáneo, que no encaja con el clima ni con mi humor, pero que me obliga a mirarla un segundo más de lo necesario. Se ríe con todo el cuerpo, como si no hubiera aprendido la técnica de disimular la alegría. Yo,

en cambio, llevo años dominando el arte de no parecer afectado por nada, ni por lo bueno, ni por lo malo.

—¿Sabes qué es lo más preocupante? —continúa—. Que ni siquiera te molesta mi música. Te irrita que yo la disfrute.

—No me irrita —respondo—. Me desconcierta la capacidad que tienes para escuchar canciones de amor y hablar a la vez.

—Polivalencia. Las mujeres nacemos con ella.

—Un don o una amenaza, depende del contexto.

La bufanda roja se mueve cuando se inclina para mirarme, se le queda desordenada, y por algún motivo ese detalle me resulta más peligroso que el tráfico. A pesar de que he diseñado cientos de estructuras, muchas de ellas realmente complicadas, no obstante, ninguna ha sido tan imprevisible como esta mujer.

Habla de todo y de nada: de su madre, de la moda sostenible, de un gato llamado Winston que, según ella, tiene más carácter que la mayoría de los hombres. Lo peor de todo es que habla y habla sin haber pedido permiso para ocupar el espacio. Por momentos, pienso que su vida entera es una improvisación cuidadosamente ensayada.

—¿Qué miras? —pregunta, con la sonrisa ladeada.

—El mapa.

—Mentira.

—No te acostumbres a llevar la razón.

—Demasiado tarde.

Vuelve la vista a su móvil y sube el volumen. De repente, empieza a tararear una canción sobre nieve, luces y corazones rotos en el Bronx. Yo decido concentrarme en la línea blanca del arcén, aunque el movimiento de su cabeza al ritmo de la música me lo pone difícil.

Sin embargo, su silencio mientras escucha la música, si se puede llamar así, dura poco.

—¿Tienes familia? —pregunta, de pronto.

—Tenía.

No es una respuesta cruel, solo la más exacta. No insiste, lo cual agradezco. Se limita a mirar por la ventanilla y murmura un «vale» que se queda flotando entre nosotros.

Durante unos kilómetros, solo se oye el zumbido del motor, una calma que debería tranquilizarme, pero no lo hace, porque Lucy tiene la habilidad de llenar el espacio incluso cuando calla.

—¿Qué esperas de este fin de semana? —pregunta al rato.

—Supervivencia básica.

—Eso suena apasionante.

—Mi vida lo es.

—Mientes fatal.

—Diseño estructuras, no excusas.

—Qué pena. Te habría salido bien lo de ser guionista.

—No me gustan las ficciones.

—Vaya —dice, sin disimular la burla—. Curioso, viniendo de un hombre que acaba de aceptar fingir un noviazgo.

No respondo nada, porque tiene razón. Ella sonríe, se acomoda en el asiento y bebe otro sorbo de café. Las gotas del vaso tiñen el cartón y sus dedos se hunden un poco, dejando una marca. No sé por qué me fijo en eso, pero lo hago.

El coche mantiene la velocidad constante y la distancia prudente respecto a los otros coches. Tengo todo bajo control…o casi todo, porque al mirarla de reojo, descubro que lleva una trenza medio deshecha, un pendiente colgando solo en una oreja y las uñas pintadas de un rojo que no coincide con la bufanda. Un caos perfectamente simétrico.

Ella nota la mirada y sonríe sin apartar la vista de la carretera.

—¿Qué?

—Nada. Estaba comprobando la estabilidad estructural del conjunto.

—¿Y?

—Preocupante.

Se ríe de nuevo, y algo en mi pecho se relaja lo justo para que entre aire.

Cuando trabajas con edificios antiguos, aprendes a reconocer cuándo algo se tambalea, pero sigue en pie y Lucy es precisamente eso: una estructura que vibra, pero que no cede.

La autopista se estrecha y el asfalto empieza a humedecerse con la llovizna. Los limpiaparabrisas se mueven con ritmo casi hipnótico y en el retrovisor, la ciudad, a lo lejos, se disuelve en un borrón metálico. Delante, el paisaje se abre hacia campos vacíos, árboles pelados y aire limpio.

No suelo llevar a nadie en mi coche, ni dejar que nadie toque mi volante, ni mis herramientas, ni decida sobre mis tiempos. Sin embargo, ella está aquí, con las piernas cruzadas, la bufanda puesta de cualquier manera y con la capacidad irritante de convertir cualquier trayecto en una historia.

—No estás tan mal —dice de repente.

—Gracias, supongo —le respondo encogiéndome de brazos.

—Quiero decir que, para ser un hombre que habla poco, no das miedo.

—No suelo asustar a nadie a propósito.

—A propósito. Qué detalle.

Levanto una ceja y ella me mira con aire divertido.

—Deberías probar a reírte de vez en cuando —dice—. No se te va a caer el prestigio.

—El prestigio está sobrevalorado.

—Entonces estás a salvo.

No sé si me acaba de insultar o de halagar. Probablemente ambas cosas.

La gasolinera aparece unos kilómetros más adelante bajo una espesa capa de lluvia: un local anodino con un cartel luminoso y una máquina de café que no funciona. Aparco junto a un surtidor y apago el motor.

Lucy sale del coche antes de que pueda ofrecerle el paraguas. Cruza el aparcamiento con una energía que desafía a la lluvia y a cualquier cosa que se le ponga por delante, y entra en la tienda. Desde el asiento, la veo moverse por los pasillos, coger una bolsa de patatas, un paquete de chicles y algo que parece una libreta.

Aparto la mirada y, mientras lleno el depósito, observo el paisaje. El olor a gasolina y a mar, que cada vez está más cercano,

me resulta familiar. El aire frío me corta las manos, pero no me molesto en ponerme los guantes.

Ella vuelve, empapada, y con la bolsa colgando del brazo.

—¿Qué has comprado?

—Supervivencia emocional.

—Eso no se vende aquí.

—Por eso llevo la mía encima.

Abre la libreta y saca un bolígrafo.

—Vamos a establecer las normas del fin de semana.

—¿Qué normas?

—Las del manual de convivencia.

—¿Manual?

—Sí. Dos adultos emocionalmente inestables que fingen una relación durante cuatro días necesitan un contrato.

Me apoyo en el coche y me cruzo de brazos aprovechando que hay un techo que nos cubre de la lluvia.

—Suena apasionante.

—Primera norma: nada de besos sin testigos.

—Sí, lo sé, pero…¿Por qué limitar los buenos momentos?

—Porque esto no es una película.

—Depende del guion.

—Segunda norma: habitaciones separadas.

—Era implícito.

—Tercera: nada de historias reales. Esto es todo fingido.

—Qué alivio. Pensaba que iba a tener que hablar de mis traumas.

—¿Los tienes?

—Alguno, pero no están incluidos en el contrato.

Garabatea algo más en la libreta y levanta la mirada.

—Listo. Manual aprobado.

—Falta una cláusula.

—¿Cuál?

—El arquitecto se reserva el derecho a incumplir las normas si el edificio lo exige.

—Eres un caso clínico.

—Psicópata funcional.

—Te creo.

Sonríe y, ese gesto, tan simple e inocente, tiene un efecto inesperado en mí. No voy a dejar que me lo note, pero lo siento: una corriente breve y directa, que se me cuela entre las costillas.

La nieve empieza a insinuarse sobre los campos a lo lejos dejando minúsculos puntos blancos sobre el marrón de la tierra. Lucy los señala con un entusiasmo casi infantil.

—Mira, nieve.

—Es prematura.

—O perfecta, depende de a quién le preguntes —responde y sube al coche sin esperar una respuesta.

Cuando cierro mi puerta, su bufanda roja está desplegada sobre el asiento.

Arranco y salimos a la carretera. Los copos de nieve golpean el parabrisas, pero, por suerte, la calefacción mantiene el interior del coche en un estado cómodo y artificial, mientras Lucy canta a media voz una canción que no reconozco. No desafina, pero tampoco busca hacerlo bien, le basta con llenar el silencio que reina dentro del coche.

Según avanzamos, los árboles se vuelven más altos y los carteles anuncian la costa. En el asiento trasero, ahora descansa su bufanda roja totalmente desplegada, invadiendo el espacio como un animal dormido.

—Tu madre debe de ser… intensa —le digo, más por curiosidad que por entablar una conversación.

—Eufemismo elegante —responde, sin apartar la vista de la carretera—. Si existiera una escala de «madres entusiastas», la mía estaría en el nivel «anfitriona olímpica».

—Perfecto. No sé si estoy preparado para eso.

—Tranquilo. Solo te hará tres preguntas seguidas y una inspección visual completa.

—¿Eso es una advertencia o una amenaza?

—Una descripción objetiva.

La sonrisa que me lanza es una trampa, lo sé. Es el tipo de sonrisa que convierte una mentira en algo casi razonable.

Cuando el GPS anuncia que faltan dos kilómetros para llegar, reduzco la velocidad. El camino se abre entre pinos y al fondo, tras una verja blanca, aparece la casa: grande, luminosa, de esas que han sido reformadas mil veces, pero conservan su encanto original. Hay luces en cada ventana, coronas en las puertas y humo saliendo de la chimenea. Huele a hogar incluso antes de entrar y eso, curiosamente, me inquieta más que cualquier inversión millonaria que pudiera hacer en el trabajo.

Aparco junto al porche y Lucy suelta un suspiro tan profundo que parece que exhala años de historia familiar.

—Última oportunidad para escapar —dice antes de desabrocharse el cinturón de seguridad.

—No corro hacia las salidas, las analizo.

—Eres incorregible.

—Y tú, impuntual.

Se baja del coche y camina hasta la puerta, arrastrando la maleta con la determinación de quien va a una batalla. Yo cojo la mía y la sigo.

La puerta se abre antes de que toquemos el timbre y tras ella aparece una mujer rubia, menuda y con un delantal lleno de dibujos de pavos que nos recibe con los brazos extendidos.

—¡Samuel! ¡Por fin alguien que sabe lo que es un buen corte de chaqueta! Entra, entra, cariño.

Ella es Margaret Stevenson. La versión maternal del huracán más temido de todos los tiempos.

—Gracias, señora Stevenson.

—Por favor, llámame Margaret. O mamá, si te atreves.

—Empezaré por Margaret, si no le importa.

Ríe encantada, mientras me arrastra literalmente hacia el interior. La casa es un collage de olores y sonidos: pan, canela, madera y risas. En el salón, un hombre alto con jersey de punto levanta la vista del periódico y me saluda con un gesto tranquilo.

—George Stevenson —dice, estrechándome la mano al acercarse hasta nosotros—. No le hagas caso a mi mujer. Aquí el que sobrevive a su entusiasmo se gana el postre.

—Intentaré estar a la altura.

—No hace falta —replica con una sonrisa—. Nadie lo está.

De algún lugar del pasillo aparece una mujer más joven, rubia como su madre, con la sonrisa exacta de quien se pasa horas ensayando ante el espejo para aparecer perfecta en las fotos.

—Oh, así que tú eres el famoso arquitecto —me dice Hannah, la hermana de Lucy, con una entonación, que mezcla curiosidad y evaluación.

—Supongo que sí, aunque últimamente tengo más fama que méritos.

—Qué modesto —responde, inclinándose para besar a Lucy—. Ya entiendo por qué mamá está tan encantada contigo.

Lucy le lanza una mirada que podría cocinar el pavo sin necesidad de utilizar el horno. Pero justo en ese momento, la voz ronca y divertida de una mujer mayor llega desde el sillón.

—¿Y tiene manos de verdad o solo dibuja casas en el aire?

—Solo las que merecen ser restauradas, señora.

La anciana levanta la copa que tiene en la mano.

—Entonces mi casa está a salvo.

Elsie Stevenson, la abuela octogenaria que parece estar llena de lucidez, pero también de peligro.

El ambiente se acomoda a nuestro alrededor con una naturalidad que no esperaba. Lucy intenta tomar el control de la situación, pero su familia la desarma sin esfuerzo. Margaret me pregunta por mi estudio, George me habla de su taller de carpintería y la abuela me estudia como quien evalúa una obra de arte.

Cuando saco el resto del equipaje del coche, George me sigue hasta el porche.

—Bonita pieza, ese Audi —comenta—. Aunque aquí no sirve de mucho más que para aparcarlo y presumir.

—Lo sé. Me tranquiliza tener algo que no depende de nadie.

—Ah, entonces eres de los míos.

La forma en que lo dice me resulta familiar, como si intuyera algo que yo no he contado.

Dentro, oigo que Lucy discute con su madre sobre la distribución de los dormitorios.

—La habitación azul es perfecta para los dos —dice Margaret.

—No hace falta, mamá. Samuel puede dormir en la de invitados.

—No digas tonterías. Si sois pareja, compartís cuarto.

El «si sois pareja» cae sobre mí como una tonelada de rocas. Lucy se gira hacia mí con una mirada de auxilio que disfraza de cortesía.

—No hay problema —digo—. Donde me pongan, estaré cómodo.

Margaret aplaude, triunfante.

—¡Eso es espíritu navideño!

Lucy cierra los ojos un segundo y yo disimulo una sonrisa, porque a veces la estrategia más segura es no resistirse al caos.

El comedor parece sacado de una postal: velas encendidas, mantel bordado y copas relucientes. La abuela ocupa el centro de la mesa como una reina con trono propio. Hannah habla sin parar, George corta el pavo, y Margaret llena los platos como si temiera un desabastecimiento mundial.

Yo me limito a observar a mi alrededor. Lucy, en cambio, improvisa con la soltura de una actriz que no se ha aprendido el guion, pero domina el arte de la improvisación.

—Nos conocimos en un evento de arquitectura sostenible —anuncia.

Margaret sonríe, fascinada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo llevaba la comunicación del proyecto y él…

—En realidad fue en una librería —la interrumpo, con la voz más neutra que puedo.

Ella me mira, atónita.

—¿Perdón?

—Buscaba un libro de arquitectura romántica. Lo encontré.

—¿Y cuál era? —pregunta Elsie, divertida.

—*El amor en los tiempos del cemento*, si mal no recuerdo.

—Eso no existe —susurra Lucy entre dientes.

—Debería.

La mesa estalla en risas y Margaret se lleva una mano al pecho.

—¡Qué romántico!

Lucy me fulmina con la mirada.

—Sí, encantador —dice, con voz dulce y venganza implícita.

La abuela da un sorbo a su copa y sentencia:

—Si un hombre te busca un libro, quédate con él. Si además lo inventa, cásate.

Margaret aplaude la ocurrencia y Lucy bebe vino, mientras yo me limito a disfrutar del espectáculo.

Durante el resto de la cena, mantengo la compostura profesional. Respondo preguntas sobre mi estudio, sobre restauraciones, sobre presupuestos y materiales sostenibles, y evito las trampas sentimentales con precisión. Sin embargo, cada vez que Lucy habla, mi atención se desvía hacia ella.

No sé si lo hace a propósito, pero cuando explica algo gesticula con las manos, y su bufanda que se ha empeñado en dejarse puesta, roza mi brazo cada vez que se mueve. No me quejo ni me aparto.

George interviene en medio del ruido general.

—Lucy me ha dicho que trabajas restaurando casas antiguas. Siempre me ha fascinado cómo alguien consigue darle vida a algo que otros darían por perdido.

—La clave es entender dónde falló la estructura —respondo.

—Exactamente —dice él, mirándome con esa serenidad que comparten los hombres que han hecho las paces con el tiempo—. Todo se sostiene si la base es firme.

La frase me golpea en la boca del estómago, quizá porque la entiendo en un sentido demasiado literal.

—Brindo por las estructuras firmes —dice Lucy alzando su copa y con una sonrisa que no sé si es burla o complicidad.

—Y por las grietas bien disimuladas —añado.

Brindamos y veo cómo ella me mira por encima del borde de su copa. Por un segundo, el ruido desaparece y no hay voces, ni platos, ni risas a nuestro alrededor. Solo su mirada sostenida, el sabor del vino en la lengua y una chispa que me recorre de arriba abajo y que me hace sentir extraño.

Margaret rompe el momento.

—¡Una foto! —exclama, sacando el móvil.

Antes de que podamos reaccionar, nos encuadra juntos, ella apoyada en mi hombro, yo medio girado hacia la cámara. El *flash*

nos atrapa con la sonrisa aún en el aire. Aunque la foto salga borrosa, ese instante quedará grabado en mi memoria perfectamente nítido.

El salón respira calor de chimenea y de conversación larga. Las guirnaldas enmarcan los marcos de las puertas, el árbol espera turno para deslumbrar mañana y las copas empiezan a perderse entre bandejas llenas de galletas. George atiza el fuego con la paciencia de quien sabe que las cosas buenas necesitan aire, y Margaret circula con un paño de cocina en la mano preguntando de forma incansable si alguien quiere más.

Lucy se ha quitado por fin la bufanda roja y se ha hecho una coleta con una goma que llevaba en la muñeca. Tiene harina en la mejilla porque Sophie, su sobrina, ha decidido amasar unas galletas. La niña le pasa piezas de un rompecabezas de cien trozos y le exige velocidad. Lucy la obedece sin discutir, con un talento natural para fingir que todo es un juego.

Me quedo mirándolas y veo que hay algo en la forma en que inclina la cabeza para escuchar a la niña, que desarma la parte de mí que firmó un contrato mental de discreción. No es nada que sea perfecto, pero respira vida, lo que complica mi trabajo de contención.

Elsie me llama con un gesto de reina cansada que no piensa repetir la orden y me siento en el brazo del sillón, lo justo para escucharla.

—Dime una cosa, muchacho. ¿Por qué restauras casas y no construyes nuevas?

—Porque las nuevas no piden perdón y las antiguas te enseñan dónde fallaron.

—Así que te gustan los arrepentimientos que dejan huella. Sensato. —Alza su copa—. Solo una advertencia: arreglar casas es más fácil que arreglar cabezas.

—Eso no lo pongo en duda.

—Bien. Te vas a entender con la mía —remata, señalándose la sien con un orgullo que en cualquier otra familia sería pura chulería, pero en esta es costumbre.

George me hace un gesto desde la alfombra, donde ajusta una pieza del protector de hierro de la chimenea.

—Ven a ver esto. Le falta firmeza en este eje.

Me agacho a su lado y veo que la barra lateral tiende a ceder. Le explico un par de soluciones simples, nada que requiera herramientas imposibles, mientras él me escucha, asiente y me lanza esa media sonrisa de los hombres que ya han hecho lo bastante para no necesitar impresionar a nadie.

—Mi esposa dirá que por fin he encontrado conversación —murmura.

—Me temo que tiene razón.

Detrás de nosotros, Margaret grita de nuevo «¡foto!» y su móvil vuelve a destellar. Lucy y Sophie posan con la lengua fuera y harina por todas partes. Sin duda, la imagen no será digna de marco, será mejor.

—¿Quieres probar? —Lucy me llama con la mano llena de harina —. Estamos haciendo castillos de galleta. Te pega.

—He levantado bastantes castillos en mi vida, pero muchos se derrumban con la primera corriente.

—Este no —replica Sophie sin levantar la vista—. Tiene princesas karatecas.

Me rindo. Me siento junto a ellas y me pongo manos a la obra. Lucy huele a vainilla y se le ha escapado un mechón de la coleta que le cae sobre la cara. Resisto el impulso de retirarlo, pero no lo hago porque no entra en ninguna de las cláusulas de nuestro particular contrato.

—¿Sabes que me debes un cadáver? —susurra, sin apartar la vista de las galletas.

—¿De qué estás hablando?

—Has enterrado mi versión de la librería con un título inventado. Ni mi madre se lo traga del todo.

—Tu abuela se lo ha tragado con brindis incluido.

—Ella se lo traga todo cuando hay vino de por medio, pero mi madre, no. Seguro que mañana me preguntará qué compré y necesitaré pensar con rapidez.

—Compraste *Arquitectura para románticas que no se rinden*. Tomo II.

—No existe.

—Todavía.

Aprieta los labios para no sonreír, pero falla y el gesto le sube a los ojos y se queda ahí.

—Eres insufrible.

—Psicópata funcional. Lo admití en la gasolinera.

Sophie nos mira de reojo, curiosa por el subtexto de nuestra conversación, aunque sin llegar a comprenderlo.

—Tía Lucy, ¿me queda bien la corona?

—Te queda como a una reina rebelde.

—Las reinas no son rebeldes —apunta Margaret desde la cocina.

—En esta casa, sí —añade la abuela con una carcajada.

Hannah entra con un plato de galletas glaseadas y una mirada clínica que repasa la distancia entre Lucy y yo. No dice nada, lo cual es peor. Deja el plato y se sienta junto a su prometido, un hombre con mandíbula de anuncio que pronuncia pocas sílabas, pero todas en el lugar preciso para agradar.

—Así que arquitecto —dice él, girándose hacia mí—. ¿Conoces a los Fairchild?

Lo miro un instante.

—Claro, son mis clientes.

—Gente… intensa.

—Piden certezas… Negocios.

Lucy levanta un poco la cabeza. No le gusta que la conversación desvíe el foco. No sé si teme que el pasado me alcance o que el presente nos pille sin guion. Le rozo el antebrazo con los nudillos, apenas un milímetro, convencido de que no hay testigos que sepan leer ese movimiento. Sophie aplaude, porque cree que finalmente hemos conseguido hacer el castillo, aunque yo preferiría aplaudir por haber encajado el gesto que le he hecho a Lucy.

La noche avanza y llega el momento de las historias con una niña que bosteza y adultos que se vuelven blandos. Lucy acompaña a Sophie a lavarse los dientes. George apaga un par de luces y

Margaret aparece con una bolsa de agua caliente y la pone en mis manos.

—Para la habitación azul. El cuarto da al norte y es más frío que el resto. Esto os irá bien.

—Gracias.

—Nada. —Me clava los ojos con dulzura—. Si te marean las preguntas, me las haces a mí.

—Lo tendré en cuenta.

Se marcha satisfecha, convencida de que acaba de adoptar a un adulto como nuevo miembro de la familia.

Espero a Lucy en el pasillo y, entre mis manos, la bolsa de agua caliente desprende un calor que me recuerda a inviernos más fáciles, pero que no echo de menos. Ella sale del cuarto de Sophie de puntillas, aunque su «de puntillas» hace ruido.

—Ven —murmura, y me guía por el pasillo.

La habitación azul no pretende ser moderna. Tiene una colcha de *patchwork* cosida por la abuela, papel pintado discreto, dos lámparas que no alumbran igual y una cómoda antigua que huele a jabón de Marsella. En el centro del dormitorio hay una cama grande, solo una.

Lucy se queda en el umbral con los brazos cruzados.

—Lo siento, pero la casa está llena. Mis padres han usado la habitación de invitados para mi hermana y Daniel.

—Puedo dormir en el suelo —respondo encogiéndome de hombros—. He dormido sobre superficies peores.

—Ni hablar. Mañana tendrás lumbalgia. —Se acerca a la cama y palpa el colchón con gesto técnico—. Marcaremos una frontera y listos.

—¿Frontera?

—Pondremos almohadas en medio. Si alguien invade el espacio del otro, pitido.

—¿Quién pitará?

—Yo. Tengo superioridad moral en esta guerra.

Tras negar con la cabeza ante su respuesta, me quito la americana, la cuelgo en el armario y apoyo el móvil en la mesilla.

—Me parece un plan…

—Genial —Lucy acaba mi frase—. Reglas activas: cero tocamientos nocturnos, cada uno en su lado, ni un centímetro más allá de la línea de almohadas.

—De acuerdo —asiento con la cabeza.

—Y nada de conversaciones profundas a partir de las once.

—Eso sería algo del todo inusual.

—Las conversaciones profundas a estas horas abren puertas que luego no se cierran.

—Anotado.

Coloca las almohadas con esa energía suya que vuelve épica cualquier acto doméstico que haga. Pone dos a lo largo y una pequeña encima como señal de alto. Me mira con las manos a la cintura satisfecha con la muralla.

—Invencible —sentencia con convicción.

—Hasta que te duermas —le respondo alzando una ceja.

—No me subestimes.

Se da la vuelta, abre el armario y saca un pijama de algodón con botones blancos y desaparece en el baño. El ruido del agua contra la cerámica tiene un ritmo que conozco demasiado bien. No miro la puerta, no soy idiota. Miro la colcha y me fijo en la costura irregular de un cuadrado azul marino junto a otro gris e imagino la mano anciana que cosió esto para alguien, puntada a puntada. No hay nada erótico en una colcha, salvo el hecho de que guarda historias sin contarlas.

Me pongo el pijama y apago la luz de la lámpara. La puerta del baño se abre y aparece Lucy con el pelo húmedo y ese pijama, que no pretende gustar, pero termina gustando más que cualquier encaje. Evito la mirada al principio, no por pudor infantil, sino por protocolo básico. Pero cuando la miro, veo que está riéndose de mí.

—Relájate, arquitecto. Es de algodón y no muerde.

—El algodón ha sobrevivido guerras.

—Tú sí que has sobrevivido a guerras hoy. Mi madre ya te ha metido en el álbum. —Se acerca a su lado de la cama, coge su teléfono y veo que busca algo—. Mira.

Me enseña una imagen del grupo familiar. La foto de la cena ha volado entre los miembros de la familia Stevenson con una velocidad

asombrosa. Aparecemos apoyados, riéndonos de algo que no sale en la imagen. Los comentarios pasan en avalancha: corazones, pavos, muchos «¡por fin!» y hasta incluso la abuela ha escrito: «Si no se casa, lo secuestro». Hasta George ha mandado un pulgar arriba.

—Ya somos patrimonio Stevenson —dice, medio divertida, medio pálida.

—La propaganda se nos ha ido de las manos.

—Ni te imaginas.

Se mete en su lado de la cama y se tapa hasta el cuello después de apagar la luz de su lámpara. La habitación se queda en penumbra y yo me tumbo despacio, respetando la frontera acolchada, y al hacerlo, la cama cruje con una queja amable.

—Samuel —susurra Lucy.

—Dime.

—Gracias por lo de hoy. Por el humor con mi abuela, por la paciencia con mi madre y por… lo del libro inventado.

—No fue un favor, ha sido estrategia.

—También fue bonito. No te acostumbres.

—No me acostumbro a nada que no pueda desmontar.

—Vaya lema. —Se gira de lado y ahora su voz llega amortiguada por la almohada—. Aviso: ronco a veces cuando estoy muy cansada.

—Tomaré nota.

—Haz lo que quieras. —Hace una pausa—. Si te agobia la casa, sal al porche. Mi padre guarda mantas bajo el banco. A mí me han salvado más de una mala noche.

—Necesito menos salvavidas y más planos.

—Nunca he visto a nadie tan empeñado en medirlo y controlarlo todo como tú.

—La medida da margen de maniobra.

—También lo quita.

No le respondo. Principalmente porque no tengo ninguna réplica que no me delate. Ella tampoco dice nada.

El calor de la bolsa que me dejó Margaret permanece entre mis manos. Lo paso a mis pies y noto cómo la cama adquiere un confort que consigue que me relaje y me centre en escuchar los sonidos que me rodean. La casa respira, el pasillo cruje y una racha de viento

golpea la persiana. Todo normal, nada extraordinario, salvo que no estoy solo en esta cama.

Cierro los ojos y mi mente intenta organizar todo lo que ha pasado durante el día: café, gasolinera, manual de normas, llegada, cena, foto, castillo de galletas, habitación compartida…. La secuencia parece escrita por alguien con nociones de ritmo y mala leche, y no puedo evitar reírme por dentro.

—No improvises, Everett —susurra medio dormida.

—No improviso. Calculo.

—Ajá… —bosteza—. Pues hoy has mentido mejor que yo.

—No era mentira. Era… arquitectura.

—*Arquitectura romántica*. —Se ríe con suavidad—. Tomo II.

El sueño empieza a tirar de ella y la escucho respirar más lenta. La línea de almohadas entre nosotros parece un chiste que solo entiende quien ha estado a punto de saltarla. Abro los ojos en la oscuridad y la encuentro de perfil, con el pelo húmedo pegado al cuello, la mano abierta en mi dirección y a tres dedos de la frontera.

No la toco, aunque tampoco aparto la mano. Me quedo quieto, con el cuerpo contenido en mi zona, mientras me repito la frase de seguridad como quien reza un patrón de anclaje. «Solo por Acción de Gracias. Solo por Acción de Gracias».

Mi móvil vibra en la mesilla de noche. Miro la pantalla y veo que tengo un mensaje nuevo de Fairchild Properties: «Confirmamos la visita a la mansión de East Dune para empezar con su propuesta de proyecto de restauración, pero antes necesitamos ver su estabilidad personal ese mismo día de la visita».

Vuelvo la cabeza hacia ella y compruebo que la frontera acolchada no se ha movido y sus dedos siguen a tres centímetros de los míos. La casa entera duerme, pero en mi pecho algo se ha encendido. El día de la visita a la mansión de los Fairchild no les bastará con una foto. Querrán ver a mi pareja de verdad o una falsificación tan buena que deje marca.

Apago el teléfono y cierro la mano para no ceder al gesto simple de buscar la suya.

—Solo por Acción de Gracias —murmuro sin voz.

Capítulo 4

Lucy

El ruido de la cafetera se mezcla con los pasos apresurados de Sophie y la voz de mi madre, que lleva veinte minutos dando órdenes a quien respire. La cocina de mi infancia sigue oliendo igual: a tostadas que se queman y a control maternal disfrazado de amor incondicional. En la mesa hay platos desparejados, tazas con mensajes cursis y una jarra de zumo de naranja recién exprimido, que alguien ha llenado hasta el borde, porque en esta casa la prudencia nunca ha sido una virtud.

Me dejo caer en la silla más alejada del horno y del caos, envuelta en mi bufanda roja, e intento pasar por un elemento decorativo más. Sin embargo, mi madre no tarda ni tres segundos en localizarme con su particular radar de preocupación crónica.

—Cariño, ¿quieres café o prefieres té? No, espera, mejor café. Estás pálida. El té es para cuando tienes tiempo, y tú ahora mismo no tienes buena cara.

—Gracias, mamá. Es exactamente el piropo que necesitaba escuchar para empezar el día —le respondo rodando los ojos.

—¿Has dormido bien? ¿Samuel ronca? —quiere saber girándose hacia mí.

—No lo sé. No le he escuchado.

—Eso es bueno, significa que duerme profundo. Tu padre también duerme como un tronco, un regalo del matrimonio estable.

—Fantástico. Qué inspiración.

Mi padre, con las gafas torcidas y aún despeinado, se sirve otro café en silencio y me guiña un ojo, que en su particular vocabulario se puede traducir por un: «resiste».

Mi hermana entra a la cocina perfecta, planchada y peinada, y con un aire de revista que me recuerda por qué dejé de competir con ella a los diez años. Se sienta frente a mí, sonríe y clava el cuchillo en una tostada como si cortara la tensión del ambiente.

—¿Cuánto lleváis, Lucy? —me pregunta con voz dulce, pero con intención asesina—. ¿O todavía es… reciente?

—Depende del calendario con el que cuentes, cariño. En mi versión, llevamos el tiempo suficiente para que mi madre ya haya planeado la boda —le respondo girando la cabeza hacia nuestra progenitora.

—Exageras —dice mamá, sin levantar la vista de la sartén—. Solo he mirado menús de catering.

Samuel entra en ese momento, impecable a pesar de dormir en una cama que cruje como si hubiera sobrevivido a tres guerras. Lleva una camisa gris con las mangas remangadas y el pelo aún húmedo. Lo peor es que todo le queda bien. Sí, he dicho todo. Incluso el silencio.

Mi madre lo intercepta antes de que llegue a por su café.

—Samuel, cariño, siéntate. ¿Eres de los que doblan la ropa o de los que la aplazan?

—La doblo.

Ella lo mira con fascinación y mi padre intenta no reírse. Hannah parpadea como quien acaba de perder una partida sin entender por qué y yo me limito a concentrarme en mi tostada. No porque me interese, sino porque si levanto la vista puedo derretirme en público y no es plan.

Mi madre sigue disparando preguntas con la puntería de un francotirador.

—¿Y pensáis pasar la Navidad en Londres con tu familia o aquí?

—Aún no lo hemos hablado —responde él con calma—, pero tengo entendido que esta casa tiene buena acústica para los villancicos.

—¡Qué oído! —exclama ella, encantada.

Me bebo un buen trago de mi café para evitar decir nada, aunque me quema la lengua y la dignidad. En ese mismo momento, la abuela, levanta la vista del crucigrama y sin mirarnos suelta:

—Dejadle desayunar, por amor de Dios. Si seguís interrogando, el muchacho pedirá asilo político.

—¿Y tú qué sabes de asilo político? —replica mi madre.

—He estado casada. Es parecido —le responde sin apartar la vista de lo que tiene entre manos.

La carcajada general me salva. Samuel me lanza una mirada de complicidad por encima de su taza y ese gesto, aunque es sutil, me llega directo al estómago. No sé qué es, pero hay algo en su serenidad que me hace estremecer. Me da la sensación de que no se esfuerza nunca, aunque cada palabra que dice tiene la precisión de una línea bien trazada y sin borrones.

En ese momento, Sophie entra corriendo con un dibujo en la mano.

—¡Tía Lucy! ¡Mira! —Lo levanta orgullosa y me muestra dos figuras trazadas con rotulador muy sonrientes y con un corazón rojo enorme sobre sus cabezas—. Sois tú y el tío Samuel.

—No sabía que ya teníamos título oficial —le digo, fingiendo una serenidad que no siento.

—Te he puesto coleta —me explica ella—, porque mamá dice que pareces más joven así.

—Qué detalle, Hannah.

—Observación objetiva —responde, sin ruborizarse y encogiéndose de hombros.

Samuel se agacha al nivel de la niña.

—¿Y por qué hay un gato aquí?

—Porque todas las casas felices tienen uno.

—Estoy de acuerdo —responde él mirándome de reojo de una manera que consigue que me atragante con el café. Al ver mi reacción, sonríe sin decir nada.

Mi madre bate los huevos con una energía propia de un campeón olímpico.

—¡Oh, por cierto! —grita por encima del ruido—. Hoy hacemos la tarta de calabaza. Lucy y Samuel, la tarta es vuestra.

—¿Nuestra? —pregunto, aterrorizada.

—Claro. El amor se cocina —declara, convencida de su propia filosofía culinaria.

—Eso, que practiquen. Mejor ahora que después de casarse —exclama mi abuela aplaudiendo divertida al escuchar lo que acaba de decir mi madre.

Samuel no parece inmutarse. Se levanta, se ajusta las mangas y pregunta dónde está la harina. La naturalidad le brota de los poros y a mí me da una taquicardia leve.

—Bienvenido al frente, muchacho —murmura mi padre con disimulo al ver su entusiasmo, mientras rellena su taza de café.

Enseguida, la cocina se transforma en un campo de batalla: mi madre supervisa, Hannah limpia los restos del desayuno y Samuel y yo heredamos la isla central. Sobre el mármol hay un bol de cerámica, calabaza troceada, mantequilla fría, un frasco de canela y un libro de recetas abierto por la mitad. Mi progenitora me planta un delantal con hojas estampadas en el pecho y a él uno liso color avena que, para mi desgracia, le sienta demasiado bien.

—Os dejo el horno precalentado —dice mi madre, saliendo victoriosa de la cocina—. Demostrad que el amor también se puede cocinar.

Cuando se marcha, Samuel y yo nos quedamos frente a frente. Él, resignado, observa el recetario con concentración profesional.

—¿Sueles seguir las instrucciones? —pregunto.

—Las necesarias. Tú, en cambio, pareces de las que improvisan.

—La repostería no se trata de precisión, sino de intuición.

—La intuición derriba estructuras.

—Y la rigidez las mata.

Clavo el cuchillo en el trozo más grande de calabaza y él aparta la tabla para que no se me caiga. Su mano roza la mía un segundo y en ese instante siento una sensación eléctrica y caliente que me atraviesa de pies a cabeza.

—Puedo hacerlo sola —digo.

—No lo dudo. Pero la ergonomía existe por algo. —Coloca su mano sobre la mía para corregir el ángulo—. Así evitas cortarte.

El contacto es leve, pero me paraliza y noto cómo se me acelera el pulso.

—Gracias, arquitecto.

—De nada, comunicadora.

Vuelve a su bol y empieza a pesar los ingredientes con exactitud.

—¿De verdad haces esto con precisión milimétrica?

—Toda estructura necesita una base sólida.

—Estás enfermo.

—Posiblemente.

Le lanzo un poco de harina en el antebrazo y él me mira con una calma que anuncia venganza.

—¿Te parece gracioso?

—Mucho.

Levanta la ceja, coge una pizca de harina y me la deja caer por encima.

—Ahora sí —dice—. Equilibrio.

No me lo pienso, y le lanzo más harina que nos envuelve a ambos en una nube blanca de polvo.

—Vas a limpiar tú —le digo, sacudiéndome.

—Si me dejas la herramienta adecuada lo haré sin problema.

—Con una servilleta te vale.

—Prefiero soluciones manuales.

Su voz baja un tono y se acerca a mí, demasiado.

—Tienes… harina —lo dice despacio y eso no me suena a observación, sino a provocación.

—Ya lo sé.

—Y prisa.

Apoya el pulgar en el borde de mi labio y lo arrastra un poco, aunque sin quitarme harina. Noto cómo su respiración me roza la mejilla y cómo el calor del horno me sube por las piernas. A nuestro alrededor todo desaparece y, en ese instante, para mí solo existen su pulgar y mi piel hasta que la puerta se abre.

—¡Qué bonitos estáis juntos! —grita mi madre desde el umbral, con una fuente en las manos.

Yo doy un salto, aunque él ni siquiera pestañea.

—Siempre lo estamos —responde Samuel, con una serenidad que roza el crimen.

Nos quedamos en silencio, aunque, de repente, se oyen risas desde el salón y Hannah asoma la cabeza por la puerta.

—Por fin algo de cine en esta casa.

La abuela aplaude tras ella.

—¡Eso es, cariño! Que la harina una lo que el destino separa.

Siento que me sonrojo y estoy convencida de que mi cara debe de parecer un semáforo parando el tráfico. Dejo el cuchillo, me arranco el delantal y murmuro una excusa absurda sobre buscar azúcar moreno antes de salir huyendo hacia la despensa.

El aire allí dentro es más frío. Abro el grifo, dejo correr el agua, me echo un poco en la nuca y respiro, mientras me invade la cabeza la idea de que Samuel no necesitaba decir «siempre», porque esa palabra es una promesa y esto era solo un acuerdo, lo dejamos claro.

El aire frío al salir al porche es un golpe de realidad en la cara. Me ajusto la bufanda y miro el jardín. Los árboles se inclinan hacia el mar y el cielo tiene un tono gris limpio que no promete tormenta, pero que tampoco sugiere un tiempo calmado. Un resumen perfecto de mi estado mental en este momento.

El suelo de madera cruje detrás de mí y no hace falta que me gire, porque reconocería su forma de andar, precisa, sin hacer ruido y sin prisa, en cualquier sitio. Samuel aparece a mi lado con dos tazas y me tiende una.

—Té. —Ni pregunta, ni explica—. Pensé que lo necesitarías más que yo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu huida y el agua que te has puesto en la nuca.

Al escucharlo, noto cómo me ruborizo hasta las orejas.

—No te pedí que dijeras eso.

—Ya lo sé.

El vapor de las tazas sube entre los dos. Evito su mirada. Prefiero concentrarme en el líquido oscuro que tiembla dentro de la taza.

—Estamos fingiendo —le digo, por fin—. No necesitamos poesía.

—No ha sido poesía, solo una palabra que no debería haber dicho.

No sé si quiere disculparse o provocarme, aunque, en ambos casos, le sale demasiado bien.

—Mira —respondo—, si vas a decir cosas así delante de mi madre, al menos avísame.

—¿Así como?

—Cargadas de… contexto.

—Solo he dicho la verdad.

—¿Siempre lo haces?

—No, solo cuando merece la pena.

Le lanzo una mirada asesina, aunque él no se inmuta. Se limita a dar un sorbo a su té y a observar el horizonte, como si estuviera estudiando un plano invisible. Nos quedamos en silencio, aunque no me siento incómoda.

—Tienes frío —me dice y se quita el abrigo y lo deja sobre mis hombros sin tocarme.

—Estoy bien.

—No, no lo estás.

El abrigo aún conserva su calor y su olor. Miro hacia otro lado, porque la única alternativa sería pegar la nariz al tejido para inhalarlo directamente y disfrutar de su aroma, pero sería quedar demasiado en evidencia.

—Gracias —murmuro.

—De nada.

Nos quedamos mirando el jardín, con las tazas humeantes entre las manos y yo con las palabras agazapadas en la garganta. A lo lejos, se oyen risas dentro de la casa. Estoy convencida de que el motivo de esa alegría es mi madre probablemente contando a todo

el vecindario que su hija ha traído a un arquitecto que sabe hacer tartas de calabaza.

—Si sobrevivimos a este fin de semana, merecemos un premio —suelto con convicción.

—Defíne «sobrevivir».

—Salir de aquí con la reputación intacta y sin cometer un homicidio.

—Ambicioso —responde alzando una ceja antes de dar un sorbo a su taza.

Por un momento, parece que va a añadir algo más, pero no lo hace. En su lugar, se gira y me advierte:

—El horno está encendido. Si dejamos la tarta sola, nos denunciarán por negligencia culinaria.

Asiento, porque en este momento no tengo confianza en que mi voz no me traicione.

De vuelta en la cocina, el aire huele a canela, mantequilla fundida y algo dulzón que no sé si es el relleno o el peligro. Mi madre y mi hermana han desaparecido, lo que debería ser buena noticia, pero algo me hace estar con la mosca detrás de la oreja. En la radio suena un jazz suave, y por primera vez desde que llegamos a este lugar, la casa no parece un teatro. Samuel se arremanga de nuevo y empieza a estirar la masa con movimientos lentos y precisos.

—¿Vas a quedarte ahí mirando o vas a ayudarme?

—Depende. ¿Piensas empezar a criticar mi técnica otra vez?

—Solo si atentas contra la estabilidad del conjunto.

Ruedo los ojos, agarro el rodillo y la harina forma una nube ligera entre nosotros de nuevo.

—Ya te he dicho que no confío en las medidas exactas.

—Y yo te he dicho que la estructura se viene abajo sin cálculo.

Nos quedamos en silencio, aunque a nuestro alrededor hay música y el sonido del horno, lo que me hace no estar tan tensa. Me acerco para volcar el relleno en el bol, mientras él me sujeta el cuenco, aunque no se lo he pedido. Con una mano en el borde y la

otra en la base del recipiente, Samuel está demasiado cerca de mí, a pesar de que casi no me toca, solo su brazo me roza el costado. No sé si es por accidente o forma parte de un plan, que seguro habrá diseñado hasta el más mínimo detalle.

—Tienes buena mano —dice, mirando la mezcla espesa que cae.

—No es una habilidad. Es instinto.

—El instinto se entrena.

—O se siente.

Hablamos en susurros, aunque no sé por qué, pero de repente mi sobrina aparece y nos cortocircuita el campo eléctrico que se ha generado entre él y yo con su energía de niña con demasiado azúcar en la sangre.

—¿Puedo probar?

Samuel adopta una solemnidad que no había visto antes.

—Depende. ¿Estás cualificada para manejar una cuchara de chef?

—Sí, ya tengo seis años —dice mi sobrina con convicción.

—Perfecto. Esa es justo la experiencia que necesito.

Le sirve una cucharadita del relleno con una seriedad absurda. Sophie coge la cuchara, se la introduce en la boca y la saborea.

—Falta canela —responde, segura de lo que dice, mientras asiente con la cabeza.

—Tienes un futuro brillante como catadora de tartas de calabaza especiales—le dice con solemnidad y ella sale de la cocina corriendo para contárselo a su abuela.

Al ver la escena, no puedo evitar echarme a reír.

—Ahora te van a contratar como maestro de cocina para niños de seis años.

—Siempre he sabido que mi talento estaba infravalorado.

Mi padre asoma la cabeza desde el salón mirando hacia donde estamos nosotros.

—Buena base. Aguantará.

Aunque no tengo muy claro si habla de la tarta o de nosotros. Su comentario flota en el aire, ambiguo, hasta que el reloj

de pared empieza a sonar anunciando que falta poco para el mediodía. El olor del horno empieza a mezclarse con el de la masa y la nuez moscada y me descubro sonriendo, aunque no es la sonrisa educada del trabajo, ni la sarcástica que uso de escudo, sino de verdad. Una sonrisa simple, física y que me sorprende más que cualquier cosa que Samuel pueda soltar de forma imprevista. Él lo nota. Me mira de una forma diferente, sin ironía.

—¿Qué? —le pregunto, incómoda.

—Nada, solo que me alegra verte reír.

—No me río tanto.

—Exacto.

Siento que me está desnudando, pero no con la mirada, sino con la calma que me demuestra que siente.

—Tienes harina en el pelo —dice alargando la mano hacia mí.

—Otra vez.

—Eso te pasa por jugar con fuerzas que no controlas.

—¿A qué te refieres a la harina o a ti?

—A ambas.

Le aparto la mano, pero ya es tarde, porque la chispa que prende mi cuerpo está encendida otra vez. Sé que debería dar un paso atrás, pero en lugar de eso me limito a estirar la masa. Nuestros nudillos se rozan, los codos chocan y tengo la sensación de que el espacio se estrecha entre nosotros.

—¿Sabes qué es lo peor de fingir? —le pregunto.

—Ilumíname.

—Que se te olvida dónde empieza la verdad.

—Entonces no finges bien.

—O finjo demasiado.

Él sonríe, aunque tengo la sensación de que lo hace sin humor.

—Eres peligrosa cuando piensas en voz alta.

—Y tú cuando callas.

Nos reímos, pero ese sonido no hace que la situación se aligere, sino que consigue volverla más tensa. Samuel coloca la base en el molde y me pasa el bol con el relleno. Lo vierto con cuidado, él

sostiene el molde mientras la espátula que uso para alisar la superficie roza sus dedos. No aparta la mano, ni yo me aparto.

—Perfecto —murmura.

—No está mal.

—Dijiste que no te importaban las proporciones.

—Mentí.

Mi sobrina vuelve y otra vez nos salva sin saberlo.

—¿Puedo decorar la tarta?

—Claro —le espondo, recuperando el tono normal—. Haz una hoja de otoño en el centro.

—Eso es muy de mayores —dice la cría resoplando con fastidio—. Haré un dinosaurio ¿Puedo? —nos pregunta poniendo sus manitas juntas con los dedos entrelazados frente a su boca.

—Naturalmente.

—¡Bieeeeeen!

La niña sale corriendo con una sonrisa de oreja a oreja a buscar un cortador y yo aprovecho el respiro para apoyar las manos en la encimera, porque me tiemblan y no es del frío. Samuel se acerca a mí, muy despacio.

—Te gusta este caos.

—No lo admitas tan deprisa —respondo—. Solo me esfuerzo por parecer equilibrada frente a mi familia.

—Un fracaso adorable.

Sus palabras me arrancan una carcajada. Mientras, él se inclina, recoge con la punta del dedo índice una gota de mezcla que ha caído sobre la encimera y se la pasa por la lengua con gesto tranquilo.

—Demasiado dulce —dictamina.

—Deberías probar un poco más, por rigor científico.

—No, no te preocupes, prefiero la teoría.

No puedo más, así que me giro y me cruzo de brazos mirándole de frente.

—Deja de decir cosas que parecen inocentes y no lo son.

—Deja de escucharlas así.

El horno pita en ese instante. Bendito o maldito horno... Ahora mismo no sé cómo definirlo.

—¡Ya está lista la tarta! —escucho que Sophie grita desde el salón.

Samuel apaga el temporizador y abre la puerta. El aire caliente nos golpea, mientras observo que la tarta tiene un tono dorado perfecto y un delicioso olor a canela.

Mientras la saca con los agarraderos de horno en forma de calabaza, que mi madre ha comprado para la ocasión, lo miro y pienso que nada en esta casa debería oler tan bien.

El horno pita por segunda vez o es mi corazón el que emite ese sonido, no lo tengo muy claro, mientras Samuel deja la tarta sobre la rejilla y se quita el delantal. Su gesto es tranquilo, casi mecánico. Finjo revisar los cubiertos para no pensar, ni mirar, ni recordar su pulgar en mi labio, ni la palabra que dijo y se me clavó el estómago como una estaca: *siempre*.

La cocina está vacía y yo trato de simular que estoy ocupada. Guardo los frascos de canela, el azúcar y la harina. Cierro un bote con más fuerza de la necesaria, aunque Samuel no dice nada, se limita a observarme y yo lo siento detrás de mí, sin tocarme.

—No te pedí que dijeras eso. —La frase se escapa más baja de mi garganta de lo que pensaba.

—¿El qué? —me pregunta con el entrecejo fruncido.

—Lo de «siempre lo estamos».

—Ah… Eso —pronuncia restándole importancia.

—Sí, *eso*. —Me giro—. Estamos fingiendo. No hace falta añadir florituras.

—No fue una floritura.

—Entonces fue exceso de confianza, ¿no?

—No, fue un reflejo.

Su respuesta me desmonta.

—¿Reflejo de qué? —acierto a preguntarle.

—De algo que no tenía preparado —me responde con una voz tan serena que me enfurece.

—Pues contrólate. No te pago por improvisar.

—No me pagas.

—Era una forma de hablar.

—Y esta, una forma de callar.

Da un paso hacia atrás, como si quisiera dejarme espacio y lo consigue, pero no es ese espacio el que quiero.

—Mira, Samuel, necesito que esto siga siendo fácil. Una mentira con un principio y un final. Sin… añadidos.

—Entendido.

Nos quedamos en silencio de repente y aprovecho para recoger el bol vacío y meterlo en el lavavajillas.

Pero él también se mueve, y acabamos uno junto al otro en el pasillo estrecho que conecta con la puerta del jardín. Muy poco sitio para tanta tensión.

—Lucy —dice mi nombre como si algo dentro le doliera un poco.

—¿Qué?

—No pediste que lo sintiera.

—¿Que sintieras *qué*?

—Esto.

Tengo la sensación de que el aire se encoge a nuestro alrededor y nos acerca un paso, dos… Me giro para salir, pero él también se mueve, aunque no me bloquea. Solo está ahí, ocupando el mismo lugar que yo. La bufanda, que me acabo de poner, se resbala del cuello y roza su barbilla. En ese instante, alzo la mirada dispuesta a recriminarle algo, aunque no sé demasiado bien qué, pero justo en ese momento veo cómo me mira.

Sus ojos no buscan permiso, porque lo piden sin palabras. Y yo, que he pasado la vida entera huyendo de las señales, esta vez no muevo un solo músculo.

La distancia entre él y yo cada vez se reduce más y más, hasta que estamos nariz con nariz. Nuestro primer roce no es un beso, sino un error consentido. El segundo ya no lo es. Y el tercero… el tercero me deja sin defensas y me desarma por completo.

Sus labios saben a té y a peligro. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y le agarro la camisa con los dedos, justo sobre el pecho. Siento el latido fuerte de su corazón. Samuel me sujeta la mandíbula con una mano, firme, cálida y paciente. No tiene prisa, solo esa clase de deseo que no grita y que solo observa y espera.

Respiro entre beso y beso, pero el aire ya no me resulta suficiente. Mueve su otra mano y me roza la cintura. Se queda ahí, como si necesitara comprobar que no estoy a punto de evaporarme.

Me separo medio centímetro de él, lo suficiente para mirarle a los ojos y hablar.

—Esto no estaba en el manual.

—Tus manuales están desactualizados.

Me río, o lo intento. Pero el sonido muere entre mis labios. De repente, escucho pasos en el pasillo y los dos nos apartamos a la vez. Hannah pasa de largo con el móvil pegado a la oreja y ni nos mira, aunque no tengo ni idea de si ha visto algo.

Samuel se pasa la mano por el pelo y vuelve a ser el arquitecto impoluto. Yo me recoloco la bufanda y finjo normalidad, aunque no la hay. El horno sigue desprendiendo calor, el aire huele a azúcar tostada y el beso que nos hemos dado no debería haber existido.

Mi madre entra justo en ese momento, impecable en su sincronización natural con el caos.

—¡Oh, huele de maravilla! —exclama, acercándose a la tarta —. ¡Mis niños sí que saben cocinar juntos!

Yo me trago el comentario ácido y Samuel le sirve un trozo de tarta con cuidado. Ella da un bocado y cierra los ojos mientras saborea.

—Perfecta. —Abre los ojos y lanza un suspiro antes de seguir hablando—. Igual que vosotros.

Hannah llega con el móvil y sonríe como si supiera más de lo que muestra.

—Al fin algo de química en esta casa —oigo que mi abuela, que no sé demasiado bien cuándo ha aparecido, suelta desde el otro lado de la mesa de la cocina.

Samuel me mira y, sin decir nada, corta otro trozo, lo pone en un plato pequeño y me lo ofrece.

—Primero tú.

A pesar de que su gesto es mínimo, tiene el efecto de un terremoto para mí, porque en ese aparente gesto de cortesía hay agazapado algo muy peligroso: ternura.

Pruebo la tarta y descubro que además de ser cremosa tiene el toque justo de dulzura, el sabor exacto de un error perfecto.

Más tarde, cuando por fin subo a mi habitación, noto que me cuesta respirar. Cierro la puerta y recuesto la espalda en ella, en un intento de que el peso de todo lo que ha sucedido hoy pudiera quedarse fuera.

La casa entera huele a canela, mi boca todavía recuerda el sabor de sus labios y mis dedos, la textura de su camisa. Me acerco al espejo y veo que estoy despeinada y tengo el labio inferior enrojecido. Me rio sin ganas.

—Genial, Lucy. Ahora sí que tienes cara de actriz de reparto en tu propia farsa.

El dormitorio está ordenado, ajeno al caos que llevo dentro. Sobre la silla está el delantal que usé antes, con manchas de harina y azúcar. En el bolsillo asoma un papel doblado. Lo saco y veo que es la servilleta donde escribí las reglas de nuestro acuerdo. Lo releo de nuevo y veo que la primera está subrayada:

«1. Nada de besos sin testigos».

La tinta se ha corrido y una mancha blanca cruza la frase, justo donde apoyé los dedos manchados de harina. Me siento en el borde de la cama, con la nota entre los dedos y repaso de nuevo cada palabra con los ojos. Chasqueo la lengua, porque esto ya no sirve de nada, las reglas ya están contaminadas.

Me echo hacia adelante, hasta que apoyo la frente en las rodillas.

—Solo por Acción de Gracias… —susurro, cerrando los ojos —. Solo por Acción de Gracias…

Lo repito otra vez, y otra, hasta que la frase pierde sentido y solo queda el eco de su voz, de su olor y el recuerdo imposible de ese *siempre* que Samuel pronunció sin que le temblara la voz

Capítulo 5

Samuel

No consigo dormir. La madera del techo cruje con la humedad del mar, los radiadores exhalan demasiado calor, y el tic tac dichoso del reloj del pasillo me pone de los nervios. Todo aquí tiene un orden que no es mío y, sin embargo, mi cuerpo actúa como si lo fuera. Ése es el problema: sentir este lugar como propio nunca fue parte del plan.

Doy vueltas en la cama, mirando el techo, hasta que me agobio y me levanto, me pongo la camiseta que dejé sobre la silla y cruzo el pasillo a oscuras. Conozco el camino como si lo hubiera recorrido toda la vida, lo cual me inquieta más que cualquier crujido extraño que pueda emitir la casa. El salón me recibe con un olor tenue a canela y a humo. El fuego de la chimenea que encendieron esta tarde se apagó hace horas, pero todavía queda el rastro cálido en el ambiente. Encuentro una caja de cerillas sobre la repisa de la chimenea y, sin pensarlo, vuelvo a

encenderla. El fuego tiene su propio lenguaje. Primero el papel, luego las astillas y después los leños. Un proceso exacto que conozco de memoria, como si toda mi vida se hubiera reducido a aprender a ordenar cosas para que ardan sin descontrolarse. Diseño estructuras y domestico incendios. Hasta hoy, las dos cosas habían funcionado…

Las llamas crecen despacio y llenan la habitación de un brillo amarillento. Me quedo de pie, observándolas, mientras me paso la mano por la nuca. El calor que empieza a emanar consigue relajarme los hombros, pero no el pensamiento. He pasado los últimos años convencido de que el método era suficiente y que la precisión podía salvarlo todo. Pero aquí estoy, en medio de la noche, en una casa que no es mía, recordando la curva de la sonrisa de una mujer con harina en el labio.

La casa no me pertenece, pero mi cuerpo actúa como si lo hiciera y ahí está el problema.

Camino hasta el sofá y veo que la manta que Lucy usó está tarde está doblada sobre el respaldo. La cojo y me la acerco a la cara. Todavía huele a azúcar tostada y a vainilla. Me río por dentro, porque hace años que no asocio olores con personas, pero parece que, desde que he llegado a este lugar, las cosas que tenía como inamovibles, empiezan a mutar sin darme cuenta.

Un sonido inesperado me hace girar la cabeza. Lucy está en el marco de la puerta, descalza y con un jersey largo que apenas le llega a medio muslo. Lleva una manta colgándole del antebrazo y sostiene dos tazas humeantes.

—¿Insomnio o remordimientos? —me pregunta.

—La segunda opción necesita un motivo —le respondo, sin apartar la vista del fuego—. Hoy solo tengo fuego.

—Fuego, entonces —me responde con una sonrisa y me tiende una de las tazas que lleva en las manos.

—Pensaba que todo el mundo dormía menos yo.

—También pensaba eso de ti —suelta acercándose lentamente.

Viene hacia el sofá, donde estoy, frente a la chimenea, deja la manta y se sienta, con las piernas cruzadas, observando las llamas. El reflejo del fuego baila en su piel. Me quedo de pie un momento, observándola, hasta que me hace un gesto con la barbilla.

—Ven. Desde aquí se ve mejor.

Le obedezco y me siento junto a ella con la espalda contra el sofá, a la misma distancia del fuego y con la misma taza en las manos. Durante un rato solo se oye el crepitar de las brasas y el tic tac del

reloj. La madera respira, las llama danzan y el calor de la taza sube despacio desde las manos.

—Nunca me ha gustado dormir en casas ajenas —le confieso, sin mirarla.

—¿Por qué?

—Me cuesta recordar cómo comportarme cuando todo está en un lugar que no conozco.

Ella se ríe por lo bajo.

—Eso suena a metáfora encubierta.

—No suelo esconderme detrás de nada.

—Mentira. Eres arquitecto. Te pasas la vida escondiendo vigas.

La miro de reojo y veo que está sonriendo, pero no con una sonrisa burlona, sino divertida. Me echo hacia atrás y dejo que mi hombro roce el respaldo del sofá.

—Puede que tengas razón.

—Siempre la tengo —responde sin rastro de broma en la voz. como quien está acostumbrada a tener que demostrarlo todo.

—¿Qué te ha despertado? —pregunta después.

—El ruido.

—¿Qué ruido? Aquí no hay ruidos de ningún tipo…

—Exacto, precisamente ese es el problema.

Asiente, despacio.

—Yo tampoco duermo mucho —contesta.

—¿Motivo?

—Pensamientos ruidosos —suelta y, acto seguido, se lleva la taza a los labios, bebe, se quema un poco y me sonríe como si la vida fuera eso: un pequeño error que se acepta con elegancia.

—¿Y qué piensas cuando no puedes dormir? —quiero saber.

—En lo que debería haber dicho y no dije.

—Eso suena a agotamiento emocional.

—O a realismo. —Se encoge de hombros y se apoya en el sofá—. ¿Y tú?

—En la línea recta.

—¿La de un plano?

—No, la de la vida; y siempre me pregunto dónde se torció el trazo.

Su mirada se detiene en mí y me mira con interés.

—Te casaste.

—Estuve a punto.

Deja la taza en el suelo, entre nosotros y se gira para mirarme.

—¿Qué pasó? —me pregunta sin rastro de morbo, sino con curiosidad sincera y por eso le respondo.

—Nada espectacular. Dijo que yo amaba más mis planos que su piel.

—Vaya y eso… ¿era cierto?

—Sí. Tenía razón. —Bebo un sorbo de mi taza antes de continuar—. Al menos entonces.

Ella baja la vista y el pelo le cae hacia delante, tapándole un poco la cara.

—Yo salí con alguien que decía que era *demasiado*: intensa, lista, exigente, libre…

—Parece una lista de virtudes.

—Pues a él le daban alergia. —Se ríe—. Creo que en el fondo no quería una novia, sino un florero con piernas.

El fuego refleja el brillo de sus ojos.

—Algo bonito y que no moleste, ¿no?

—Exacto.

—No eras demasiado, solo estabas completa —le suelto sin pensar mientras nos miramos.

Al escucharme, noto cómo su respiración se altera apenas un segundo.

—Y tú no amabas más a las casas. Solo tenías claro cómo evitar que te hicieran daño —contesta muy despacio.

Su frase me atraviesa, porque es cierta y me doy cuenta de que me entiende. De hecho, nadie me lo había dicho así antes.

Nos quedamos callados, mientras el fuego cruje y el reflejo de las llamas baila en su cuello.

Ella se inclina para añadir un trozo más de madera y al hacerlo, veo cómo el pelo le cae hacia

adelante y el jersey le resbala un poco del hombro. Sin poder controlarme, le aparto el mechón de pelo que le cubre la cara con los dedos. En ese roce mínimo noto que tiene la piel tibia. Mi pulgar le roza la mejilla y, al notarlo, levanta la cabeza y me mira.

Estamos tan cerca que puedo notar su respiración. El tiempo se ralentiza, pero el ritmo de mi corazón no. Podría besarla. Bastaría con que hiciera medio movimiento, pero me quedo quieto y con la mano aún sobre su cara.

—Samuel… —susurra.

—Ya lo sé.

Y lo sé. Tengo claro lo que estoy a punto de hacer, lo que no debo y lo que quiero. En ese mismo momento, el sonido de unos pasos en el pasillo nos rescata o nos condena antes de que tengamos tiempo de separarnos del todo. Lucy parpadea y veo el reflejo del fuego todavía atrapado en sus pupilas. Aparta la cara justo cuando Hannah aparece en el marco de la cocina con un vaso en la mano.

—¿Interrumpo algo? —nos pregunta, con una sonrisa que no engañaría ni a un ciego.

—Una conversación sobre estructuras —respondo sin moverme y con un perfecto tono neutro.

—¿Ah, sí? —Hannah enciende la luz de la cocina, y el destello nos rompe el momento en dos.

Se apoya en el marco, evaluando la escena con el olfato de quien ha crecido cazando secretos—. Vaya, mucho calor aquí, ¿no?

Lucy no pestañea, ni se inmuta. Sin duda, es una actriz nata.

—Samuel me estaba explicando lo de la dilatación térmica.

La frase flota por encima de nuestras cabezas, tan absurda que incluso el fuego parece aguantarse la risa. Hannah arquea una ceja, bebe un trago de agua de su vaso y asiente.

—Ajá. Muy… educativo. —Da media vuelta y se va, dejando el vaso sobre la encimera.

La puerta se cierra y volvemos a quedarnos en silencio. Un tronco de la chimenea cae al centro del fuego con un suspiro, como si también él hubiera estado conteniendo la respiración.

—Perfecto. Ahora mi hermana piensa que estábamos construyendo un puente — Lucy exhala al fin y se pasa las manos por el pelo.

—Técnicamente, no es falso.

Al escucharme, me lanza una mirada que, si matara, habría reducido el salón a polvo. Pero luego sonríe, vencida por lo absurdo de la situación.

—Eres imposible.

—Y tú eres ruido.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé —responde—, pero no pienso renunciar al beneficio de la duda.

Nos quedamos un momento más, de pie, sin saber si seguir o huir. El aire entre los dos vibra con la electricidad de ese casi y ni siquiera la luz fría de la cocina consigue borrarlo.

—Voy a sentarme antes de que venga alguien más a aprender física aplicada —suelta para acabar con el silencio que se ha impuesto entre los dos.

Se acerca a la chimenea, se deja caer y se envuelve las piernas con la manta. Yo la sigo y me siento a su lado, esta vez más cerca que antes.

El fuego ha cambiado. Ahora ya no solo nos ilumina, ahora también nos acompaña. Le ofrezco la manta que se le ha caído del hombro y ella se la recoloca. Mi mano se queda suspendida un segundo sobre su clavícula y veo que tiene la piel pálida, casi translúcida. Retiro la mano antes de que mi mirada se vuelva delito.

—No quería besar a un arquitecto en casa de mis padres —murmura.

Me giro hacia ella.

—Yo tampoco quería quererlo.

Lucy se ríe, leve.

—Ese es un verbo peligroso.

—Lo retiro.

—Demasiado tarde.

—Entonces lo aplazo.

Nos miramos a los ojos, aunque no lo hacemos con un deseo explícito, solo con un reconocimiento.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiere al cabo de un rato.

—Depende.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Ese empeño en mantenerlo todo bajo control, incluso lo que sientes —dice posando la mirada en mí.

Apoyo los codos en las rodillas y observo el fuego.

—Porque si lo suelto, se derrumba.

—¿Y si no?

—No me gusta apostar con material humano.

Se ríe al escucharme.

—Eres el primer hombre que me dice eso y no me suena a excusa.

No le respondo. No porque no quiera, sino porque sus palabras se me clavan en medio del pecho.

—Creía que no eras de los que hablan de sí mismos —añade después de habernos quedado unos segundos en silencio.

—No lo soy. Pero contigo se me escapan las vigas.

Ella me mira de reojo, como si no supiera si tomarme en serio o en broma.

—Entonces voy a tener cuidado con lo que te pregunto.

—Demasiado tarde también.

Sus labios se curvan en una sonrisa y, de repente, todo el cansancio de la noche se convierte en algo más llevadero.

El reloj marca la una y media cuando noto que el fuego empieza a menguar. Lucy apoya la cabeza en el borde del sofá con los ojos entornados y la taza vacía entre las manos. Yo no digo nada, me limito a observarla. Hay algo hipnótico en la forma en que respira cuando baja las defensas. Deja de ser la mujer sarcástica que se ríe de todo, ni es la hija ni la hermana. Es alguien más frágil, más silenciosa y más de verdad.

Me acerco lo justo para cubrirle los hombros con la manta. Ella no se mueve, pero sé que lo nota.

Durante años pensé que la intimidad era un mito de manual de autoayuda. Algo que la gente decía para justificar el caos que habitaba sus vidas. Pero verla así, dormida contra el sofá, me hace

pensar que quizá la intimidad real sea esto: la ausencia de miedo cuando alguien te mira.

Bebo el último trago de mi té frío y observo el fuego, del que ahora ya solo quedan las brasas. Me incorporo para añadir un tronco. Lo cojo, lo sostengo en la mano un momento, pero no lo echo. Estoy lo suficientemente cerca de las llamas como para notar cómo el calor me alcanza los dedos, pero no me quema. Es ese punto intermedio en el que aún puedes decidir si mantener el fuego o dejarlo morir.

Lucy se mueve un poco y el jersey se le sube por la cintura. La línea de piel que asoma debajo es un accidente estético que el universo no tenía derecho a permitirme, por lo que aparto la vista. Poco después, se remueve, se lleva una mano al cuello y murmura algo entre sueños. Un sonido leve y sin forma. Casi un suspiro. Me quedo quieto, sin atreverme a mover un músculo. Observo cómo el fuego ilumina su perfil, la curva de sus labios, el mechón que se le ha quedado pegado a la mejilla. Podría apartarlo, igual que antes, pero no lo hago.

Tengo la sensación de que el tiempo se estira. Ella respira, y el aire del salón se ajusta a su ritmo. Pienso en la palabra «siempre» y en lo mucho que le pesó hoy cuando la dije. Supongo que no lo entendió, o sí.

Me recuesto despacio en el sofá, a su lado, sin tocarla y noto el suelo frío bajo los pies, pero la manta tibia entre los dos.

A través de la ventana del salón veo que fuera, el viento cambia de dirección y los árboles se agitan. Dentro, la casa se acomoda con un crujido suave.

Ella abre los ojos un segundo, todavía dormida, y me mira sin verme.

—¿Estás despierto? —pregunta, con voz de sueño.

—Sí.

—Bien. —Vuelve a cerrar los ojos—. No me gusta ser la única que no duerme.

Sonrío, aunque no pueda verme.

—Entonces estamos empatados.

Su respiración vuelve a estabilizarse y entonces se duerme de verdad. Me quedo mirándola, sintiendo cómo cada capa de mis propios muros cede un milímetro, aunque no me asusta, solo me desconcierta.

Podría levantarme e irme. De hecho, debería hacerlo, pero no lo hago. Solo le pongo bien la manta, lo justo para que no pase frío, y dejo que el fuego se consuma sin alimentarlo.

Las brasas respiran en silencio y, sin saber por qué, mi cabeza vuela hasta la frase que me repetía mi mentor cuando empecé a restaurar edificios:

«Toda ruina puede salvarse, pero no todas quieren».
Entonces no lo entendí, pero ahora sí.
Lucy no es una ruina, sino una casa habitada que alguien dejó a medio pintar y, contra toda lógica, quiero quedarme a terminar el trabajo

Capítulo 6

Lucy

El día siguiente transcurre con la calma tensa de las familias numerosas: gritos, risas, sobremesas con café interminables y la sensación de que todos estamos esperando algo. Afuera, el cielo ha ido perdiendo color hasta volverse de plomo.

Cuando el viento empieza a golpear los ventanales, mamá ya tiene velas preparadas y papá, teorías sobre la meteorología. La luz parpadea una vez, dos, tres… y el salón entero contiene el aire justo antes del trueno. Sophie se pega al brazo de su madre, la abuela aplaude, con entusiasmo y mi madre calcula, a ojo y en voz alta, el número de velas que guarda en la cómoda por si acaso. El viento golpea los árboles y el cristal tiembla con el bramido que atraviesa el cielo.

El apagón llega de golpe y el murmullo se convierte en un coro: un gritito agudo, dos exclamaciones, un «Ya voy» de mi padre que tropieza con la alfombra y una carcajada autocomplaciente de la abuela:

—¡Por fin aventura! —declara, feliz de tener un motivo para dar rienda suelta al drama—. Traedme la linterna buena, que no pienso perderme ni una.

Mi madre se pone en modo operativo sin consultar a nadie: reparte velas, enciende mechas con decisión de capitán general en plena batalla y

transforma la mesa en una pequeña constelación de pequeñas luces brillantes. Mi padre rebusca en un cajón esa linterna que solo funciona cuando no la necesitas, Hannah intenta tranquilizar a la niña, y yo me sorprendo de pie, quieta y escuchando el sonido del temporal en los marcos de las ventanas.

—Voy a mirar el generador de la cabaña —dice Samuel, desde la puerta, con calma—. Si funciona, tendremos luz ahí y podemos traer un alargador.

—Voy contigo —le digo sin pensarlo demasiado.

No es un ofrecimiento, ni una pregunta. Es un movimiento de cuerpo que se pone en marcha antes que la cabeza. Mi madre asiente, mi padre hace un gesto que sin palabras me dice «No os alejéis», y Hannah levanta una ceja que yo traduzco en algo así como «Qué casualidad más poco casual». La abuela, que no necesita traductores, me encaja un termo entre las manos y me acerca la cara para un susurro de conspiradora de la vieja escuela:

—Si volvéis sin color en las mejillas, devuelvo mi pensión.

—Abuela… —protesto, medio riendo y esforzándome inútilmente para no sonrojarme.

—Ni se te ocurra desperdiciar una noche de éstas —sentencia, y me despacha con un gesto de

reina.

Samuel me tiende un abrigo grueso que no es el mío, pero me queda como si me lo hubiera comprado yo misma. No le digo gracias porque mi cuerpo ya ha respondido, metiendo los brazos y subiendo la cremallera hasta que noto cómo se me ajusta al pecho. Él coge una linterna, me hace un gesto breve con la cabeza y abre la puerta.

El jardín parece un papel blanco levantado por el viento. Los copos no caen, se desplazan en diagonal con una furia hipnótica, y el haz estrecho de la linterna abre un camino que nace y muere a cada paso que damos. El aire es tan frío que tengo la sensación de que me muerde, la nieve cruje bajo mis botas y la bufanda se me sube hasta las pestañas cuando Samuel baja el ritmo lo justo para que los dos caminemos uno junto al otro.

—Mira que venir sin manual hoy —le digo, a media voz.

—Hoy no hay planos. Solo me limito a caminar. —Lo dice sin grandilocuencia, como quien enuncia una verdad inútil pero necesaria.

Justo en ese instante, me resbalo un segundo en una placa de hielo escondida bajo la nieve. Siento que pierdo el equilibrio, estiro la mano y me agarro a su abrigo por la espalda con un pellizco que detiene mi caída, pero antes él me toma de la mano.

—Aquí —sentencia y se «aquí» me hace recuperar el equilibrio.

Seguimos así, con la linterna alumbrando nuestros pasos, los dedos entrelazados bajo el abrigo, sus nudillos templando mis falanges frías, y el viento convirtiendo cada bocanada en una prueba que paso, porque él tira de mí con la delicadeza que tiene la gente que no abandona lo que sostiene.

—Da miedo —confieso, tragándome la vergüenza de parecer una cría asustada.

—Da verdad —contesta, y mi pecho hace algo que no responde al frío.

La cabaña aparece de golpe frente a nosotros con el porche cubierto de copos gruesos que se acumulan en los peldaños. Samuel suelta mi mano lo justo para empujar la puerta, que cede con un quejido. Dentro no hay luz. La linterna nos deja entrever lo que hay en la estancia: paredes claras, una cama estrecha con una manta plegada, una mesa baja, un cuadro eléctrico al que alguien ha pegado un post-it con letra de mi madre: «Si se resiste, hablarle bonito».

—Dame un segundo —dice Samuel junto al cuadro mirándolo con concentración.

Mientras prueba el generador, yo enciendo dos velas. Las luces color ámbar crecen rápido y las paredes cambian de tono. Cojo una tercera y la

coloco en el suelo junto a la cama, y la habitación se llena de un calor visual, que engaña al cuerpo lo suficiente para que deje de tiritar.

Samuel insiste con dos intentos más.

—No arranca. —Lo dice sin maldecir, aunque chasquea la lengua.

Se quita el abrigo y, antes de colgarlo, lo coloca sobre mis hombros, por encima del que llevo. Ni pregunta ni espera que le dé permiso para hacerlo.

—Te queda mejor a ti —añade, con ese humor que a veces usa para distraerme de lo importante.

Sacude la nieve de su abrigo con un gesto seco, coge la botella de vino, observa el corcho y saca del bolsillo interior de su chaqueta una navaja pequeña que, en sus manos, parece de quirófano.

—Margaret piensa en todo —dice, al ver los vasos de lata.

—No le llames Margaret —respondo, sentándome en el borde de la cama—. Si le das confianza, te adoptará antes de que te des cuenta.

—¿Y eso es malo?

—Depende de lo que quieras ser de mayor.

Sirve un poco de vino en cada vaso y me ofrece uno.

—Siempre arreglas cosas rotas —le digo, mirando el cuadro eléctrico mudo.

—Solo cuando valen la pena.

Me mira un segundo de más. La Lucy de antes ya habría buscado la salida de emergencia, pero la de ahora, por alguna razón absurda, se queda.

—Qué peligro.

—Exacto —responde sin apartar la mirada de mis ojos.

El viento sopla fuera con más fuerza y la cabaña responde con un temblor suave. Samuel deja el vaso en la mesa, toma la manta de la cama y se sienta a mi lado. La cercanía tiene el mismo efecto que tres tragos más de vino: arranca capas invisibles, pero no embriaga, solo aclara.

—Dame la mano —le digo, aunque me oigo pedirlo desde fuera, sorprendida de no negociar con mi miedo.

No pregunta por qué. Solo me toma la mano bajo la manta, y el calor que me llega a la muñeca basta para demostrar que esto funciona. Me mira de reojo, atento a cualquier gesto, a cualquier intento de retirada, pero no lo hay.

Apoyo la cabeza en su hombro. No hace falta música, porque el viento marca el compás y nuestra respiración, la melodía.

—Dime si no —murmura pegado a mi pelo.

—Te lo diré y tú también.

—Siempre.

Esa palabra sale distinta de su boca. No promete nada que no pueda cumplir, solo nombra un acuerdo. Y la parte de mí que aún guardaba la servilleta con la regla número uno siente que ya no sirve en este cuarto.

—No sé qué soy cuando no finjo que no me importas —confieso, con la valentía prestada del vino y la manta.

—Lo mismo que cuando finges. Solo… sin miedo.

Su pulgar recorre el dorso de mi mano en una línea lenta que me hace estremecer. A nuestro alrededor, oigo las velas chasquear, la nieve acariciar el vidrio y el somier responder con un clic tierno a nuestra postura. Giro la cara lo justo para encontrar su perfil y lo encuentro muy cerca. Lo suficiente para notar el aliento templado que le deja el vino en la boca.

—Dijimos que fingiríamos —le recuerdo.

—Sí. —Acerca la frente a la mía—. Pero esto… no lo estoy fingiendo.

Me río con suavidad y lo miro de frente, mientras la luz de las velas le dibujan una sombra limpia en la mandíbula, y me inclino. No le pido permiso porque ya me lo ha dado yo misma y simplemente acerco la boca a la suya y el mundo se

reduce a un resplandor de cera y a la temperatura exacta de su labio inferior.

Nuestro beso no estalla de repente, sino que crece poco a poco. Empieza pequeño, con la timidez de las cosas que importan de verdad. Él espera un instante y me toma de la cintura con una mano firme. Yo subo los dedos a su nuca y la piel me recibe caliente, viva y mía.

Paramos medio segundo para reírnos de la torpeza dulce del comienzo, pero volvemos sin verbalizarlo, y entonces tengo la sensación de que la cabaña cambia de tamaño. La madera cruje, la manta resbala hasta las rodillas, el vino se queda quieto en la mesa y el viento deja de ser enemigo para convertirse en música.

—No te vayas —murmuro, pegada a su boca, por puro reflejo de supervivencia.

—No pienso hacerlo.

Su respuesta me abre el pecho de golpe. Mi mano encuentra la suya otra vez bajo la manta, nuestros dedos encajan con una naturalidad indecente y el resto del mundo, por una vez, decide quedarse al otro lado de la puerta.

El viento se desata y golpea el tejado y, por un segundo, la cabaña parece contener la respiración con nosotros. Samuel se separa un poco, lo justo

para mirarme, sin perder el contacto. Su frente aún toca la mía y sus pestañas proyectan sombras diminutas sobre mi piel. El fuego de las velas oscila, y su parpadeo anaranjado le vuelve la mirada más profunda y real.

—Ven —me susurra.

Me dejo caer hacia él y ese movimiento basta para que la manta nos envuelva por instinto. Nos acomodamos en el borde de la cama, hombro con hombro, y con las piernas rozándose bajo la tela gruesa. Apoyo la sien en su hombro y noto el roce de su jersey. Su respiración se acompasa con la mía y durante unos segundos me convenzo de que el mundo podría arreglarse así: con un hombro firme y una manta compartida.

Mi corazón late con la torpeza de un instrumento mal afinado, y su pulgar vuelve a moverse sobre mi mano, despacio y paciente.

—Dime si no —susurra, pegado a mi oído.

—Te lo diré y tú también.

Asiente.

—Siempre.

Esa palabra, otra vez. Pero aquí no es peligrosa. Aquí «siempre» no apunta a un futuro; solo nombra el momento que ocurre y que ninguno de los dos quiere estropear.

Levanto la cabeza para mirarle y compruebo que la distancia entre los dos se ha reducido a la nada. Su boca está tan cerca que puedo contar el leve temblor del aire entre los labios. Ninguno se mueve. Hasta que lo hago yo.

El primer beso no tiene espectáculo. No hay música ni redoble, solo un impulso suave, una entrega mínima, un contacto que no busca vencer a nadie. Le beso despacio, y él responde con la misma prudencia cargada de deseo.

Me río contra sus labios sin apartarme.

—Eres demasiado preciso.

—Deformación profesional.

—Aquí no hay planos.

—Entonces improvisa tú.

Lo hago. Nuestro beso se vuelve más profundo, más caliente y real. Mi mano sube por su cuello, encuentra el pelo de su nuca y lo enreda entre los dedos, la suya me sujeta la cintura con firmeza. El cuerpo se orienta solo y el peso nos lleva al centro de la cama, donde la manta nos sigue como si tuviera voluntad propia.

Sus labios bajan a mi mandíbula y a ese punto de mi cuello, donde el pulso me delata.

—¿Bien? —me pregunta, sin dejar de respirar sobre mi piel.

—Sí. —No necesito decir más palabras.

—¿Aquí?

—Aquí también —asiento.

Mis dedos buscan el borde de mi jersey y el tacto tibio de la piel que hay debajo. Lo levanto con cuidado, no por pudor, sino porque no quiero romper el aire que nos rodea. Él me ayuda a quitármelo y hace lo mismo con el suyo. El frío me muerde el instante justo antes de que su cuerpo me cubra y lo borre. Siento el calor de su pecho, el peso de su mano en mi espalda, y el temblor desaparece.

Nuestras respiraciones se mezclan. Su boca vuelve a la mía y yo respondo, y la risa breve que se nos escapa entre beso y beso es lo más vivo que he sentido en meses.

De algún lugar saca un preservativo y lo hace sin dejar de mirarme a los ojos.

—Estoy aquí —susurra, mientras mis manos le acarician la cara.

—Quédate —respondo y lo hace.

Vuelve a besarme, con esa mezcla de necesidad y ternura que ya me ha desmontado antes. Pero esta vez no hay contención, ni pausa, solo un ansia suave, creciente e inevitable. Me besa como si llevara horas conteniéndose y por fin pudiera hacerlo de verdad y yo le respondo con todo el cuerpo.

Samuel se mueve sobre mí, su mano rodeando mi muslo mientras me separa las piernas con una naturalidad descarada. Me acaricia con precisión por encima de la ropa interior, lento y firme.

—Estás empapada —me susurra al oído, y el tono de su voz me hace jadear.

—Y tú estás tardando.

No es una frase ensayada. Me sale sin pensar, con la voz rasgada y caliente. Al escucharme, sonríe, se incorpora un poco, me quita la ropa interior con una destreza que parece practicada, y yo le ayudo a deshacerse del resto. La manta se resbala por nuestras caderas y noto que la cabaña está fría, pero su cuerpo, no.

Se coloca entre mis piernas y me acaricia con los dedos primero, despacio y trazando una línea húmeda entre mis pliegues que me hace arquear las caderas sin pensar.

—Joder… —murmura, con la voz rota—. No tienes idea de lo que haces conmigo.

—Entonces hazlo tú —le reto, mirándole a los ojos.

En ese momento, ya no hay vuelta atrás, aunque tampoco lo pretendo. Saca el preservativo, lo desenrolla sin apartar la mirada de la mía, y cuando se lo coloca, me doy cuenta de que estoy temblando, pero no de frío, sino de deseo, de vértigo y de esa sensación absurda de que lo que está a punto de pasar no es solo sexo.

Me toma de las caderas, se acomoda, y en la primera embestida el mundo cambia de tamaño. No hay forma suave de decirlo: me penetra con firmeza y profundidad. Gimo y no me reconozco. Él cierra los ojos un segundo, luego los abre y clava la mirada en la mía.

—Mírame —me ordena, y no hay nada más sexy que eso.

Le obedezco y mientras entra y sale de mí con un ritmo que se va acelerando despacio, me doy cuenta de que no puedo mirar otra cosa. No hay espacio para el miedo, ni para las reglas, ni para el guión. Solo está él, ahí, haciéndome suya con una mezcla deliciosa de precisión y hambre.

Me embiste con una cadencia que me deja sin aliento, como si cada golpe de cadera llevara su nombre escrito. Mi espalda se arquea, mis muslos tiemblan y mis uñas se le clavan en los hombros.

—Samuel… —susurro, y su nombre deja de ser un nombre, para convertirse en una súplica.

—Lo sé —dice entre dientes, acelerando apenas—. Joder, Lucy, estás tan… —. No acaba la frase, porque no puede y yo tampoco.

Mi cuerpo se adapta a él como si lo conociera desde siempre y cada movimiento suyo es una invitación a dejarme ir, pero no lo hago. Le acompaño y le marco el ritmo con las caderas. Le beso entre jadeos y le muerdo el cuello. Y entonces es él quien gime como si le doliera no haberlo hecho antes.

Su mano izquierda sube por mi costado hasta encontrar mi pecho, lo acaricia con la palma abierta y el pulgar juguetea con mi pezón. El gemido que me arranca desde lo más profundo de mi garganta me traiciona y cuando lo oye, sonríe contra mi boca sin poder contenerse.

—Te encanta que te toque así —me susurra divertido.

—Sigue hablando y no respondo de mí.

—Responde de mí —me lanza con un tono bajo que me parte por dentro.

Cada vez que Samuel se mueve dentro de mí, lo hace con una precisión que parece estudiada, pero sé que nace del puro instinto. No hay prisa en su ritmo, solo una firmeza cargada de intención, como si quisiera grabarse en mi cuerpo a fuego lento. Me aferro a sus hombros, a su espalda y a cualquier parte de él que me mantenga anclada a esta realidad donde el tiempo se detiene y el deseo nos convierte en lenguaje.

Gimo contra su cuello sin poder contenerme. Cada embestida me arranca un jadeo y una vibración nueva que me recorre desde la base de la columna hasta los labios. Su cuerpo y el mío encajan con una facilidad obscena, y todo lo que antes eran normas o límites se ha disuelto en este cuarto tibio donde el único mapa que nos guía es su respiración sobre la mía.

Samuel me mira, y lo hace como si lo importante no fuera lo que estamos haciendo, sino lo que estamos sintiendo. Sus ojos están clavados en los míos, atentos a cualquier gesto que pudiera delatar duda o incomodidad. Pero no hay duda, ni freno, solo este cuerpo que lo acoge y lo guía, esta piel que se abre y esta boca que lo llama por su nombre como si ya lo supiera de memoria.

—Mírame —me susurra, ronco, y su voz me atraviesa.

Le obedezco y lo miro. Él se deja llevar un segundo por el temblor, y yo me ciño aún más a él, y mis piernas rodean su cintura con una confianza que nunca tuve con nadie. Me sujeta con fuerza y su mano desciende por mi costado hasta el hueco entre mis piernas, y cuando me acaricia, al ritmo de sus embestidas, mi cuerpo empieza a romperse en pequeñas explosiones sordas que no puedo controlar. Mis uñas le marcan la espalda. Él gruñe en mi oído, con un sonido gutural que no había escuchado antes, y me doy cuenta de que está tan cerca de explotar de placer como yo.

—Estás preciosa así —murmura, con la respiración entrecortada—. Jodidamente perfecta.

Y el orgasmo me alcanza como una ola que no avisa. Llega con fuerza, con calor y con una descarga que me atraviesa entera. Me arqueo contra él con la boca entreabierta y gimo sin censura. Samuel me sostiene y no se aparta ni un milímetro. Cuando se deja arrastrar por su propio final, lo hace conmigo aún en brazos, aún temblando y besándome entre jadeos. Su clímax es profundo e intenso. Explota con la cabeza apoyada en mi cuello, susurrando mi nombre como si fuera un mantra que lo mantiene en este cuarto y no en otro lugar.

Cuando acabamos, nos quedamos enredados, con la piel húmeda, el pecho agitado y el mundo reducido a dos cuerpos que ya no compiten, solo se encuentran. No hay palabras, solo el roce de su mano en mi costado, el peso de su frente en mi clavícula y el ritmo desacelerado de su respiración mientras intenta volver a sí mismo sin soltarse de mí.

—Estás temblando —susurra al cabo de un minuto, mientras me cubre mejor con la manta.

—No es de frío —respondo, con la voz aún temblorosa.

—Lo sé.

Me besa la muñeca, justo donde el pulso me late desbocado. Yo le acaricio el pelo con delicadeza y noto que tiene la piel caliente, viva, alerta, y la mía responde como si lleváramos años conociéndonos en esta cama.

—Si se apaga la vela, prométeme que no lo tomaremos como una señal —murmuro de forma apenas audible.

Él no se ríe, ni se burla de mi miedo.

—Depende de cuál sea la señal —responde, sin soltarme.

—De que esto... —me detengo, buscando la palabra exacta y no la encuentro— …no se rompa al salir de aquí.

—Entonces no la apagaré.

Nos quedamos envueltos en el calor residual de lo que acabamos de hacer.

Y en ese silencio que queda después de una noche que no estaba prevista, nos miramos como si no necesitáramos más guion que éste.

Me quedo con la frente pegada a la suya, los ojos cerrados y disfrutando del ritmo nuevo que se ha instalado entre los dos. No sé cuánto tiempo pasa. Un minuto, diez o una vida.

—¿Estás bien? —pregunta, sin solemnidades.

—Estoy… aquí.

—Bien. —Su pulgar me marca la mejilla, lento —. Aquí.

Nos reímos bajito, como si el silencio de la cabaña nos perteneciera ahora y no quisiéramos despertarlo. Hay algo cómico y profundamente tierno en ver nuestra ropa a medio poner, la manta haciendo de frontera movediza entre la piel y el mundo, y el cuarto convertido en un refugio improvisado que parece haber decidido acogernos sin pedirnos explicaciones. Ninguno de los dos intenta escapar de este lugar, ni con el cuerpo ni con la mirada.

—No sabía que el silencio podía sonar así —susurro, con la cara escondida en su cuello, como si el mundo se hubiera apagado justo donde empieza su piel.

—A hogar —responde él, con una naturalidad tan serena que no necesito cuestionarlo. Me lo creo, sin más.

Alargo la mano sin pensarlo y le pido la suya. Me la entrega sin hacer ningún gesto dramático, como si se hubiera acostumbrado a ofrecérmela y eso fuera suficiente. Paso el pulgar por sus nudillos, memorizando su relieve como quien repasa un mapa.

—Si te digo que me da miedo lo fácil que ha sido —empiezo, sin mirarle aún—, ¿te apartas?

—Si me dices que te da miedo, me quedo —responde, sin titubear.

—Quédate—concluyo, sintiendo cómo me invade el alivio.

Deslizo los dedos hasta su clavícula y escribo allí, con la yema, el pensamiento que no me atrevo a decir en voz alta con letra pequeña y trazo claro: «*no te vayas*».

—La vela —comento, alzando la vista hacia la mesa.

—La dejo —responde, mientras se incorpora lo justo para soplar una de ellas y deja encendida la más baja—. No necesito que esto parezca una escena de película. Prefiero tenerte cerca de verdad.

«Tenerte cerca de verdad». Me trago las palabras y me las guardo dentro como si fueran un regalo. Hay frases que uno no debería olvidar jamás y esa se instala en algún rincón blando de mi pecho, justo al lado de donde estaba el miedo.

Nos recolocamos sin dejar de estar en contacto y yo me acomodo en su costado, la pierna por encima de las suyas y nuestros cuerpos entrelazados como si lleváramos años ensayándolo.

—Dime algo que no le hayas contado nunca a nadie —le propongo, con la temeridad suave que solo se permite cuando la noche está del todo a favor.

Samuel no se lo piensa mucho, ni lo adorna.

—He pensado muchas veces que estaba mejor solo —me dice, como si lo acabara de recordar más que confesar—. Pero

también he sabido siempre que era mentira.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de la chimenea —responde, con una risa apenas audible que me vibra en la oreja—. No me dejes solo con esto. Tu turno.

Me muerdo el labio, dudando.

—A veces me he sentido como un decorado que habla. Algo bonito por fuera que solo sirve para completar el plano de otro.

Él se gira lo justo para mirarme, pero no sonríe.

—No —dice con sequedad y firmeza—. Tú eres la casa, no solo un plano.

Y esa frase… me rompe y me reconstruye a la vez. Se clava en el pecho con una ternura tan precisa que no sabría defenderme ni aunque quisiera. Apoyo la frente en su clavícula y dejo que una risa suave se me escape por los labios.

—Quién nos ha visto y quién nos ve —murmuro—. Firmando contratos, con normas escritas en servilletas… y míranos.

—Míranos —repite él, y la palabra se convierte en espejo.

Le miro, pero de verdad, con los ojos. La luz de la vela le dibuja sombras cálidas en su cara.

—Dime si te preocupa algo —susurro.

Él guarda silencio un segundo, pero, luego, como si arrancara una astilla sin dolor, responde:

—Me pesa haber tardado tanto en darme cuenta de que buscar la perfección no me hacía feliz. Pero me consuela haberlo entendido contigo.

—Qué cursi eres —bromeo, por no ponerme a llorar como una imbécil.

—Arquitecto en fase de demolición —se encoge de hombros, divertido—. Es lo que hay.

Nos reímos otra vez, pero esta vez sin miedo. Afuera, la nieve sigue cayendo, pero aquí dentro seguimos en calma. Me acomodo más cerca de él y ajusta la manta sobre nosotros como si lo hiciera cada noche.

—Si mañana alguien pregunta, diré que fue la tormenta —susurro, no para mentir, sino para preservar la magia—. La tormenta

y la cabaña.

—Y el generador que no arrancó —dice con toda la seriedad del mundo.

—Y tu absurda manía de llevar navajas a las citas.

—Es una herramienta universal —me besa la sien—. Pero no vuelvas a llamarlo cita si te vas a reír.

—No me río. Bueno, un poco —le respondo con una sonrisa.

Cierro los ojos y lo hago sin sentir que tengo que estar alerta

—Lucy —dice él, en voz muy baja, desde un rincón que ya no sé si es suyo o mío.

—Hmm.

—¿Estás?

—Estoy —respondo, sin abrir los ojos—. ¿Tú?

—Yo.

Con eso basta y me rindo al sueño con su pecho bajo mi mano, su respiración suave en mi oído, y ese vaivén constante que ya no me recuerda al mar, sino al hogar.

Me despierta un golpe seco de viento que hace temblar los cristales. Al abrir los ojos, veo que la llama de la vela ha menguado hasta convertirse en un charco pálido de cera. Samuel sigue aquí. No sé por qué me sorprende, pero lo hace. Supongo que es ese tipo de sorpresa que no tiene que ver con la lógica, sino con la costumbre de esperar siempre lo peor. Le observo con cuidado, como si al mirarlo pudiera conservar esta imagen para siempre en mi retina. Tiene la boca relajada, el entrecejo en paz y las pestañas proyectan una sombra que apenas roza la almohada. Su brazo me rodea, como si llevarme cerca fuera un reflejo y no una decisión, mientras siento su pecho subir y bajar bajo mi mano.

Querría quedarme así toda la noche, atrapada en este paréntesis. Pero el cuerpo tiene sus demandas básicas. Me separo con cuidado de él y busco mi vaso a tientas, bebo un sorbo sin hacer ruido. Samuel abre los ojos con una media sonrisa que aparece cuando uno despierta sabiendo que está en el sitio correcto.

—Hola —murmura con la voz ronca.

—Hola. —Doy otro trago, más por disimular que por sed—. Creo que sigo entera.

—Lo confirmo —responde y me vuelve a sonreír.

Samuel se incorpora un poco, estira el brazo hacia la mesilla y apaga la vela con un soplo y nos quedamos a oscuras

—Ven —dice, tendiéndome el brazo con un gesto suave—. Aún queda noche.

No necesito más para acomodarme contra él, encajo la nariz en ese hueco entre su cuello y su clavícula que ya reconozco como refugio. Me gustaría tatuar este momento en su piel con los dedos, escribirle alguna cláusula secreta a la altura del corazón y prometerle algo que no sé nombrar, pero no lo hago. No por miedo, sino por no estropear con palabras lo que el cuerpo ha dicho con una claridad perfecta.

«Si esto es fingir», pienso, justo antes de quedarme dormida, «que no se acabe nunca».

Capítulo 7

Samuel

No sabría decir qué me despierta exactamente. La luz azul de la mañana ya se filtra por las rendijas y no escucho el viento soplar. Al girarme sobre el colchón, tardo un segundo en darme cuenta de que falta algo. El lado izquierdo de la cama está vacío. Sin su peso ni su respiración. Las sábanas arrugadas conservan un rastro de calor que se desvanece rápido. Acerco la nariz a su almohada y percibo un olor leve que ahora reconozco como suyo, aunque no sabría ponerle nombre. Me quedo mirando ese hueco como si fuera un plano mal trazado. Uno que no supe leer a tiempo.

Me incorporo despacio y mi cuerpo protesta. La cabeza va más deprisa, buscándola en el dormitorio. Me giro de un lado a otro y veo que en la silla solo está mi ropa. En el suelo, mis botas y al pie de la cama, su bufanda roja, doblada con cuidado. Me paso la mano por la cara, como si eso fuera a cambiar algo. Observo la bufanda y pienso que podría dejarla ahí y fingir que no la he visto. Pero me incorporo y la cojo con la necesidad de entender qué coño ha pasado. La guardo en el bolsillo interior de mi abrigo, ese que hay junto al pecho. Lo hago por la costumbre de proteger lo que no sé dónde colocar.

Esta noche no nos hemos hecho promesas, ni planes. De hecho, solo ha sido una noche, pero lo ha cambiado todo o, al menos, para mí.

Me levanto del todo y me visto con rapidez. Necesito saber dónde está. Cuando salgo de la cabaña, el frío de la mañana me

golpea con fuerza. Me ajusto el abrigo y avanzo sobre la nieve, escuchando su crujido bajo mis botas. Miro al cielo y veo que está limpio, como si ni siquiera él tuviera la decencia de arrastrar las consecuencias de lo que pasó.

Cuando llego a la casa, compruebo que ya está en plena actividad. Al abrir la puerta, un delicioso aroma a café recién hecho y a pan tostado invade mis fosas nasales. Avanzo por el pasillo sin detenerme, pero, de repente, noto cómo mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. Me abro el abrigo y lo saco. No tengo ni idea de quién puede estar llamándome a estas horas en fin de semana. Al mirar la pantalla, me sorprende lo que veo: «A. Fairchild». Chasqueo la lengua, porque ahora mismo no me apetece hablar con él ni con nadie, pero contesto por inercia.

—Fairchild.

—Samuel —dice, con ese tono de vendedor bien entrenado que tiene—. Mi padre quiere reunirse contigo hoy. Está impresionado con el desarrollo del proyecto. Cree que es el momento ideal para conoceros… a ti y a tu prometida.

Un escalofrío me recorre la espalda, aunque no porque tenga frío, sino por la palabra.

—No habrá ninguna presentación —respondo, sin matices.

—¿Cómo dices?

—Ni trato. Ni mentira.

—¿Perdón?

Su voz ya no suena tan segura y eso me da cierta calma.

—No voy a seguir participando en esa farsa —repito, con voz firme. Me sorprende lo fácil que me sale ahora la voz.

—Samuel, entiéndelo. El acuerdo…

—Se cancela.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Entonces el trato termina aquí —confirma desde el otro lado.

—Mejor eso que fingir lo que ya no sé fingir —dijo de forma tajante y cuelgo.

Me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y noto cómo me late el corazón en la garganta. Doy un paso hacia la

ventana en un intento de calmarme y recuperar el control, pero algo me detiene o, mejor dicho, alguien.

Lucy está en el umbral de la puerta con el jersey ancho que le deja la clavícula al descubierto y el pelo suelto. Me mira, pero no me dice nada, pero su cara… lo dice todo.

Mierda.

—Lucy —musito.

No sé si me oye, pero no me responde. Se limita a acercarse a la mesa, deja una servilleta y se marcha. Da un paso atrás y otro más. Se gira hacia el pasillo y veo cómo empieza a subir las escaleras. Querría decirle algo que consiguiera frenarla. Explicarme, pero no encuentro la frase adecuada, porque no existe.

—No era lo que crees —le digo en un intento de retenerla.

Pero Lucy no se gira, porque ya ha escuchado lo suficiente. Tengo claro con qué parte de la conversación con Fairchild se ha quedado. Tres palabras, nítidas y sin contexto, que acaban de hacer volar por los aires todo: «Era solo un acuerdo».

Pero esas malditas cuatro palabras no eran para ella y menos dichas de ese modo. Lo ha parecido. Como si todo lo que sucedió anoche entre las sábanas y entre nosotros hubiera sido teatro; y no lo era, al menos, para mí. Ya no.

Salgo al pasillo con el corazón latiendo más rápido que mis pasos y camino hacia la entrada con la estúpida esperanza de que todavía esté ahí, de que aún pueda decirle que se equivoca, que no era eso, y que lo que ocurrió anoche fue real. Pero el salón está vacío. La puerta principal, entornada. El aire que entra no es solo frío, también me sabe a ausencia, a la peor de todas: la suya.

Doy un paso más y salgo al porche. Pero no hallo nada: ni su voz, ni su cuerpo, ni siquiera el sonido lejano de las ruedas de su maleta. Solo encuentro sus huellas en la nieve como una línea de puntos que no llevan a ninguna parte.

Me quedo quieto, porque ahora ya no me queda nada: ni despedida, ni opción de cambiar las cosas. Aprieto los dientes y me obligo a volver sobre mis pasos. Cuando entro en la casa, subo las escaleras hacia el piso de arriba, pero lo hago sin fe. El cuarto de invitados está abierto. La cama está hecha con cuidado, sin prisa, ni

rastro de caos. Solo el orden propio del que ha decidido irse sin estropear nada, ni siquiera el recuerdo. Sobre la mesilla de noche encuentro lo que me deja claro que esto no ha sido un malentendido: Una servilleta, doblada con precisión y res palabras escritas con tinta azul.

«Gracias por todo».

Leo la frase como si fuera una firma al pie de un contrato que no supe negociar Tres palabras cortas, educadas e implacables. Sin reproche ni drama. No sé dónde meter las manos. Así que me siento en el borde de la cama y al hacerlo noto que la bufanda, guardada en el bolsillo de mi abrigo, me roza el costado recordándome que Lucy sigue ahí, que estuvo aquí y que me eligió, aunque solo fuera por una noche.

De repente, escucho la voz de Margaret desde abajo.

—Samuel, cariño, el café está listo.

No le contesto, ni me levanto. Me limito a acariciar la servilleta con los nudillos, porque es lo único que tengo suyo.

Después me obligo a moverme. Cojo la bufanda entre mis manos y bajo las escaleras. Ahora mismo no tengo un plan, ni un discurso preparado para su familia ni para nadie. Pero tengo claro que no pienso quedarme quieto. Algo se ha roto, sí. Pero no todo está perdido. Solo sé que si me quedo aquí arriba algo se va a romper por dentro del pecho, y aún tengo algo que decir. Aún no hemos llegado al final.

La cocina de los Stevenson no parece haberse enterado de lo que ha pasado. Ni de que alguien se ha marchado dejando una servilleta como única despedida. Ni de que yo no sé si quedarme o salir corriendo.

Huele a café recién hecho, a pan tostado y todo está dispuesto como siempre: la mesa lista y la vajilla perfectamente alineada. En el centro de la escena, Margaret, de espaldas, con su moño alto, su delantal limpio, los brazos relajados y un gesto en la cara de saber más de lo que dice.

Me quedo en el umbral, no porque no quiera entrar, sino porque algunos sitios te exigen estar limpio por dentro. Y yo aún tengo barro en el pecho, aunque mis botas estén limpias. Ella se gira

cuando se da cuenta de que estoy ahí. No se sobresalta, ni me pregunta nada, solo me da una de esas sonrisas, silenciosas y completas, que te invitan a sentarte incluso cuando no sabes si quieres hacerlo.

—¿Azúcar? —me pregunta, como quien ya conoce la respuesta pero te deja elegir.

—Solo —respondo, aceptando la taza con las dos manos, como si sujetarla me ayudara a no decir ninguna estupidez.

No se sienta. Se queda apoyada en la encimera, a medio camino entre el desayuno y el consejo que siento que está a punto de escaparse de sus labios. No fuerza nada, ni intenta sacarme la información, solo deja que el silencio haga su trabajo.

—Lucy se ha marchado —comenta al cabo de un rato—. Dijo que tenía que adelantar trabajo.

Asiento y doy un sorbo a mi taza. El café está fuerte, justo lo que necesito para despertarme del todo.

—Tuvimos… una confusión.

No añado adjetivos, ni disfrazo el tono. Mi frase se queda en el aire, clara y sin adornos. Margaret asiente muy levemente, como si valorara más la honestidad que el contenido de lo que acabo de decir.

—A veces confundimos el miedo con la lógica, Samuel.

—No quise mentirle —lo digo y, aunque me cuesta mirarlo, lo hago.

—No hace falta querer para hacerlo. A veces se rompe algo por apretarlo demasiado, por intentar sostenerlo cuando no se está preparado.

Sus palabras no me suenan a reproche sino a experiencia de alguien que ya ha visto demasiadas veces repetirse el mismo patrón. Cuando acaba de hablar, se gira hacia el horno y saca una bandeja con un pan recién hecho. Corta un par de rebanadas, las deja sobre un plato y lo coloca frente a mí.

—Y si ya lo he roto… —empiezo, sin saber cómo terminar mi frase.

—Se repara —dice, como quien lo ha hecho antes—. O al menos se intenta.

No hay dramatismo, ni consuelo innecesario en su voz.

—Pero reparar exige más verdad de la que usaste para romper —le respondo, aunque noto como esa frase se me queda enganchada en el pecho.

Ella acaricia el borde de su taza con el dedo, y cuando habla de nuevo, lo hace sin énfasis, como si lo que fuera a decir no fuera importante, pero lo es.

—Esta noche vuelve a Nueva York a su piso en la 12th con Bleecker. Lo sabrás, imagino.

No me hace falta fingir sorpresa, solo asiento.

—Samuel —dice, y esta vez hay algo más firme en su voz, no autoridad, sino convicción—. Lucy no es una lámpara que se enciende o se apaga según quién esté en casa. Si te importa, ve. Si no… deja de ocupar espacio.

—Gracias por el café —le digo con la taza aún entre mis manos.

Ella sonríe sin aspavientos.

—De nada por el consejo.

Dejo la taza al fregadero y camino hasta la puerta.

—No sé arreglar personas —añado después de lanzar un hondo suspiro.

Ella no se ríe. Pero sonríe de lado, como quien ha oído esa frase demasiadas veces y sigue creyendo que tiene arreglo.

—Nadie lo sabe. Pero se empieza por no tratarlas como si fueran proyectos.

Asiento y salgo de la cocina. Noto que el aire del pasillo ha cambiado, como si estuviera más limpio porque una decisión acabara de dejar huella en el suelo.

Salgo fuera y cruzo el jardín con pasos torpes sobre la nieve y avanzo hasta la cabaña. Abro la puerta y el interior huele igual que anoche: a vela apagada, a vino, a calor, a ella y a nosotros. Pero todo eso es solo el recuerdo, porque el cuerpo que daba sentido a ese olor ya no está.

La cama sigue revuelta y en la mesilla veo su reloj de pulsera. Lo cojo con cuidado y lo acaricio con la yema de mis dedos. Marca las ocho y cuarenta y uno. No sé si es la hora exacta en la

que se ha ido. Pero yo voy a recordar que fue a esa hora cuando decidí no quedarme quieto. No sé si lo ha olvidado o lo ha dejado para que no me olvide de ella. Pero ahí está contando segundos como si no supiera que se ha quedado atrás.

«Toda estructura necesita cimientos».

Yo intenté construir algo real sobre una base prestada. Algo que empezó como un diseño y acabó siendo otra cosa. Algo que ahora mismo no sé si tiene arreglo, pero sé que no quiero dejar en que se convierta en escombros que nadie recuerde.

Me siento en el borde de la cama con su reloj aún en la palma de mi mano. Observo el avance incesante del segundero y me concentro en su sonido. Tic tac tic tac tic tac. .

—Nada está perdido si aún puedo reconstruirlo —digo, en voz baja.

No porque suene bonito, sino porque es de verdad lo que creo. Guardo el reloj y me pongo su bufanda roja en el cuello. Me levanto de la cama y salgo de la cabaña cerrando la puerta tras de mí con la misma precisión con la que trazo las líneas sobre un plano.

Epílogo

Lucy

La lluvia lleva toda la mañana cayendo sin descanso, con esa perseverancia pasivo–agresiva tan propia de Nueva York, que no llega a desatar una tormenta, pero que tampoco concede tregua. No empapa del todo, solo insiste, como si la ciudad necesitara recordarte cada cinco minutos que no hay paraguas que dure para siempre. En los cristales de mi oficina, las gotas resbalan despacio, sin dirección fija, y por alguna razón me parece que se comportan igual que yo desde hace semanas: avanzando por pura inercia.

El reloj marca las nueve y cuarenta y tres, aunque tengo la sensación de que el tiempo en esta ciudad es una broma que nadie termina de entender. Afuera, el tráfico se arrastra en cámara lenta; dentro, la calefacción zumba y mi pantalla me devuelve el mismo eslogan por enésima vez: «El hogar que construyes con tus propias manos».

Perfecto. Nada como una campaña de marketing doméstico para recordarme que mi vida sentimental parece un solar en ruinas. La palabra «hogar» parpadea frente a mí en el documento como una provocación. Cinco letras inofensivas y, sin embargo, cargadas a tope de dinamita.

Tecleo algo, lo borro, vuelvo a escribir y lo vuelvo a borrar. El cursor titila como si me juzgara en silencio. A mi derecha, el café que me he hecho hace un rato se enfría. Mi móvil descansa boca abajo, mudo desde hace semanas, y cada vez que lo miro me convenzo de que esa quietud es una forma de castigo, que tengo la sensación de que me merezco. Nadie me llama, ni me escribe. Así que el único mensaje que recibo últimamente es el eco de mi propia estupidez.

Dicen que el tiempo cura, pero es mentira. El tiempo solo cambia de sitio los escombros para que no tropieces con ellos tan a menudo. Tampoco borra nada, solo reorganiza el desastre para que parezca menos evidente. Y ahí voy yo, caminando entre ruinas, con una bufanda roja, diferente a la que me olvidé en casa de mis padres en Acción de Gracias, enrollada al cuello y la absurda esperanza de que el día que decida dejar de dolerme, él se entere sin que yo tenga que decírselo.

A veces, en el metro, me descubro buscándolo en los reflejos de las ventanas. O me sorprende el sonido del viento golpeando los ventanales del piso y por un segundo creo oír su voz diciéndome que todo irá bien, aunque ninguno de los dos lo crea. Después, me río de mí misma, claro. ¿Quién demonios echa de menos a un arquitecto traumatizado, con voz de whisky y un sentido del humor que se activa una vez por década? Nadie con un mínimo de cordura, evidentemente. Aunque tengo muy claro que la cordura y yo nunca hemos tenido una relación demasiado estable.

Me acomodo el pelo con una mano y la bufanda con la otra. Hundo la nariz en ella y tengo la sensación que huele un poco a madera y a vino, ese olor tibio que me persigue desde la cabaña. La lavo cada semana, pero la maldita activa un resorte que me recuerda a él, a pesar de que me esfuerzo en evitarlo. Podría guardarla en un cajón y fingir que no pasa nada, pero me gusta pensar que me protege del frío o de la ausencia o de esa mezcla tan jodidamente humana entre ambas cosas.

El sonido de la impresora rompe el hilo de mis pensamientos. Giro la cabeza hacia ella y veo que en la mesa de al lado, dos becarios discuten sobre tipografías con la seriedad de quien cree que una fuente con serifa o sin ella tiene el poder de cambiar

el mundo. Yo lo único que quiero es que alguien cambie el mío, aunque sea un poco, pero parece que no hay nadie disponible para ese puesto.

Abro un nuevo correo. «Asunto: Campaña Acción de Gracias 2.0: El hogar es donde te quedas». Resoplo, me dejo caer en la silla y murmuro:

—Gracias, universo, por la sutileza.

Cierro el portátil con un golpe seco y me levanto. Camino hasta el ventanal, porque observar cómo llueve desde un séptimo piso es mi versión personal de la meditación. Fijo la mirada en el paisaje y veo cómo abajo, la calle se mueve con una coreografía caótica que solo Manhattan entiende. Los taxis avanzan a trompicones, la gente se parapeta bajo paraguas torcidos y los charcos reflejan luces de neón deformadas. Apoyo la frente en el cristal frío y dejo que la humedad me despeje la cabeza.

El olor a lluvia y asfalto mojado me lleva hasta otra noche de tormenta, a una habitación de madera, a una manta compartida y a su mano buscando la mía bajo la tela áspera a su voz muy cerca de mí susurrándome al oído: «Estoy aquí».

Cierro los ojos un instante, solo para volver a sentirlo. Pero cuando los abro, lo único que tengo delante de mí son las vistas de la avenida, gris y ajena, con una señora luchando contra el viento para

mantener el paraguas en su sitio. La vida, en su versión práctica y yo, en la mía más teatral.

El reflejo del cristal me devuelve una versión de mí misma que finge estar bien. Pelo recogido, jersey de lana, ojeras marcadas y una bufanda al cuello como siempre. Tengo frente a mí a la profesional que se recompuso, la mujer que superó el drama y volvió a trabajar. Sí, en teoría, soy esa, aunque en la práctica, sigo intentando olvidar que hubo una noche en la que todo parecía tener sentido, y que al amanecer ya no quedaba nada.

Me aparto del ventanal, más cansada que triste, regreso a mi mesa y coloco los papeles en orden, porque cuando no puedes ordenar la cabeza, el papel al menos se deja. Vuelvo a abrir el portátil y empiezo a escribir una frase que no me convence: «El hogar es donde te quedas cuando todo lo demás se va». La borro, porque tal vez sea demasiado honesta para un anuncio.

Pero justo entonces, cuando el silencio de la oficina parece invadir cada milímetro del espacio a mi alrededor, suena unos golpes sordos en la puerta de cristal.

«Toc toc toc».

Me sobresalto y parpadeo, dudo, miro el reloj, son las once y cuarto, y me digo que no puede ser, que es el mensajero, que no seas idiota, Lucy. Pero la

piel tiene memoria y la mía ya ha reconocido el presentimiento.

—Un momento —digo, con la voz más profesional que encuentro.

Camino despacio hasta la puerta y veo que el reflejo del pasillo brilla bajo la luz blanca del techo. Apoyo la mano en el pomo, respiro hondo y abro. Al hacerlo, de repente el mundo se queda congelado a mi alrededor.

Samuel Everett está frente a mí en carne, hueso y agua… Empapado de lluvia, sin paraguas, con el abrigo colgando de un brazo y el pelo revuelto cayéndole sobre la frente. En la otra mano sostiene algo cubierto por una funda de plástico transparente. Parpadeo y veo que es una maqueta de madera. Él no dice nada, solo me mira, tranquilo, como si el tiempo no pesara sobre él y haya aprendido a soportar los silencios que a mí todavía me asustan.

Durante un instante, no sé si cerrar la puerta o abrazarlo. Mi cerebro hace un esfuerzo sobrehumano por encontrar una frase digna que decir, pero de mi garganta no sale ni un solo chiste brillante. Así que, como siempre, opto por la ironía.

—Si vienes a hacer inventario de daños emocionales, vas con retraso y sin casco.

Su boca se curva en una sonrisa mínima.

—Vengo a entregarte un proyecto.

—¿Quieres levantar un muro más? —pregunto, y me odio un poco por sonar tan nerviosa.

—No. —Sacude la cabeza, deja el abrigo sobre una silla y se acerca hasta mí—. He aprendido a derribarlos.

Me quedo observando cómo coloca la maqueta sobre la mesa y cómo el plástico brilla bajo la luz del techo. Una gota resbala desde su muñeca y cae justo al lado de mi taza de café frío. Le tiendo un pañuelo sin saber qué más hacer con las manos. Él lo acepta y, durante un segundo, nuestros dedos se rozan. Es apenas un leve contacto, pero devuelve el pulso a mis venas.

—Samuel… —empiezo, sin saber a dónde quiero llegar.

—Tranquila —responde—. No he venido a interrumpir nada.

—No interrumpes gran cosa. Mi portátil y yo estábamos discutiendo sobre el concepto de hogar —le digo encogiéndome de hombros.

Él se ríe y ese sonido me sacude por dentro, como si alguien hubiera abierto una ventana después de meses de invierno y el aire fresco y limpio de la primavera entrara con una bocanada que lo arrasa todo a su paso. Entonces retira la funda de plástico y deja al descubierto la maqueta. Es una casa de madera clara, con ventanales, un porche diminuto y

pequeñas luces encendidas en el interior. Mi respiración se detiene.

Es la casa de mis padres, donde pasamos Acción de Gracias, restaurada.

—Pensé que te gustaría tener un recuerdo del proyecto —dice.

—¿Qué proyecto? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

—El que empezó como un acuerdo.

No sé qué responderle y me limito a mirar la maqueta y descubro, en el porche, dos figuras diminutas talladas a mano: un hombre y una mujer bajo una manta roja. Ella tiene el pelo recogido y él le sostiene la mano.

Siento un nudo subirme a la garganta, mitad risa, mitad lágrima.

—Esto es… —murmuro—. Perfecto.

Al escucharme una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Inacabado. Como todo lo que merece la pena.

Y con esa frase tan suya, entiendo que el hombre que tengo delante no es el mismo que dejé en la casa de los Hamptons. El arquitecto ha vuelto, pero, por primera vez, sin planos bajo el brazo.

—¿Y cuál era la cláusula final? —pregunto, porque necesito decirlo y que ponga nombre a eso

que llevamos meses evitando.

—Que lo verdadero no se diseña. Se construye despacio.

Su respuesta me deja sin aire. Así de simple y así de exacto.

Nos volvemos a quedar en silencio y observo como la maqueta, con sus luces diminutas, proyecta sombras temblorosas en la pared, y durante unos segundos la estancia parece otra: más cálida e íntima. Las gotas de lluvia bajan por el cristal, distorsionando la ciudad. Todo parece un poco fuera de tiempo, como si este instante existiera solo para nosotros.

Él da otro paso y yo también, sin planearlo, solamente porque me sale así y me dejo llevar. Ahora estamos tan cerca que puedo contarle las pestañas. Su respiración roza la mía y no siento rabia.

—Dijiste que fingíamos —susurra mirándome a los ojos.

—Lo dijimos los dos —musito.

—Puede. —Su voz se vuelve más grave y sincera—. Pero yo ya no sé cómo dejar de quererte. ¿Tú sabes?

No le contesto. No porque no tenga respuesta, sino porque la única que tengo se me ha quedado atascada en la garganta. Él me sostiene la mirada y espera i respuesta. Trago saliva.

—Solo por Acción de Gracias, ¿recuerdas?

Él sonríe de forma leve, casi un parpadeo.

—Sí. Pero ya no sé fingir tan bien.

La frase se me clava entre las costillas. No por lo que dice, sino por cómo lo dice: sin dramatismo, sin prisa y sin ser una promesa, sino como una verdad y eso es lo más peligroso de todo.

La risa se me escapa de la garganta sin permiso.

—Siempre tan preciso, arquitecto. —Intento sonar ligera, pero la voz me tiembla.

—Es deformación profesional —responde—. Todo lo que merece la pena necesita estructura.

—¿Y el amor también?

—Sobre todo el amor.

Nos quedamos callados un instante. Sus ojos buscan los míos, y yo, aunque lo intentara, no sabría mirar a otro sitio. La luz del ventanal cae sobre su cara, y me doy cuenta de que sigue siendo el mismo hombre, pero con algo nuevo en la mirada.

—Estás empapado —digo, porque es lo único que me sale en este instante.

—No quería esperar a que escampara.

—¿Y si te hubiera dicho que no quería verte?

—Entonces me habrías mentido. —Da un paso más—. Y tú ya no finges, Lucy.

La manera en la que pronuncia mi nombre me rompe un poco más. No por el tono de su voz, sino por la verdad que arrastra.

Estamos a medio metro de distancia. Podría apartarme, hacer un chiste o soltar cualquier comentario irónico y fingir que esto no está sucediendo. Pero no lo hago, porque estoy cansada de hacer que nada importe.

Él levanta una mano y me roza la mejilla con la yema de los dedos, igual que aquella noche junto al fuego. El contacto es leve, pero me ancla al suelo y a él.

—No deberías estar aquí —murmuro.

—Lo sé. —Su pulgar acaricia mi piel—. Pero si no hubiera venido, no quedaría nada que reconstruir.

—¿Y si ya está roto?

—Entonces empezaremos de nuevo.

Respiro y oigo cómo fuera la lluvia sigue cayendo con fuerza. Él baja la mirada hacia mi boca, pero no se mueve. Deja que sea yo quien decida y eso, maldita sea, es lo que termina de desarmarme. Me acerco a él un poco, lo suficiente para que la distancia entre nosotros deje de existir.

Nuestro primer beso llega sin aviso, tranquilo, hondo y con sabor a café frío y a redención. No hay prisa ni torpeza, solo una calma rara que me recorre entera. Él me sujeta por la cintura con una firmeza

suave, como si supiera que cualquier movimiento brusco podría romper algo importante. Yo le rodeo el cuello con los brazos y dejo que el mundo se disuelva detrás del cristal empañado.

Nos separamos apenas para respirar y él apoya la frente en la mía, aún sonriendo.

—Te he echado de menos —lo dice tan bajo que podría haberlo imaginado.

—Yo también —susurro.

No necesitamos más. La ciudad sigue ahí fuera, el tráfico, la lluvia y los neones. Pero dentro, en este pequeño trozo de oficina convertida en refugio, todo encaja por primera vez.

Nos quedamos quietos un instante, respirando el aire que huele a lluvia y a algo parecido a paz. No recuerdo la última vez que estuve en silencio con alguien sin sentir la necesidad de llenarlo con palabras. Su frente descansa contra la mía y su pulso late tranquilo y constante, como si al final hubiera encontrado la manera de dejar de correr. Por un momento, tengo la sensación de que, si cierro los ojos, todo volverá a empezar, pero no es así. Lo hago y eso no sucede, simplemente continúa.

Él se aparta lo suficiente para mirarme, sus dedos rozan el borde de mi bufanda y su voz suena baja y cercana, casi como si fuera un pensamiento mío.

—Sigues llevando una bufanda roja.

—Tenía frío —respondo, aunque ambos sabemos que es mentira.

La sonrisa que le cruza la cara no tiene nada que ver con la que conocí meses atrás. Esta es más real y está despojada de arrogancia y de cálculo. La de ahora es una sonrisa de hombre que ya no necesita controlar el mundo para sentirse a salvo. Mi bufanda se desliza de entre sus manos y la deja sobre la mesa, junto a la maqueta, con delicadeza.

Fuera, el tráfico parpadea entre semáforos y paraguas, la ciudad ruge bajo la lluvia como una bestia domesticada. Dentro, el reloj marca las doce y cuarto, y la calma se impone.

—Sabes que esto te convierte oficialmente en el arquitecto menos racional de Manhattan, ¿verdad? —suelto, cruzándome de brazos, intentando recuperar un mínimo de ironía.

—Acepto el cargo —responde sin perder la compostura—, pero solo si puedo seguir trabajando en mi proyecto favorito.

—¿Y cuál es?

—Tú.

Al escucharlo, no sé si reír o llorar.

—Vas a tener que pasar muchas inspecciones.

—Me encantan las revisiones estructurales.

Su tono es tan serio que me obliga a reír. Después lo beso, y esta vez lo hago sin prisa ni torpeza ni miedo. Solo la certeza silenciosa de que las segundas oportunidades también pueden tener sabor a primera vez. Su boca tiene un calor que me derrite la respiración, y cuando nos separamos, la oficina parece más luminosa y viva.

Sobre la mesa, observo la maqueta, que brilla con las luces diminutas encendidas. Él me sigue la mirada.

—Quizá todas las casas puedan restaurarse —dice—, pero los corazones, también.

No sé si lo dice para mí o para convencerse a sí mismo, pero da igual. Porque es verdad y, por primera vez, no tengo ninguna necesidad de corregirlo.

La lluvia cae con fuerza a fuera. El cielo continúa gris y la ciudad sigue su curso, impaciente y viva, pero aquí dentro hay calor. No el de la calefacción ni el del café que ya está totalmente frío en la taza, sino ese calor que no se fabrica ni se finge: el que viene del cuerpo del otro, de la piel que reposa a un palmo de la tuya y del silencio compartido que no es tenso, sino cercano y acogedor.

Me acerco al ventanal y apoyo la mano en el cristal empañado. Él se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. En el reflejo, veo

nuestros cuerpos fundidos en un mismo contorno, como si el mundo por fin hubiera decidido dejar de separarnos. Afuera, la gente corre bajo los paraguas, ajena a todo. Dentro, nosotros respiramos al mismo ritmo.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sin apartar la vista de la calle.

—Ahora trabajamos.

—¿En qué proyecto?

—En nosotros. Es un trabajo a largo plazo.

—¿Con garantía?

—De por vida, pero solo si pasas las inspecciones.

Me giro despacio hacia él, fingiendo seriedad.

—Te advierto que soy muy exigente con los acabados.

—Eso lo sé desde la primera vez que te vi —responde, y su mirada baja, descarada, a mis labios —. Y no pienso subcontratar nada.

Le doy un golpe suave en el pecho, pero él atrapa mi mano antes de que pueda retirarla, besa despacio mis dedos, uno a uno, y me mira con esa mezcla imposible de ternura y deseo que siempre logra desarmarme. En algún punto entre su boca y mi risa, me doy cuenta de que ya no hay reglas, ni miedo, ni fingimiento entre nosotros, solo ganas de quedarme.

El reloj ahora marca las doce y media y la lluvia ha empezado a caer más despacio. La ciudad sigue latiendo al otro lado del cristal, pero por primera vez en mucho tiempo no me siento fuera de su ritmo. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su pecho. Noto que su respiración es un sonido constante y seguro, una especie de brújula que guía mis pasos. No es un final perfecto, sino uno real y eso, para mí, es infinitamente mejor.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto? —murmuro sin abrir los ojos.

—¿Qué?

—Que al final, lo de «solo por Acción de Gracias» era una mentira.

Él ríe, bajo, contra mi pelo.

—La mejor que has dicho nunca.

Nos quedamos así, riendo los dos, con esa sensación de paz que solo aparece cuando ya no hay deudas pendientes. Él me aparta un mechón de la cara y lo coloca detrás de mi oreja.

—Lucy…

—¿Sí?

—Gracias por no cerrar la puerta.

—Gracias por volver a tocarla.

La lluvia se convierte en llovizna y las luces de la ciudad se reflejan en el cristal, multiplicadas y temblando. En la mesa, la maqueta sigue encendida,

y el pequeño porche iluminado proyecta sobre la pared dos sombras diminutas bajo una manta. Las miro y sonrío.

El hogar no siempre es un lugar, a veces es un regreso y, otras, una persona. Mientras la ciudad sigue respirando afuera, yo cierro los ojos y pienso que quizá todas las casas puedan restaurarse y los corazones, también. Solo hace falta que alguien elija reconstruirte, no porque estés rota, sino porque cree que aún hay belleza bajo tus escombros.

Nota de la autora

Querida lectora:

Gracias por llegar hasta aquí y por dejarte llevar por esta historia en un momento en el que, quizá, necesitabas una chispa o simplemente un respiro.

Si esta historia te ha hecho sonreír, suspirar, pensar en alguien, o recordar algo que creías olvidado te pediría un favor:
cuéntalo.

Tu opinión en Amazon, Goodreads, o en tus redes sociales ayuda muchísimo a que la novela llegue a nuevas lectoras. Cada reseña, comentario y recomendación me ayuda más de lo que imaginas. Me permite seguir escribiendo, seguir creando personajes que se enamoran, se equivocan, tropiezan y vuelven a intentarlo.

Gracias por tu tiempo, por tu emoción y por elegir esta historia entre tantas.
Ojalá volvamos a encontrarnos en la próxima.

Con cariño,

Sarah Valentine

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Allie y George, te animo a que leas *Prohibido tocar al jefe*, la primera entrega de la Serie Jefes prohibidos, esta es su sinopsis:

Prohibido tocar al jefe

Una comedia romántica prohibida, adictiva y explosiva, con un jefe poderoso y una empleada que no se deja dominar

Todo iba bien… Hasta que el desconocido del baño resultó ser mi nuevo jefe.

El plan era sencillo:

1. Conseguir un puesto en Helvex International.
2. Demostrar que valgo para ese trabajo.
3. No llamar la atención.

Pero el destino es un cabrón con sentido del humor y en lugar de entrar por la puerta principal, empiezo mi primer día con un tampón en la mano… y **los ojos de un hombre que me desnuda con la mirada y sin tocarme** clavados en mí.

Él lleva **traje**.

Posee el **poder**.

Tiene una norma inamovible: **nada de liarse con empleadas.**

Yo solo tengo un contrato temporal, un pasado que no pienso contar y un problema: **Farrell Hartmann se está metiendo debajo de mi piel sin permiso.**

Y si crees que esto se va a quedar solo en cruces de miradas… es que no has estado en la misma sala que él.

Una oficina.

Un secreto.

Y un juego peligroso que no va a quedarse en el terreno profesional.

Una historia sexy, adictiva y prohibida que empieza con un accidente...Y termina donde menos te imaginas con un jefe poderoso y una chica que no se deja mandar.

Prohibido tocar al jefees la primera entrega de **Jefes prohibidos**, una serie escrita a cuatro manos por **Sarah Valentine y Rosie Promise**, dos autoras de **novela romántica contemporánea**, que han unido fuerzas para crear historias que te harán suspirar, reír y enamorarte (al menos, de sus historias).

***Tropos presentes en esta novela:**

Romance jefe-empleada
Enemies to lovers
Romance prohibido
Amor a fuego lento
Si la tocas, te mato.
Dirty talk
Hombre alfa con lado vulnerable
Protagonista femenina fuerte
Los opuestos se atraen
Relación secreta
Romance en la oficina
Tensión sexual no resuelta
Heridas emocionales del pasado
Él se enamora primero

Prohibido tocar al jefe

Prólogo

Maddie

El cubículo es estrecho, la taza brilla con un blanco nuclear y el mármol brillante de las paredes me devuelve mi reflejo con una fidelidad que no he pedido.

Estoy sentada con las bragas en los tobillos, el corazón a mil y una sensación pegajosa en la entrepierna, que confirma lo que ya sospechaba desde hace dos minutos: me ha venido la regla. Acabo de llegar a un edificio de oficinas de Manhattan, son las nueve cuarenta y cinco de la mañana y solo faltan quince minutos para que sea la hora de la entrevista de mi vida. Pero hoy no se me ha ocurrido nada mejor que ponerme una falda blanca y un tanga.

—Estupendo. Perfecto. Maravilloso —musito mientras contemplo el desastre sin saber qué hacer.

Ya sé que el sarcasmo no arregla nada, pero en este momento es lo único que me queda. Intento improvisar un tampón con papel higiénico, como si a estas alturas de la película los productos menstruales fueran un lujo exótico reservado a la nobleza. Doblo, enrollo, giro, empujo… y fracaso. El invento se humedece antes de que pueda levantarme del inodoro. Resoplo y siento cómo me tiembla el muslo derecho. Me recoloco como puedo. Mi falda es de lino, mi vida es una broma y mi útero ha decidido que hoy se presenta a la entrevista conmigo…

—¡Qué maravilla la biología de ser mujer! —maldigo entre dientes.

Mis pies no tocan bien el suelo, así que me apoyo en las puntas para no perder el equilibrio mientras intento asegurar un segundo intento de tampón artesanal. La presión en la vejiga se empieza a mezclar con la angustia que se me ha instalado detrás del esternón porque sé que estoy a punto de hacer el ridículo y no puedo hacer nada para evitarlo.

El móvil vibra en mi bolso, pero ni lo saco. Ya sé qué hora es: las nueve y cincuenta y cinco. Solo faltan cinco minutos para que empiece el principio del fin de mi breve, pero intensa, estancia en Helvex International.

Me levanto. Me limpio como puedo. Me quito el tanga —muerto por causas naturales— y lo meto en el bolsillo lateral del bolso. Sí, lo sé, pero no tengo otra opción. Solo me queda fingir que no estoy sangrando como si fuera la protagonista de un thriller gore.

Salgo del cubículo con los muslos apretados, el corazón disparado y la autoestima en números rojos y me miro al espejo.

Respiro hondo en un intento poco útil de tranquilizarme y me acerco para mirarme con detalle. Mi cara parece la de alguien que se ha peleado con su reflejo y ha perdido. Tengo un mechón rebelde enganchado en el pendiente, el maquillaje empieza a rendirse en la línea de la mandíbula y la blusa blanca tiene un botón abierto que no debería estarlo. Y, por si fuera poco, llevo ese sujetador sin aro de encaje barato que en cualquier otro contexto parecería inocente, pero que en este momento da la sensación de que he venido a flirtear con el comité de selección.

—Bravo, Maddie. Si no consigues el trabajo, al menos podrás decir que fuiste honesta. Vas a entrar manchada, nerviosa y con pinta de no haberte peinado desde la universidad. Autenticidad le llaman ahora, ¿no?

Me echo agua en las muñecas y me seco con movimientos torpes. Intento recolocarme la blusa sin mirar demasiado de cerca lo que se intuye por el escote. Salgo del baño sin respirar demasiado, con el paso rápido, el bolso apretado contra el costado y una mezcla de sangre y papel haciendo lo posible por no traicionarme.

El pasillo es largo, blanco, silencioso y lleno de puertas de cristal que me gritan que yo no pertenezco a este lugar.

Mis tacones hacen un ruido demasiado evidente sobre este suelo brillante, que parece un espejo. Intento caminar con elegancia, pero cada paso que doy me recuerda que llevo una compresa improvisada hecha con papel higiénico de baño público. Genial.

Cuando más agobiada estoy, levanto la mirada y veo un Adonis, que me corta la respiración. Está de pie al fondo del pasillo, inmóvil junto a uno de los ascensores y con la mirada clavada en mí. Lleva un traje oscuro que se adapta perfectamente a su anatomía, y una camisa abierta sin corbata y una mirada que me atraviesa como una corriente de aire frío.

No se mueve ni pestañea, solo me mira. Como si me conociera.

Paso junto a él sin detenerme y sin devolverle la mirada. Solo noto cómo su atención se clava en mí desde la raíz de mi pelo hasta las puntas de mis pies.

—Lo que me faltaba —murmuro por lo bajo, sin abrir la boca del todo—. Un ejecutivo, que parece sacado de un catálogo de hombres perfectos, analizándome como si le debiera dinero.

Acelero el paso y mantengo la barbilla alta, las piernas juntas, mientras agarro mi bolso con firmeza. El papel higiénico me roza en el interior de los muslos y rezo para que no se mueva. Me cruzo con una mujer en traje fucsia que me lanza una mirada rápida e intento sonreírle, aunque no me sale.

La puerta de la sala de entrevistas está a unos metros. Así que continúo haciendo resonar mis tacones sin girarme para comprobar si el doble de Henry Cavill sigue mirándome, pero sé que lo está haciendo, lo noto.

Me recoloco el botón de la blusa al llegar a la puerta e inspiro. Me limpio las manos, aunque no hace falta, pero es un gesto reflejo. Como si eso borrara la torpeza, el miedo y la angustia de no estar a la altura, que me dominan ahora mismo.

—Vale. Puedes hacerlo. Has hecho cosas peores. Has bailado delante de tu ex y su nueva novia en una boda sin haber ingerido ni un mililitro de alcohol. Has trabajado sirviendo copas a tipos que pensaban que una sonrisa era una invitación para meterse en tu cama. Has sobrevivido a vivir con Wendy. Esto es solo… una entrevista en una empresa real, en un edificio real y con gente real, que no sabe que llevas las bragas en el bolso —me digo en silencio y coloco la mano sobre el pomo, empujo la puerta y entro.

La puerta pesa más de lo que esperaba y me cuesta un segundo empujarla y, para colmo, rozo con el bolso el marco cromado al entrar. Suena un pequeño golpe hueco, sutil, pero suficiente para que la mujer que está sentada al otro lado de la mesa levante la vista con un gesto que me recuerda al del portero de una discoteca cuando pretendes entrar con zapatillas deportivas.

Siento el sudor pegado al nacimiento de mi pelo, justo donde empieza a ondularse hacia la sien. Noto cómo me cae una gota por el canalillo y me acuerdo de que el botón que se me ha abierto no es precisamente el más discreto. Intento recolocarlo de camino a la silla sin parecer que me estoy tocando el escote, pero fracaso. Otra vez.

—Hola. Soy Maddie. Y sí, soy consciente de que mi blusa lleva un botón mal abrochado, pero eso significa que al menos me he vestido sola.

¿He dicho eso en voz alta? Sí. Sí lo he hecho.

La mujer ni sonríe ni se inmuta, solo parpadea. Tiene el pelo rubio planchado con precisión, una americana beige sin una arruga, y un bolígrafo dorado que gira entre los dedos como si estuviera decidiendo si usarlo para tomar nota o para matarme.

—Lo decía como broma… —añado, mientras me siento en la silla de diseño que, por alguna razón, tiene el asiento demasiado alto. Mis pies no tocan el suelo del todo y eso me obliga a inclinarme hacia delante.

—Madeline Carter —dice, leyendo mi nombre en el portafolio—. Interesante perfil. Gracias por venir.

Sonrío con una sonrisa tensa, que solo utilizo en los funerales y en los cumpleaños de mi ex. Me seco las palmas disimuladamente en la falda, que de forma milagrosa continúa blanca.

—Gracias a usted por recibirme. Me hace muchísima ilusión esta entrevista. Muchísima. Una ilusión tremenda.

En este momento, me encantaría borrarme la boca con una goma de borrar y dejar de hablar de manera tan atropellada.

Ella asiente sin emoción, consulta algo en la pantalla del portátil y pulsa dos teclas con la seguridad de quien domina un ejército. Yo intento parecer profesional, lo cual es difícil si tienes un papel húmedo entre las piernas, porque tengo la sensación de que se me transparenta la ansiedad por las pupilas.

—¿Por qué quieres trabajar en Helvex International?

La pregunta no es una sorpresa para mí, aunque lo que sí me sorprende es el apagón mental que me sobreviene justo después.

«Porque necesito el dinero. Porque no tengo plan B. Porque he enviado más de ochenta currículums esta semana y solo me han respondido aquí. Porque quiero dejar de vivir con Wendy y su gato depresivo que se mea en mis zapatos», me digo dentro de mi cabeza en apenas un nanosegundo.

—Porque me atrae la solidez de la empresa —acierto finalmente a decir, intentando mantener la voz firme—. Y el proyecto de

inversión en mercados emergentes me parece valiente y muy interesante.

—¿A qué proyecto te refieres exactamente?

Abro la boca y no sale nada, porque no tengo ni idea. Lo leí por encima ayer mientras devoraba un paquete de galletas sin gluten que me provocó gases, pero ahora no recuerdo ni el título del artículo, ni el mercado, ni la parte emergente.

—El… —hago una pausa mientras ella me observa—. El que se está desarrollando en paralelo al área de fusiones y adquisiciones.

—¿Desde desarrollo corporativo o desde estructuración?

Mierda.

—Desde… estructuración. Claro.

Toma nota. Una línea. Nada más. Pero lo hace con la punta de los labios apretada, como si acabara de detectar una bacteria en la superficie del café.

A mí se me seca la boca y busco con la mirada una botella de agua, un vaso, algo... Pero no encuentro nada. El único líquido al que tengo acceso ahora mismo es mi propio sudor y la humedad interna de mi invento de tampón casero.

—He estado revisando vuestros informes trimestrales —añado, intentando tomar el control—. Y me ha parecido especialmente interesante la evolución del departamento de… de consolidación.

—¿No querrás decir *compliance*?

—Eso. Sí. Eso es lo que quería decir.

Me lanza una mirada tan neutra que me duele.

—¿Tienes experiencia previa en entornos financieros exigentes?

—Sí —respondo con una sonrisa absurda que no me ayuda en absoluto—. Bueno, he trabajado en entornos con jefes muy exigentes, aunque no sé si eso cuenta como financiero o como supervivencia.

No se ríe, ni se inmuta. Solo pestañea otra vez y empiezo a pensar que lo hace con metrónomo.

—El café de la sala de espera… —digo, buscando un terreno firme en medio del naufragio— tiene ese sabor inconfundible a desesperación con posos. Muy auténtico.

Anota algo o dibuja mi tumba. No lo sé.

Noto que algo en mi entrepierna empieza a picarme. El papel se ha arrugado y me roza la piel en ángulo recto. Genial.

—¿Cómo encajarías dentro de un equipo con estructuras jerárquicas muy marcadas?

Podría mentir y decir que soy sumisa, eficiente y que adoro recibir órdenes sin rechistar. Pero no. Me puede el genio. El mismo genio que me arrastró a teñirme de pelirroja en plena ruptura amorosa y que, poco después, me hizo tatuarme una palabra en francés sin saber francés.

—Bueno… —respondo con la mejor voz neutra que consigo—. Creo que las estructuras jerárquicas son necesarias, por supuesto. Aunque a veces pecan de rigidez. Pero claro, eso también forma parte del proceso, ¿no? Aguantar, adaptarse y fingir que tienes iniciativa mientras sigues un protocolo de hace veinte años.

Silencio. Otra vez. La entrevistadora entrecierra los ojos un milímetro y me mira.

—Interesante.

No suena a cumplido, más bien suena a algo que no es nada bueno.

Respiro hondo y me recoloco sobre la silla. Noto cómo el papel higiénico se ha movido. No mucho, pero lo justo para recordarme que mi dignidad cuelga ahora mismo de un invento higiénico con vocación suicida.

—Gracias por tu tiempo, Maddie. Ya te contactaremos.

—Gracias a ti. Ha sido un placer. De verdad. Gracias. Muchísimas gracias.

Demasiadas gracias, lo sé. Recojo mis cosas y me limito a caminar hacia la puerta sin girarme, sin pestañear y, por suerte, también sin llorar.

Cruzo el pasillo como si acabara de sobrevivir a una operación sin anestesia y, al fin, llego frente al ascensor. Pulso el botón y espero. Me arde el cuello y me escuecen los ojos, pero trato de mantenerme impasible. El ascensor tarda una eternidad, pero cuando las puertas metálicas se abren frente a mí, me meto dentro con dos tipos trajeados que no me miran.

Mientras el cubículo metálico desciende, lo tengo claro: la he cagado de forma literal, figurada, hormonal y profesional. Lo único que me falta es que me atropelle un taxi y pierda el tampón improvisado en medio de la Quinta Avenida.

Perfecto. Manhattan, querida. Una ciudad de oportunidades o de oportunidades que se escapan por culpa de un botón mal abrochado y una regla traicionera.

Hay una pelusa del tamaño de una galleta aplastada en la esquina del salón, aunque no me molesto en moverme para recogerla. Me limito a observarla desde el sofá con el mismo nivel de energía que un ficus mustio.

Llevo el pijama de cuadros rojos y una camiseta gris dos tallas más grande con un agujero cerca del cuello. El pelo lo tengo recogido en un moño caótico, y la taza de café que sostengo lleva fría más de una hora.

En la pantalla del portátil, otro correo con un asunto demoledor: «Gracias por tu interés, pero…».

—Otro día, otro rechazo y otra ronda de ansiedad —murmuro en dirección al vacío.

La puerta del baño se abre de golpe y Wendy sale con un albornoz naranja abierto hasta medio muslo y una toalla enrollada en la cabeza. Lleva pestañas postizas, una mascarilla brillante de color violeta y su típica expresión que es una mezcla entre optimismo ciego y un desprecio absoluto por el concepto de crisis existencial.

—¿Te has vuelto a apuntar a alertas de empleo que requieren experiencia en IA y alemán a nivel técnico?

—No —respondo con desánimo—. Esta vez era para asistente de dirección en una clínica veterinaria. He dicho que amo los animales, aunque no he especificado que me dan urticaria los gatos. No lo considero una mentira, solo… diplomacia.

Ella entra en la cocina y poco después oigo el pitido del microondas y un armario que se cierra con violencia pasiva. Mientras espero a que mi amiga regrese, mi móvil vibra en el cojín. Lo ignoro,

porque seguro que es publicidad o mi amiga Rachel, que sigue insistiendo en que vuelva a su piso para recoger una fiambrera que dejé allí lleno de arroz blanco. Lleva tres semanas diciéndome que ese arroz está arruinando la energía de su nevera.

Vibra otra vez.

—Maddie, cariño —grita Wendy desde la cocina—. ¿No vas a responder?

—Ya he tenido suficientes decepciones por hoy.

—¿Y si es un hombre misterioso que quiere proponerte un trío emocional con problemas de compromiso incluidos?

—Entonces menos aún.

Tercer zumbido. Al final, respiro hondo y miro la pantalla de mi teléfono. Es un número desconocido, así que lanzo un bufido y deslizo el dedo con desgana.

—¿Sí?

—¿Madeline Carter?

—¿Eh… sí?

—La llamo de Helvex International. Soy Lauren, del departamento de Recursos Humanos.

Me incorporo tan rápido que el café me cae por el borde de la taza y me moja el muslo.

—¡Ah! Sí, claro, Helvex. Buenas… ¿horas? ¿Días? Perdón, no he dormido mucho.

—No se preocupe —responde con tono impecable—. La razón de mi llamada es comunicarle que ha sido seleccionada para el puesto. La incorporación sería el lunes que viene.

Silencio. No porque ella no hable, sino porque tengo la sensación de que me he quedado sin sistema operativo.

—¿Perdón?

—Ha sido seleccionada. Para el puesto de asistente ejecutiva. Hemos decidido apostar por su perfil.

—¿Yo?

—Sí, Madeline. Usted.

—¿Contratada?

—Eso he dicho.

—¿Ha habido una pandemia nueva que afecta al juicio de Recursos Humanos?

Ella ríe suavemente. Es esa risa elegante de gente que desayuna con platos de cerámica que hacen juego con la vajilla.

—Entendemos que quizá no fuera su mejor entrevista, pero el director general se ha fijado en usted y nos ha pedido expresamente que avancemos.

—¿El director general?

—Así es. Farrell Hartmann. Empezará reportándole a una de nuestras coordinadoras internas, pero su perfil ha llamado su atención. Le enviaremos los detalles por correo.

—Sí. Sí, claro. Perfecto. Gracias. Gracias.

—Nos vemos el lunes, Maddie.

Cuelgo y me quedo con el móvil en la mano, la mirada en el suelo y el muslo manchado de café frío. Wendy entra justo en ese momento con un bol de cereales y me mira como si acabara de descubrir que he heredado una isla en Grecia.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy contratada.

—¿Perdón?

—Contratada. En Helvex. El sitio donde confundí dos departamentos, donde insulté el café y hablé mal de las jerarquías. Me han dado el trabajo.

Wendy se sienta a mi lado y me da un codazo.

—¿Pero tú hiciste brujería sin mí o qué?

—Lo único que hice fue sangrar como en una escena eliminada de «Carrie» y contar chistes malos. No entiendo nada —le respondo incrédula mientras no dejo de negar con la cabeza.

—Pues no lo cuestiones. Acepta el milagro. Lávate el pelo y ve preparando tu look de «me importan los gráficos de crecimiento» —me contesta guiñándome un ojo antes de meterse una enorme cucharada de cereales con leche en la boca.

Miro mi reflejo en la pantalla del portátil y me veo con la cara descompuesta, el moño torcido, la camiseta medio empapada de café… y sonrío.

—Claro. Cómo no iban a contratarme. ¿Quién no querría a una chica que confunde salas, sangra por sorpresa y llama al café «pis de burócrata»? Me voy a comer el mundo, aunque sea a bocados pequeños y torpes.

El lunes por la mañana el ascensor huele a ambientador de menta y a miedo, mi miedo. Hoy llevo con un traje de chaqueta y falda negro y una blusa de seda color marfil, que me hace parecer más segura de lo que soy, y unos tacones que, aunque no son cómodos, sí son estables. El pelo lo llevo suelto y secado al aire, por lo que está ligeramente ondulado. Me he puesto corrector bajo los ojos, un toque de iluminador y máscara de pestañas *waterproof*, por si la ansiedad se manifiesta en forma líquida.

La recepcionista me recibe con una sonrisa exacta. Ni cálida ni distante, sino lo justo para ser profesional. Me indica que me siente un momento mientras localizan a alguien del equipo de coordinación. Así que, me siento en uno de los sillones blancos como si me hubiera graduado en ergonomía: espalda recta, piernas juntas y el bolso sobre el regazo. Hoy me he prometido no cagarla. Al menos, no en la primera hora del primer día del primer trabajo serio desde… desde nunca.

Abro el bolso para comprobar que llevo todo. Bolígrafo, cuaderno, documentación, compresas de emergencia, perfume de bolsillo y chicles. Todo bajo control. Lanzo un hondo suspiro y en ese instante veo cómo la puerta principal se abre con un sonido sordo.

Oigo el ritmo distinto de unos zapatos contra el suelo. Levanto la mirada y en ese instante veo al mismo hombre que vi en el pasillo el día de la entrevista, sí, el doble de Henry Cavill, que lleva un traje oscuro y una camisa blanca sin corbata, que camina hacia los ascensores sin mirarme. Aunque no hace falta que lo haga, porque yo ya sé que es el mismo hombre que me miró como si supiera que estaba sangrando y aun así no apartó los ojos: Farrell Hartmann.

Capítulo 1
Farrell

Nueva York no me da la bienvenida, me lanza una mirada por encima del hombro, como si yo fuera otro más que viene a pedirle algo. El cielo está limpio, sí, pero no transmite paz, porque parece que esté conteniendo algo que está a punto de estallar. Desde lejos, las calles parecen impecables, brillantes incluso, pero en cuanto bajas del bordillo y pisas el asfalto, lo entiendes todo: esta ciudad no es amable, al contrario, es rápida, exigente y agresiva. Te escanea, te mide y, si parpadeas en el momento equivocado, te engulle sin remordimientos.

Camino hacia el edificio de Helvex International con el abrigo cerrado hasta el cuello, sin prisa pero con la clase de ritmo que anticipa que no vengo a socializar, ni a preguntar por el tiempo, ni mucho menos a sonreír a nadie que no lo merezca, y aunque los zapatos pulidos que llevo no hacen demasiado ruido sobre el mármol de la entrada, noto que cada paso retumba dentro de mi propia cabeza como si mi cuerpo ya supiera que este no es un simple lunes más, sino el comienzo de algo que todavía no sé si debo interpretar como un castigo, una provocación o una prueba.

El portero, un hombre mayor de traje impecable y espalda encorvada de tantos años fingiendo neutralidad ante ejecutivos con aires de emperadores, me abre la puerta con la reverencia automática de quien ya ha visto desfilar demasiadas versiones de lo mismo, y aunque me saluda con un correcto «Buenos días, señor Hartmann», no me detengo ni un instante a devolverle el gesto, porque en este tipo de escenarios cada palabra innecesaria es una grieta, y yo no trabajo con grietas, sino con estructuras que soportan el peso sin crujir.

El *hall* sigue siendo igual de artificialmente perfecto que la última vez que estuve aquí: columnas pulidas, techos demasiado altos que intentan hacerte sentir insignificante, y un olor a menta industrial que no logra disimular del todo la ansiedad flotante que desprenden los que entran en este edificio sin saber si saldrán con empleo o con una despedida sutil disfrazada de reestructuración.

Cruzo el espacio central sin detenerme, sin desviar la mirada y sin dar margen a que nadie me intercepte, y al llegar al ascensor privado, el que solo usan los socios, alzo la mano con naturalidad

para pulsar el botón sin que me tiemble el pulso, ni mostrar ni un atisbo de impaciencia, porque la puntualidad no es un acto de cortesía para mí, sino un reflejo exacto del nivel de control que espero mantener en todo momento. Cuando las puertas se abren y entro en la cabina metálica de paredes cubiertas de espejo, me observo fugazmente en la superficie cromada y lo que devuelven esos reflejos es lo que llevo años construyendo con precisión: un hombre que nunca se disculpa, que no sonríe por protocolo y que ha aprendido a medir cada reacción con la misma frialdad con la que un cirujano elige el momento exacto para abrir una arteria.

Mi mandíbula marcada, el rostro ligeramente hundido por una noche sin descanso —aunque eso ya no significa nada, porque el insomnio hace tiempo que dejó de ser un problema para mí y se convirtió en mi rutina— y el traje perfectamente entallado, que me recuerda que aquí nadie va a salvarme si fracaso, ni siquiera el apellido que llevo como una sombra a medida y que mi padre insiste en utilizar como argumento cada vez que quiere atarme a su idea de imperio familiar.

—Nueva ciudad, mismo circo —murmuro sin intención de que nadie escuche, y menos aún de que alguien crea que esa frase implica algún tipo de debilidad por mi parte. Aunque realmente no es debilidad, sino lucidez.

La sede de Helvex International de Nueva York lleva dos años encadenando informes rojos, movimientos torpes, decisiones absurdas y pérdidas encubiertas que nadie quiere asumir, y si estoy aquí es porque mi padre prefiere enviarme como ejecutor silencioso antes que reconocer que su propia empresa ha perdido el control en el único lugar donde los tiburones nadan más rápido que el capital.

La puerta del piso ejecutivo se abre con un zumbido grave, que se me clava en la nuca como una advertencia: este es tu territorio, pero no lo olvides, Farrell, también es tu campo de minas. No espero a que nadie me reciba. Camino por el pasillo alfombrado hasta el despacho del fondo, sin mirar a los lados, sin detenerme ante los puestos aún vacíos y sin prestar atención a la moqueta beige que amortigua el sonido de mis pasos como si el silencio fuera la única constante en mi vida.

Abro la puerta de mi nueva oficina y la sensación que tengo al entrar es la misma que en cada ciudad nueva: funcionalidad, geometría limpia, paredes que no cuentan nada y cristaleras que dejan ver una vista que jamás he observado con detenimiento, porque para mí no hay diferencia entre el skyline de Hong Kong o el de Nueva York si al final lo único que importa son las cifras que esperan en la bandeja del correo.

Dejo mi abrigo sobre la silla de cuero con la precisión de un gesto repetido cientos de veces. Me siento y abro el primer informe cuando escucho el leve sonido de una puerta abriéndose al otro lado del pasillo, justo fuera de este despacho. Me detengo, pero no alzo la cabeza, solo espero.

Tacones. Tres pasos rápidos. Una pausa. Un cruce de palabras breves entre dos voces femeninas. Una conocida —la recepcionista que lleva años aquí y que es eficaz pero invisible— y otra nueva, que aún no ha aprendido a disimular el nerviosismo bajo una capa de profesionalidad templada.

Me acerco al ventanal de cristal opaco que da al pasillo, justo lo necesario para no ser visto, para poder mirar sin ser detectado, y entonces veo a la mujer del pasillo. Aquella con la que me crucé hace unos días sin saber quién era. Recuerdo que llevaba el pelo alborotado, un sujetador, que quedaba medio a la vista, y la expresión como si acabase de sobrevivir a una catástrofe sin perder la dignidad por completo. Ahora, en cambio, está sentada en uno de los sillones blancos del vestíbulo ejecutivo, con las piernas cruzadas, el bolso apretado sobre el regazo y el rostro tan concentrado, que parece que está repasando todas las posibles meteduras de pata que podría cometer en los próximos treinta segundos.

Su nombre se clava en mi memoria con la misma facilidad con la que otras se me escapan sin dejar huella: Madeline Carter. Currículum modesto, experiencia errática, un estilo verbal que no encaja con este entorno, pero con algo, quizá un gesto, una frase o una grieta en su discurso, que me obligó a fijarme en ella más allá de lo racional.

Yo no debería haber intervenido en su contratación, porque no era necesario ni prudente, pero cuando terminé de leer la

transcripción de su entrevista, hubo algo en su caos y en su irreverencia tan involuntaria, que me pareció demasiado auténtico como para dejarlo pasar sin explorar.

Y ahora está sentada a quince metros de mi despacho. Sin saber quién soy, ni imaginar que la decisión de que hoy esté aquí como nueva empleada no la tomó Recursos Humanos, ni la responsable del área de apoyo ejecutivo, sino yo. El mismo al que no miró y quién no ha podido olvidar su manera de caminar con la ropa torcida, ni la forma en que se mordía el labio mientras intentaba fingir que no se estaba derrumbando por dentro.

Y por alguna razón que todavía no alcanzo a explicar, algo en mi estómago, ese músculo que no suelo escuchar porque los datos son siempre más fiables que cualquier instinto, se contrae como si supiera que he metido a la variable más imprevisible en el centro mismo del sistema, que tanto me esfuerzo en mantener bajo control.

La sala de juntas es pequeña, pero no claustrofóbica. El aire huele a limpio, un olor que solo se nota cuando los despachos aún no han sido invadidos por las voces ni las tensiones del día. Hay una pantalla apagada en la pared del fondo, una mesa rectangular de madera, un dispensador de agua y dos sillas enfrentadas, una de las cuales ya está ocupada por Harriet, que ha llegado antes que yo, algo que me irrita, aunque también lo interpreto como un intento de impresionar, de marcar territorio desde el minuto uno, de posicionarse en el terreno que yo acabo de pisar como si ella no tuviera claro que lo que está en juego aquí no es una negociación, sino una limpieza.

Lleva el pelo recogido en un moño tirante, el traje le queda demasiado rígido, como si todavía no supiera en qué bando le conviene estar, y los labios pintados en un tono rojo oscuro, que no pega con el discurso de contención que estoy seguro de que va a utilizar cuando llegue el momento de justificar por qué este edificio lleva dos años acumulando informes mediocres sin que nadie haya hecho nada más que ocultarlos.

—Señor Hartmann —me saluda al ponerse de pie.

—Harriet —respondo mientras me siento y enciendo la tablet, sin mirarla directamente, ni permitirle marcar el ritmo de nada.

Ella toma asiento de nuevo y teclea algo en su portátil con dedos demasiado rápidos para mi gusto. Me recuerda a esas personas que creen que la velocidad puede compensar la falta de criterio.

—He preparado un resumen del personal actual, incluidos los informes de desempeño del último año y los historiales de rotación. Encontrará también las proyecciones de RRHH para el primer trimestre y una nota con mis propias recomendaciones.

No le contesto todavía. Me limito a deslizar el dedo por la pantalla de la tablet y comienzo a leer. Las fichas aparecen en orden alfabético con nombres que no me dicen nada, puestos que me suenan a humo y departamentos que se han ido inflando con personal innecesario que ocupa sillas, consume recursos y no produce absolutamente nada útil.

Voy marcando en rojo los perfiles que sobran. No me tiembla el pulso cuando tacho con trazo firme a quienes llevan años vegetando a la sombra de presupuestos que nadie fiscaliza. Algunos han acumulado más bajas médicas que entregas de proyectos, mientras que otros, simplemente, no deberían haber sido contratados jamás.

—¿Qué hay del historial de conflictos? —le pregunto sin apartar la vista de la pantalla—. Necesito saber quién ha hecho ruido, aunque no conste en informes oficiales.

Harriet duda una fracción de segundo. Suficiente para que levante los ojos y la observe con la atención que reservo para los movimientos importantes en una partida que aún no se ha desplegado del todo.

—Hay varios casos menores, nada relevante. Tensiones puntuales. Comentarios sobre clima laboral en el área de operaciones, pero sin consecuencias formales —me cuenta encogiéndose de hombros y sin atreverse a mirarme directamente a los ojos.

—Eso es irrelevante. La pregunta no es si hay ruido, sino quién lo genera. ¿Y quién vale la pena que continúe en Helvex International y quién debe largarse de aquí?

Harriet alza una ceja, como si no esperara que se lo preguntara así, sin rodeos ni paños calientes.

—Hay perfiles sólidos, técnicamente correctos y algunos con trayectoria internacional.

—¿Y qué me dices de las nuevas incorporaciones? —le pregunto clavando mi mirada en ella, aunque sigue sin atreverse a mirarme.

—Bien, en las últimas semanas solo se ha incorporado una persona.

—¿Nombre?

—Madeline Carter. Aunque se hace llamar Maddie.

El golpe es seco e invisible, pero está ahí. Ella pulsa una tecla y la pantalla del fondo se enciende con una imagen nítida. Una fotografía de perfil en la que la veo con el pelo recogido, expresión neutra y el mismo tipo de gesto que se le escapa a alguien que no sabe cómo posar para una cámara corporativa, pero intenta parecer seria sin perder humanidad.

La reconozco, pero no por la fotografía, sino por lo que veo en ella. Por cómo recuerdo su rostro, su cuerpo cruzando aquel pasillo como si estuviera huyendo de algo invisible que se le escapaba por las piernas y por los ojos. Por el botón mal abrochado de aquella blusa, por el calor que dejó tras de sí cuando pasó tan cerca que el perfume que llevaba me persiguió hasta el ascensor.

—Ah. Ella.

No lo digo en voz alta. Solo lo pienso mientras mi mandíbula se tensa apenas un milímetro. No comento nada, ni dejo que se me note el cambio de respiración, ni el modo en que mis pupilas se han fijado en la imagen con una atención que no se corresponde con la importancia objetiva del asunto.

—Perfecto —murmuro mientras paso al siguiente nombre.

Pero algo se ha activado dentro de mí. No sé si es irritación, curiosidad o esa peligrosa mezcla entre interés y peligro que se manifiesta cuando una variable se introduce en tu sistema sin que la hayas autorizado del todo.

Cierro la tablet y me incorporo.

—Eso es todo por ahora, Harriet. Quiero verlos en acción antes de seguir leyendo informes. Convoca una reunión general en media

hora en la sala de juntas principal.

Ella asiente sin atreverse a preguntarme ni a rebatirme nada. Solo guarda sus cosas con la rapidez de quien ha entendido que este no es un terreno para negociar simpatías.

La sala principal está orientada hacia el oeste y, aunque las cristaleras ocupan toda la pared, no he pedido cortinas ni vinilos protectores, porque me interesa que los asistentes se sientan expuestos. Quiero ver cómo reaccionan cuando no hay sombras bajo las que esconderse.

Las mesas están dispuestas en forma de U y a su alrededor hay diecinueve empleados sentados, algunos de brazos cruzados, otros con tabletas abiertas y uno tomando notas como si de ello dependiera su hipoteca. Entro sin anunciarme, sin saludar y sin una sonrisa en los labios. Me sitúo en el centro del semicírculo que forman, sin sentarme, y dejo que mi presencia hable primero antes que cualquier palabra.

—No he venido a observaros —empiezo, con voz firme, sin elevarla, pero tampoco suavizarla—. He venido a decidir quién merece continuar en esta sala y quién no aporta lo suficiente como para seguir ocupando un puesto en una empresa que ha tolerado demasiadas ineficiencias durante demasiado tiempo.

Nadie se mueve ni respira más fuerte de la cuenta.

—No me interesa la corrección, ni vuestras sonrisas de bienvenida. Estoy aquí para evaluar vuestra utilidad. No en función de lo que hicisteis antes, sino de lo que estáis dispuestos a hacer a partir de ahora.

Una mujer en la esquina baja la mirada hacia su tablet, un hombre al otro lado se cruza de brazos con gesto tenso y alguien carraspea en el fondo.

—Este equipo no está aquí para sobrevivir sino para destacar. El que no esté preparado para exigirse, puede levantarse ahora mismo y salir por esa puerta. No haré preguntas, ni retendré a nadie.

Por supuesto, nadie se levanta.

Me permito una pausa breve y, justo en este momento, cuando ya pensaba acabar la intervención con una frase de cierre y dar paso a las preguntas de cortesía que no pienso responder, la puerta se abre y entra Maddie. Sin saber dónde se está metiendo, ni que su sola presencia ya ha reconfigurado el equilibrio de esta sala, ni que acabo de mirarla con una intensidad que no está permitida en este contexto, pero que no pienso disimular.

Ella entra deprisa, sin disimular el jadeo de quien ha corrido escaleras arriba sin mirar atrás, con el pelo alborotado y un mechón pegado a la frente, los labios entreabiertos, las mejillas encendidas y esa expresión tan propia de alguien que llega tarde y sabe que ya no tiene forma humana de disimularlo.

Lleva el móvil en la mano como si acabara de colgar una llamada o como si todavía estuviera buscando cobertura y, apenas cruza el umbral, tropieza con el marco de la puerta, se le cae una carpeta al suelo y al agacharse para recogerla, golpea la silla más cercana con la rodilla y se le escapa una maldición, que no llega a pronunciarse del todo pero que le tiembla en la boca. Y aunque todo ocurre en apenas unos segundos, tengo tiempo de fijarme en lo que nadie más parece ver, o lo que quizá todos ven pero disimulan por miedo a que yo les mire, porque su blusa, además de estar arrugada por el abrigo, que seguramente ha dejado tirado en alguna parte, insinúa un escote más generoso de lo que permite el código interno de Helvex International, la falda que lleva está torcida hacia un lado como si se la hubiera puesto deprisa y el tejido delgado deja entrever la línea del muslo cuando se sienta de golpe, con las piernas mal cruzadas, el cuerpo aún acelerado y ese olor que no debería notarse a tanta distancia pero que me alcanza, como un susurro cítrico mezclado con champú caro y humedad de lluvia.

La reconozco, por supuesto que la reconozco. La chica del pasillo. La del sujetador. La misma que ahora se sienta dos filas más abajo, que respira como si aún no hubiera encontrado el ritmo adecuado, que saca un bolígrafo del bolso con una mano temblorosa, que levanta la cabeza y me lanza una sonrisa cargada de todo lo que no debería estar pasando en una sala de reuniones un lunes a las nueve y cinco de la mañana.

No le devuelvo la sonrisa, ni una palabra, ni un gesto. Solo esa fracción mínima de segundo en la que mis ojos se detienen en su boca y pienso que alguien debería regular ese tipo de labios en entornos laborales, porque no se puede ir por la vida con ese descaro natural sin provocar consecuencias. Tiene una forma de sentarse que no responde a las normas, una forma de colocarse el pelo detrás de la oreja que no es inocente, una forma de equivocarse que parece ensayada, pero no lo es. Es puro caos vestido de oficina y ahora es empleada de Helvex International.

Perfecto.

Mientras retomo mi discurso y el silencio que se ha impuesto otra vez como única norma entre los asistentes, intento convencerme de que no la estoy mirando, de que no me interesa, de que no me afecta, de que todo esto es solo una casualidad sin importancia, una anécdota incómoda que olvidaré en cuanto salga por esa puerta y me encierre en el despacho con Harriet y su listado de nombres inservibles. Pero entonces ella se cruza de piernas y el movimiento es tan desacompasado, tan lleno de vida y torpeza, que el borde de la falda se le sube unos centímetros más de la cuenta y el ángulo de mi visión lo abarca todo sin necesidad de mover el cuello. Joder. Trago saliva y aparto la vista con la rapidez de quien teme traicionarse, vuelvo a fijar los ojos en el informe de pérdidas que estoy usando como cortina y me repito una y otra vez que no he venido a esto, que no he aceptado este traslado para terminar obsesionado con una chica que ni siquiera sabe llegar a tiempo a una reunión, que lleva el sujetador más visible del maldito hemisferio norte y que ni siquiera es consciente de que su presencia interfiere con cada una de las decisiones que intento tomar desde que ha entrado por esa puerta.

Ella garabatea algo en su cuaderno. Mira a su compañera de al lado y se ríe. Y esa risa, baja, medio contenida, casi muda, tiene el mal gusto de quedarse flotando en mi oído como una vibración que no debería doler pero lo hace.

No. Ni de coña. No empieces con esta mierda, Farrell.

Respiro hondo, cuento los segundos que faltan para terminar la reunión, lanzo los últimos mensajes con precisión y cuando por fin

se produce el murmullo colectivo que indica que el resto de los asistentes han entendido que pueden levantarse, me adelanto al movimiento general, recojo la carpeta con mis notas, la tablet sin mirar a nadie y camino hasta la puerta sin darle a ella ni medio segundo más de atención o eso creo. Porque justo antes de salir, justo cuando ya tengo la mano en el pomo, giro la cabeza sin saber muy bien por qué, me la encuentro otra vez, riendo por algo que le ha dicho su compañera, con el cuerpo echado hacia delante, la mano en el muslo y el mechón aún sin recoger del todo. Y me detengo, no más de un segundo, pero solo lo justo para saber que esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

Capítulo 2
Maddie

Empiezo a sospechar que mi oficina tiene micrófonos ocultos o cámaras camufladas en algún objeto decorativo absurdo, como ese cactus en miniatura que alguien decidió que quedaría muy mono justo al lado del ordenador. O quizá el problema no sea la decoración, ni el aire acondicionado, ni siquiera el murmullo insistente de los teléfonos de atención al cliente. Puede que lo que me tenga atrapada sea algo mucho más simple y mucho más devastador: Farrell Hartmann.

Según me han contado, desde que ha puesto un pie en Helvex International, el ambiente ha cambiado. Ya nadie respira con normalidad, ni se permite un gesto relajado, ni una risa a media voz, ni una frase dicha sin medir hasta la última sílaba. Él no grita, ni amenaza, porque no necesita hacerlo. Le basta con cruzar el pasillo con su andar decidido y ese cuerpo que parece esculpido para llevar trajes oscuros sin corbata y con cada paso suyo, las paredes se tensan, los relojes giran más rápido, los errores se multiplican, aunque yo me he pasado toda la mañana fingiendo que no me afecta, ni me pasa absolutamente nada cuando aparece de repente por detrás del biombo de cristal que separa su zona de dirección de la mía, y me mira como si supiera exactamente qué tipo de pensamientos estoy intentando evitar.

—¿Carter? —me ha dicho esta mañana, sin subir apenas el volumen, pero con una voz grave y pausada que se cuela por cada poro de mi piel—. ¿Tienes los informes de cuentas pendientes?

He asentido y le he tendido los papeles sin mirarlo. Me ha rozado la mano y sé que no ha sido por accidente, porque el roce ha sido demasiado lento y consciente. Sé que no ha sido por accidente porque, después de eso, ha desaparecido como si no hubiera pasado nada, mientras yo me he quedado en la silla con las piernas cruzadas de cualquier forma, intentando no gritarle al universo por traerme al jefe más insoportablemente atractivo del planeta justo cuando empezaba a rehacer mi vida con cierta dignidad.

Farrell Hartmann no sonríe, ni pestañea, ni da las gracias. Solo se limita a dar órdenes. Instrucciones precisas, breves y sin adornos. Hace preguntas directas y espera respuestas inmediatas. No es grosero, pero tampoco es amable. Y claro, es guapo, pero no del tipo de guapo que puedes clasificar rápidamente como *demasiado para mí, mejor paso página*. No. Lo suyo es otro nivel. Tiene esa clase de atractivo que parece diseñado para hacerte dudar de todas tus decisiones, incluida la de ponerte sujetador los lunes por la mañana. Lleva camisas blancas con los puños remangados y relojes que no llaman la atención, pero que sabes perfectamente que cuesta más que tu coche, y camina con el típico paso silencioso y decidido de los hombres que saben lo que valen, lo que quieren y lo que pueden conseguir sin necesidad de suplicar por ello.

Definitivamente, me saca de quicio. Sobre todo, porque a veces se me escapa mirarlo. A veces, cuando creo que nadie me ve, me permito un segundo para observar cómo se pasa una mano por el pelo, cómo se remanga un poco más la manga de su camisa inmaculadamente blanca, cómo levanta la mirada al otro lado de la oficina con esa expresión impasible que, en lugar de alejarme, me hace preguntarme qué coño estará pensando. Y en ese momento me odio un poco, porque sé que estoy cayendo. Y caer por un jefe es una estupidez con mayúsculas, subrayada y con luces de neón. Pero es que... hay algo en él que me arrastra. Como si llevara escrito *prohibido tocar* justo en el centro del pecho, y eso fuera

precisamente lo que lo convierte en el objeto de deseo más cabrón y efectivo de la historia moderna.

No quiero que me guste, pero me gusta. Me desconcentra, me altera, me pone de los nervios y algo más. Y lo peor es que sospecho que lo sabe. Porque Farrell Hartmann no es tonto. Él es ese tipo de hombre que entra en una sala y ya ha calado todas las personas que hay antes de sentarse. Ese tipo de hombre que te observa con calma e intención. Y a mí ya me ha escaneado y ya tiene muy claro que me incomoda, que me remueve por dentro y me descoloca. Y lo parte más jodidas de todas es que me gusta que lo sepa, maldita sea.

Wendy lleva el pelo recogido con una pinza que parece a punto de resbalarse hasta el suelo por su largo y lacia melena, y un vaso de Coca-Cola con más hielo que líquido entre las manos, mientras se pasea por la cocina con una camiseta vieja de los Rolling y unas braguitas de algodón que no se molesta en ocultar. Yo estoy sentada en la encimera, con las piernas colgando y el último trozo de pizza frío en una servilleta, intentando no pensar en el día que acabo de tener, aunque sé que en cuanto abra la boca, me va a salir el nombre de Farrell sin que pueda evitarlo.

—Entonces —empieza Wendy con una ceja arqueada y su tono de voz a medio camino entre el drama y el sarcasmo—, ¿tu jefe es guapo o no?

—Pues cómo decírtelo sin exagerar…—le respondo haciendo que me lo pienso.

—Prueba.

—Es como si Christian Grey se hubiera tragado un palo de escoba. Sin lubricante.

—¿Eso es un sí o un cóseme la boca con hilo de acero para callarme si es necesario?

—Es un sí con amenazas, con traje a medida y con una mirada que te recorre de arriba abajo sin pestañear, como si estuviera evaluando cuánto tardaría en desmontarte pieza por pieza.

—Vaya, tía, suena a que vas a durar poco en ese despacho sin arrancarte la ropa.

—No seas burra… ¡Es mi jefe!

—Precisamente. ¿Sabes lo que hacen las neuronas cuando tienes un jefe así? Se van de vacaciones. Empiezan a hacer surf en tu lóbulo frontal mientras tú babeas encima del teclado.

Intento reírme, pero no me sale de forma natural y lo nota. Wendy me conoce desde hace años y sabe que cuando me encojo de hombros con una expresión neutra, algo me pasa. Lo capta al vuelo, como un sabueso del drama.

—No pongas esa cara —dice, dejando el vaso en la encimera y cruzándose de brazos—. Porque esa expresión es de lo odio tanto que *quiero que me empotre contra la máquina de café.*

—¿Pero tú te escuchas?

—Perfectamente y además, soy brillante. Dímelo tú, ¿cuándo he fallado con una intuición?

La cuestión es que no le puedo dar la razón, pero tampoco se la puedo quitar. Porque lo que ha dicho es tan jodidamente exacto que me dan ganas de esconder la cabeza en el horno. No quiero que me guste Farrell, ni que me afecte, ni que se me erice la piel cuando se acerca a darme una instrucción con voz grave y modulada como si estuviera susurrando órdenes desde una cama deshecha. Pero la piel se me eriza igual y eso me jode.

Un rato después, cuando Wendy está sentada frente a la televisión y la porción de pizza se ha quedado fría entre mis dedos, aunque ni siquiera me molesto en dejarla en el plato. Sigo sentada en la encimera de la cocina, con las piernas colgando y la cabeza llena de pensamientos que no me atrevo a mirar de frente, pero que siguen apareciendo igual en mi cabeza. Como él.

Todavía puedo verlo, al final del día, cuando casi no quedaba nadie en la oficina. Las impresoras seguían haciendo su trabajo mecánico, como si no se enteraran de nada, y la luz blanca de los fluorescentes caía a plomo sobre mi mesa. Ya me había puesto el abrigo, había cerrado el portátil y guardado los auriculares con esa sensación de alivio que solo se tiene cuando sabes que por fin puedes largarte a casa. Pero, justo en ese momento, lo vi. Se

detuvo junto al borde de mi mesa sin decir nada al principio. De pie, con las manos en los bolsillos, los labios inmóviles y la mirada fija en algún punto que yo no alcanzaba a ver. Podría haber sido una estatua, si no fuera porque su sola presencia me aceleró el pulso.

—Necesito el informe de seguimiento del proyecto Loggia antes de las ocho —soltó, sin mirarme directamente, con la voz tan baja que tuve que contener el impulso de preguntarle si estaba hablando en serio.

—Ese informe no es mío —respondí, sabiendo que la voz me acababa de salir más frágil de lo que me hubiera gustado.

Pero él no dudó.

—Ahora lo es.

Y se marchó, sin más. Ni una explicación, simplemente lo dijo y se fue. Sin girarse, ni molestarse en comprobar si me había afectado. Sin preguntarme si tenía planes, si era tarde o si eso era abuso de poder, aunque lo fuera.

Lo peor es que no me rebelé, ni le dije que no, ni siquiera puse mala cara. Me senté de nuevo, abrí el portátil como una autómata y trabajé en ese maldito informe con la concentración de una estudiante de oposiciones en su último día antes del examen. Revisé cada dato, ajusté los márgenes, pegué pos-it para señalar errores que nadie más iba a mirar e incluso grapé el informe con un clip plateado que tenía forma de corazón. Como si ese detalle absurdo fuera a cambiar algo o a él le importara.

Cuando se lo entregué en mano, él lo cogió sin pestañear, sin hacer ni el más mínimo gesto y, por supuesto, sin darme las gracias. No me miró más de dos segundos y lo hizo con su habitual mirada, que está a medio camino entre el fuego y el hielo, y que me deja siempre con la sensación de haber fallado en algo que ni siquiera sé qué es ni por qué importa.

Y aquí estoy ahora, mirando una porción de pizza que ya no tiene ningún sabor, con la sospecha cada vez más incómoda de que lo que siento por Farrell no es exactamente odio, aunque tampoco admiración, ni miedo, sino más bien una mezcla tóxica de todo eso. Pero también es algo más primitivo e idiota, que se me instala entre las piernas cada vez que lo veo caminar por la oficina sin corbata,

con las mangas de la camisa remangadas, y ese cuerpo que parece esculpido para pecar. Ese aire de hombre que no necesita levantar la voz para mandar. Que no necesita tocarte para que lo sientas. Que te mira sin pedir permiso y, aun así, consigue que le des todo. Incluso lo que no deberías.

Llego antes que nadie, con el abrigo todavía húmedo por culpa del aire gélido que sopla desde el Hudson como si tuviera una cuenta pendiente conmigo y con todos los que intentamos sobrevivir a un lunes. Enciendo el ordenador, me preparo un café con más leche que dignidad y me acomodo en la silla mientras la oficina va cobrando vida poco a poco, con el sonido mecánico de los teclados, las puertas del ascensor que se abren sin ceremonia y algún que otro bostezo que flota en el aire como un suspiro colectivo. Pero entonces escucho sus pasos.

No hay motivo para que lo reconozca, pero lo hago. No es por el sonido, porque lleva zapatos silenciosos, de esos que no anuncian su llegada, es por el efecto que tiene en los demás. Cuando aparece, las conversaciones bajan de volumen, los cuerpos se enderezan y las pantallas vuelven a tener sentido. Entonces lo veo pasar, con su abrigo gris oscuro perfectamente ajustado a sus hombros anchos y ese porte de hombre que no necesita mirar a nadie para saber que lo están mirando.

Farrell camina como si el mundo entero estuviera hecho para apartarse a su paso. No corre, ni se apresura, pero tampoco parece perder tiempo. Todo en él está calculado y es precios, como si cada movimiento estuviera medido al milímetro para no gastar más energía de la necesaria. Se quita el abrigo y lo cuelga sin arrugarlo, como si hasta eso formara parte de una coreografía elegante y sin esfuerzo. Luego se acerca a su mesa, deja una carpeta sin arrugar ni un solo papel y se sienta en silencio, sin saludar, ni mirar a nadie. Tampoco a mí y eso me cabrea mucho más de lo que me gustaría, porque cuanto más me ignora, más quiero que me mire. Y cuando lo hace, cuando sus ojos azules se clavan en mí durante una fracción

de segundo, me quedo sin saber qué hacer con las manos, ni con mi ropa interior.

Paso el resto de la mañana fingiendo que no existe, aunque estoy tan pendiente de él que me equivoco tres veces en la misma tabla de Excel. Me corrijo sin que nadie lo note, pero el calor en la nuca no desaparece. No es fiebre, simplemente es él y el magnetismo absurdo que ejercer sobre mí, incluso cuando no habla o precisamente por eso, porque no habla. Porque todo en él grita control, contención y dominio. Y yo, por algún motivo que no pienso analizar ahora mismo, tengo la absurda manía de querer romper las cosas perfectas para ver qué hay debajo.

A media mañana, cuando ya tengo la taza vacía, la espalda contracturada y los nervios hechos un nudo, lo tengo delante, aunque no lo he visto llegar. No ha dicho una palabra, solo ha dejado una carpeta sobre mi mesa, la misma de anoche con el informe. Mi informe, pero ahora con tres anotaciones a mano hechas por él.

«Ortografía impecable. Repetición de ideas. ¿Te ocurre a menudo?».

Lo leo una vez y lo vuelvo a leer. No sé si me está insultando, si se está burlando o si simplemente tiene la capacidad de cabrearme sin necesidad siquiera de hablar. ¿Qué demonios le pasa? ¿Quién se cree que es? ¿El nuevo Bukowski de las oficinas de Manhattan?

Me sube el calor por el cuello como una reacción alérgica y me muerdo el labio inferior con fuerza para no decir en voz alta todo lo que se me está ocurriendo, porque no es nada productivo, ni profesional, ni elegante, pero sí muy gráfico y carnal. Porque entre el enfado y el impulso de tirarle el informe a la cara, hay algo más… Una punzada extraña en el estómago, en el pecho y… más abajo.

¿Quién se cree que es?

No me gusta. Repito: no me gusta.

Tecleo con rabia pasivo-agresiva mientras intento concentrarme en un correo que ni siquiera entiendo. Las palabras se me mezclan y la pantalla me hace daño en los ojos. Siento que la ropa me aprieta, que el sujetador me roza y que cada parte de mi cuerpo está demasiado consciente de sí misma. Farrell no está en su sitio, pero

siento su presencia en cada rincón de la oficina. Es como una sombra que no hace ruido, pero que deja huella. Me ha puesto de los nervios, me ha desmontado la cabeza y solo con una maldita nota al margen.

—Es solo mi jefe —murmuro en voz baja, mientras mis dedos siguen tecleando como si quisieran perforar el teclado—. No es para tanto.

Pero tiene esa mandíbula de superhéroe a lo Henry Cavill, ese olor a tentación mezclada con pecado y ese aura de hombre que sabe perfectamente lo que provoca y que, por alguna razón retorcida, ha decidido ignorarme como si no mereciera ni una mirada.

No me gusta. Lo juro. Solo quiero que me mire. Y tal vez… un poco que me folle. Pero no me gusta, eso que quede claro.

Continúa leyendo aquí.

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Encuentra aquí otras novelas de la autora